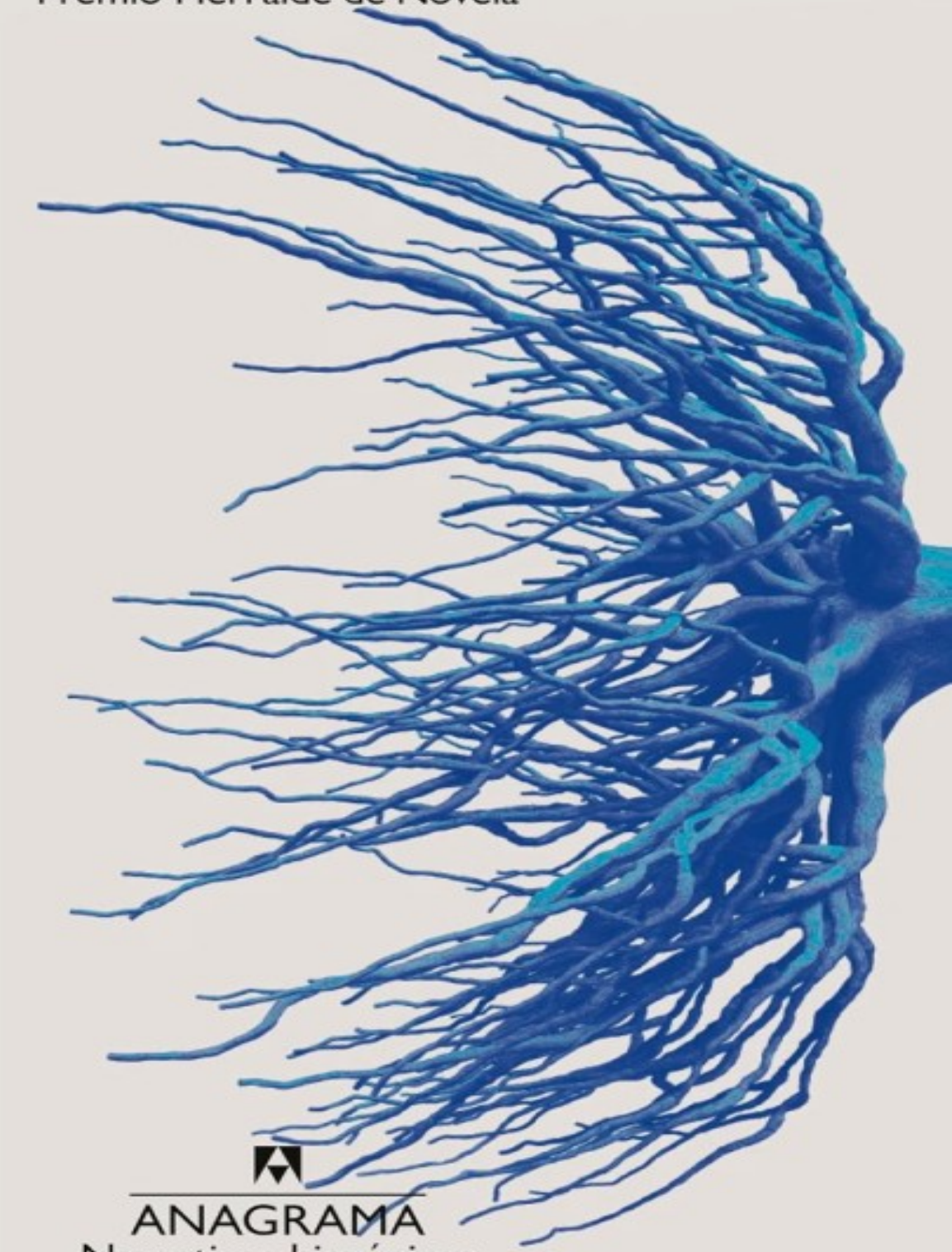
MARGARITA GARCÍA ROBAYO

Querida Sharik

Premio Herralde de Novela



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
Agradecimientos
Créditos

El día 5 de noviembre de 2026, el jurado compuesto por Fernando Pelayo (de la librería + Bernat), Gonzalo Pontón Gijón, Marta Sanz, Juan Pablo Villalobos y la editora Silvia Sesé otorgó el 44.º Premio Herralde de Novela a *Querida Sharik*, de Margarita García Robayo.

Las mejores cartas son aquellas que nunca se envían.

Thomas Carlyle

Usted aceptará que la memoria crece,
extiende ramas, establece la continuidad
entre el presente desamparado y un tiempo,
ya sin peso, que lo precede.
Usted atrapará el principio.
Usted querrá encontrar de dónde viene.
Usted se preguntará adónde habrá llegado.
Agregará: si es que la muerte es un puerto.
Allá.
Acá.
Dónde.

Roberto Burgos Cantor,
La ceiba de la memoria

La mar constante la mar antigua
la mar continua la mar, el mal.

Cristina Peri Rossi,

El viaje

1

Querida Sharik:

Esta carta me encuentra escondiéndome del sol, bajo una choza que mira la ciénaga. Escucho una playlist que oscila entre temas románticos y de despecho. Salen como en ristra esas canciones que me remiten a mi educación sentimental: divas latinas y Juan Gabriel. Me pregunté, antes de empezar, si esta carta no merecía una música más acorde, como el afrobeat que le gustaba a mi prima Karina en una época. Al final me pareció que el tono trágico le vendría bien al paisaje, para descansar de la postal.

Pongo la música a un volumen alto para tapar el griterío de los pájaros. No sabes lo que son esos bichos, Sharik: vuelan en bandadas de mil y me ensordecen. Van camino a otra isla que tengo justo enfrente, donde todos los pájaros se juntan. Le llaman la Isla de los Pájaros. Una pensaría que es un nombre literal, pero en verdad es pretencioso. La *isla* es una montañita de tierra con tres árboles raquíticos en los que los pájaros se posan, a lo Tim Burton.

La casa donde vivo está lejos. La casa donde crecí está más o menos cerca, según el ánimo, según el momento del día. Alguna vez me dijeron que la casa era un color. ¿Qué color? El primero que se te viene a la cabeza cuando cierras los ojos y piensas: en esta tonalidad podría vivir. ¿No es eso una melosería? A mí me supone un problema, porque el color que más me gusta es el que se ve a lo lejos: como el azul del horizonte que tengo ahora mismo enfrente, o el verde de las montañas que vi brillar desde el avión. O sea, el color de esos lugares donde no estoy ni estaré nunca porque apenas aterrizo encaro la estafa: ya nada tiene el color que creía. Incluso a

mí, Sharik, en este set melancólico que he fabricado con el objetivo de llegar a ti, esa idea del color me resulta rebuscada. Entonces vuelvo a pensarlo y se me hace clarísimo que mi casa no es un lugar ni un color, sino una franja horaria: entre las cinco y las seis de la tarde. Ahí sí que podría vivir. Sobre todo acá, cuando el sol lacerante se rinde y le da paso al consuelo que es la brisa. A esa hora tibia brotan unos rayos dorados que embellecen hasta a los cerdos que me rondan oliéndome los pies, buscando restos de comida. Hoy ya comieron seis veces. Hace nada, Bridis volvió a tirarles un cajón entero de sobras.

Por acá también hay perros, pero más del lado de la playa. De este lado casi no vienen porque tampoco vienen los turistas. Los perros se arriman a los restaurantes, donde la gente mordisquea la carne blanca del pescado y deja la más oscura pegada al esqueleto porque les da miedo atragantarse con una espina. Y porque comen ya borrachos y se embolatan. Y porque en el medio del almuerzo se paran a bailar (tendrías que ver a esas cachacas casi encueras revoleando las trencitas), abandonan su plato, y ahí es cuando los perros aprovechan.

Ayer agarré la moto y me fui para el lado de la playa. No es fácil llegar por tierra, el camino es una franjita angosta sembrada de ramas secas que me rayan los brazos y las piernas. Le dicen el monte. Son ramas secas. En el medio hay un claro de tierra tiznada, porque ahí queman basura. La cara no me la rayo porque uso uno de esos cascos con visor de acrílico. Lo más fácil es que la lleve en lancha, doña, me insistió ayer Luis Alfonso, el *chief of staff*, el líder de la manada, el todero de este lado de la isla que consiste en tres casas ecointeligentes que miran la ciénaga calma. No sé quiénes son los dueños, pero se nota que son ricos. Yo alquilé una de esas casas, Sharik. No me salió cara, porque ya no es temporada. Le dije a Luis Alfonso que la lancha me mareaba. Pero es mentira. Lo que pasa es que prefiero moverme sola, con mis auriculares y mi playlist en loop, como si eso me predispusiera a un viaje místico. Fui a la playa porque quería averiguar el horario de las lanchas de alimentos que llegan desde el pueblo de enfrente, que es de una pobreza amarillista. Quería encargar un par de víveres. Salvo el pescado y los

mariscos, que son una exquisitez, la dieta de estos días es a base de plátano, arroz, yuca, ñame. Y eso me hincha.

De mi familia nadie sabe que estoy acá porque no sabría explicarles a qué vine. Hay días en que a mí misma me resulta confuso. Si llamara a Mami para reportarme, probablemente le daría una explicación infantil y provocadora. Vine a mirar el precipicio del que he vivido distraída, Mami –y un larguísimo suspiro–; vine a lanzar una red enorme al precipicio para capturar el misterio que entraña. Mami despepitaría esos ojos hipertiroidísticos y traduciría: vino a prender fogatas, a bailar desnuda, a invocar brujas. Y se lanzaría a buscarme con una jauría de curas.

A la playa fui, entonces, con la intención de pedirle al de la lancha que, por favor, se fuera hasta la ciudad más cercana y me trajera cosas de algún delicatessen. ¿*Qué cosas, doña*? Corazones de alcachofa, aceitunas, paté, un buen vino blanco. *Cómo no, ¿qué tipo de uva prefiere la duquesa*? Sauvignon blanc, si es tan amable.

Mientras esperaba al lanchero, me senté en un kiosco. El tipo del kiosco me ofreció una cerveza de esas que saben a orín. ¿Tienes limón?, le pregunté. Estiró el hocico.

Perros flacos iban y venían. Conté setenta y ocho pares de costillas. ¿Eso cuántos perros son?, te estarás preguntando, ya te lo voy a decir.

El kiosquero miraba un televisor pequeñito acomodado en una esquina. El paisaje le era indiferente. La arena blanquísima y el agua traslúcida que, en la medida que se acerca al horizonte, cambia de tonalidad: azul, verde, azul, verde, azul.

Apareció el hombre de la lancha. Venía alzando unas cajas apiladas que el kiosquero salió a recibir.

El servicio no funciona todos los días, me dijo. De jueves a sábado nomás. Me dijo que si alguien quiere mandarme algo de urgencia un lunes, por ejemplo, puede llamar a un primo suyo que tiene lancha propia y hace mandados. Pero el precio es otro. Me extendió una tarjeta. Le pregunté si podía encargarle unas cositas específicas, sacó su teléfono para anotar: dígame, doña. Le dije, pero no me oyó. Ay, esos pájaros. Listé mi pedido casi gritando: limón,

yerbabuena, azúcar, ron. ¿Qué ron? El que haya. Hasta ahí llegó mi excentricidad.

¿Cuántos pares de costillas tiene un perro?, le pregunté a Iris, una IA nuevísima que por ahora es gratis. Un perro tiene trece pares de costillas, contestó. O sea, que en ese kiosco había seis perros.

Me trepé a la moto tarareando mis canciones y lloré. Lloré por gusto, Sharik. Porque esas voces son arrullos que me curaron desde que tengo recuerdo de males que todavía no padecía. Me hicieron entender rápido que, si uno tenía la disposición, podía recibir todo el dolor –y el alivio– del mundo en una sola canción. En una sola línea. Con ese pensamiento abracé mis lágrimas, encaré el horizonte encendido. Aceleré. *Fin*.

Mentira, Sharik, este no es el final. Tampoco es el comienzo.

El comienzo es una tarde, allá donde vivo. También hacía calor, aunque ya era invierno. Y esa rareza, que ni tan rara era, alcanzó para disparar la charla. Éramos un grupo de mujeres echadas en un jardín largo y angosto, sobre una lona gris. Había una mesita de plástico con vasos transpirados, bols con Cheetos, bols con tomatitos cherry, servilletas húmedas. Dos hombres al fondo que atizaban brasas en una parrilla. Había otro hombre adentro de la casa preparando tragos. Ninguno de esos hombres era mío. Que cuándo fue que cambiaron tanto los inviernos, decían ellas, que hacía unos diez años. ¿Tanto? Sí, y hasta más, pero que hacía más o menos diez años habían empezado a trenzarse las estaciones y, en este punto, ya nadie podía distinguirlas. Qué loco todo. Loquísimo. Yo miraba las ramas de los árboles, ya sin hojas, atravesadas en el cielo. Se contorsionaban hacia el medio del jardín, sedientas de sol. En mi cabeza flotaban oraciones sentenciosas: los países con estaciones son grandes portadores de charlas superfluas.

Una de las chicas bostezó.

Luego otra.

Y yo, suspendida entre un bostezo y otro, pensaba que era ventajoso tener un tema guardado siempre en el bolsillo, aunque fuera un tema todo manoseado, que te sirviera de blindaje para mantener a raya a cualquiera que quisiera profundizar en algo. Ante

la amenaza de que una charla se vuelva personal, uno desenfunda el clima.

Acá algo de este tiempo, Sharik: es difícil la cercanía.

En cambio, es muy fácil acomodarse en esa geografía extraña que son los otros.

Si uno sigue el ritmo –el flow, lo llaman ahora–, se acomoda en cualquier rendija.

Tu existencia no me resulta ni más ni menos estrambótica que la de mis hijos, ¿sabes? Nos veo como una estela continua. Cuando era pequeña estaba convencida de que, si me concentraba lo suficiente, podía atravesar otros cuerpos con mi cuerpo. Después le sumé el tiempo. Otros cuerpos, otros tiempos y otros cuerpos de otros tiempos. Nunca me concentré lo suficiente, pero sigo pensando lo mismo. Supongo que por culpa de ese pensamiento te escribo.

Así que esa tarde estaba allí por el cumpleaños de mi amiga Nati. Era una reunión pequeña, improvisada, sin niños. La había anunciado esa mañana. Nati no tenía niños, obvio. De otra forma, sabría que ningún evento que excluya a los niños marida con la idea de improvisación. Mucho menos un domingo. Podría haberme excusado, los domingos no son días en los que quiera dejar a mis hijos con nadie que no sea yo. Pero llamé al padre a ver si podía cuidarlos y accedió enseguida, dijo que hacía mucho que yo no salía, que me iba a hacer bien para cambiar el humor. Siempre una piedra. Y que ellos mirarían una película. ¿Cuál película? Algo escandaloso, violento, dijo, decididamente inapropiado. No tengo regalo, dije, y él sugirió un vino. Preparé la mochila, entregué a los niños, compré un vino. En la tienda le pusieron un moño a la botella, en el cuello, como estrangulándola. Feliz cumpleaños, le dije a Nati cuando me abrió la puerta. Y ella: ay, gracias, dame tu abrigo, estamos al fondo. La seguí por el pasillo, atravesamos una pequeña galería decorada con lucecitas de colores, aunque aún era de día, y un letrero brilloso que decía: FELIZ LO QUE SEA.

Tú dirás: ¿y el comienzo?

Hasta acá solo ahogué mil y pico palabras en un océano de banalidades. Pero fue en este jardín flaco, acunada por el zumbido de voces y mosquitos, cuando empecé a buscarte sin conciencia.

Todavía no sabía lo que eras, ni sospechaba siquiera. Si hoy me preguntaran, diría que eras un nervio adormecido.

¿Qué te regalaron?, le pregunté a Nati. Ella dijo: «cosas y más cosas», pero luego se desdijo porque al parecer alguien, otra amiga que no había ido a su reunión, le había regalado algo que ella pensó, al principio, que se trataba de una «experiencia». Están de moda, dijo una de las chicas, todo el mundo regala experiencias. Pero no es, dijo Nati, o quizá sí es, pero en un sentido muy distinto al que una podría figurarse. ¿Por? Es un test genético, rastrea ancestralidad, detecta predisposiciones a enfermedades, rasgos sicológicos, tendencia al alcoholismo, al acné, a las patas de gallina. Qué loco, ¿no? Explicó: te mandan un kit, te frotas un hisopo en la parte interna de los cachetes, bien frotado, que quede mojado, y lo pones en un frasquito con un líquido azul y lo mandas de vuelta. Un mes después te llega un mail con resultados variados y copiosos. Información que no pediste sobre ti misma, información que no sabías que podrías o querrías tener. ¿Y cómo se puede comprar eso?, pregunté. Nati agarró un sobre de la mesita y me lo alcanzó. Ahí está todo, dijo, y que iba a por unos tragos adentro. El sobre contenía una especie de postal con un código QR que te llevaba a un formulario en donde debías consignar tus datos personales y el rango horario para recibir el kit. Al final del formulario había un link al laboratorio, entré y me saltó un recuadro que decía en letras gordas color naranja: PROMOCIÓN DÍA DEL PADRE 50% OFF. Hice clic. Era ridículamente barato. Había pagado más por el vino.

¿Ves, Sharik? Así es como se enciende una llama.

Cuando Nati volvió con los tragos, yo ya había comprado mi kit.

Lo siguiente pasó rápido. Tres días después recibiría el kit, tomaría la muestra, la mandaría de vuelta y en menos de un mes llegarían los resultados, que no serían desconcertantes. Pasando por alto que de vieja podría ser obesa y calva (pero no alcohólica, eso sí que me sorprendería), lo de mi ancestralidad era un coctel común entre latinoamericanos: 54 % repartido en Europa, 26 % en las Américas, 17 % de África, 3 % del Medio Oriente y el Magreb. Pero entonces aparecería lo otro, ese dato que te aludía. La línea trazada desde Angola, donde serías ubicada, hasta mí. Ese trazo, me enteré

entonces, se llama el linaje materno, y, más adelante, cuando le preguntara a un genetista amigo de una amiga qué era eso, me diría:

Es lo que rastrea tu haplogrupo. ¿Mi qué? Es como decir una bolsita sellada que contiene la información genética que heredaste, así tal cual como se guardó al principio. ¿Al principio de qué? De todo todo. «Todo todo», como Daniela Romo. Es como decir la primera chispa rastreable del microuniverso que son tus cromosomas. ¿Es como decir mi big bang? Es como decir tu big bang.

Mi big bang traería consigo una información inobjetable:

La primera portadora de mi bolsita sellada de cromosomas fundantes nació en Angola hace unos ochenta mil años. Y, quién sabe cuándo, esa bolsita vino a parar al Caribe colombiano. El cómo es fácil: una mujer de Angola solo pudo llegar a Cartagena en un barco de esclavos. Eso restringe también el cuándo: después de 1500 y antes de 1800.

Imagino que te robaron de algún mercado de tu pueblo. O de un campo en el que estabas cosechando pimentones amarillos. Por ejemplo. O quizá estabas sentada bajo uno de esos árboles gigantes que se ven allá (imbondeiro, los llaman, que es el mismo baobab de *El Principito*), trenzándole el pelo a tu hermanita, o hablando con una prima o una amiga o besándote con un novio. A lo mejor eras muy niña y no tenías novio, sino que estabas con tu mamá y se las llevaron a ambas. A veces embarcaban a familias enteras y al llegar acá las separaban para evitar conspiraciones. Por economía narrativa voy a imaginar que a ti te tocó hacer ese viaje sola. Y que te marcaron con un hierro caliente antes de subir al barco y te embutieron en un compartimento con otras mujeres, y en el camino padeciste vejaciones que para qué detallar (están listadas en cientos de textos y se resumen en que cuesta entender cómo era que alguien llegaba vivo).

Estas y otras cosas me diría Iris, en una voz metálica, femenina, con acento neutro.

Como que no les permitían ir al baño, ni salir a respirar a la cubierta. A veces sí, cuando el aire se ponía tan viscoso que hasta

las moscas se asfixiaban y caían redondas, y tocaba levantar con pala la membrana de bichos y excrementos, y luego tirar baldes de lejía (vale aclarar, Sharik, que los detalles de color de tu arribo los he agregado yo; Iris lo dice de un modo más escueto, muy poco descriptivo, con lo cual, en mi opinión, deshumaniza la imagen y deja de ser útil para recrear aquello). Se sabe que muchas mujeres se embarcaban vacías y desembarcaban preñadas. Y que a los que se morían en el viaje no los tiraban al mar, porque los compradores iban a creer que los habían estafado. Entonces los vivos viajaban con los muertos. Por eso, a esos barcos los llamaban tumberos.

Pero ¿por qué no los cuidaban? ¿No era peor negocio para todos (vendedores, compradores) que los esclavos se murieran?

Iris me dijo que embutían así los barcos porque existía una figura llamada demasía, que consistía en que el comerciante autorizaba a meter más esclavos de los permitidos en el contrato, así reemplazaba las pérdidas ocurridas en el camino (la imbatible lógica de la economía). Además, había montón de pedidos no registrados, polizones forzosos (la imbatible lógica del contrabando). Así que el tumbero zarpaba pesado, excedido, arrastrándose por el océano como un megalodón agonizante. Lo que se recibía en los puertos americanos era una ensalada de huesos mal ensamblados, cadáveres descompuestos y, en el mejor de los casos, negros llagados y desnutridos, que después había que sanear para la venta.

Esa tarde Nati fue y vino varias veces con gintonics. Mi vino con moño quedó en la cocina esperando una mejor ocasión. Cuando terminé el tercer vaso, me sentí dócil. Me acosté boca arriba y empezó a oscurecer. Las ramas de los árboles parecían las uñas de Maléfica arañando el cielo color plomo. Estiré el brazo para tocarlas, antes de que la noche las borrara.

Ey, me habló alguien, ¿a dónde te fuiste?

Era el hombre de los tragos. Había acercado una silla a un costado de la lona. Me acodé de lado para mirarlo bien. Ay. Rubio. Peligro. Vi que había llegado más gente, estaban en la galería bailando. Nati repartía sanduchitos de carne sangrante en una bandeja. Las lucecitas de colores titilaban. El hombre de los tragos cruzó una pierna sobre la otra, apoyó sus brazos de bíceps marcados y tatuajes

desleídos en el respaldo de la silla, abriendo el pecho. Me miró desde allí, imponiendo una distancia seductora. Entre él y yo, por efecto de las luces, flotaba un arcoíris. Consideré decirle algo mitad naif mitad osado. Algo que me mostrara dispuesta, pero cauta. No se me ocurrió nada. No estaba segura de que quisiera obtener algo de él. Un lente expandido habría capturado la totalidad del cuadro: el hombre erguido, la dama a sus pies.

Me senté, abracé mis rodillas, le dije: ¿viste el calor que hace?

2

Diez días después de recibir mis resultados, le pedí a mi hija que abriera la boca.

Me gustaría decirte, Sharik, cómo es por dentro la boca de mi hija. Hay pocos paisajes que me conmuevan más: es toda rosada. A las mañanas huele a mantequilla y miel, porque con eso unta las tostadas del desayuno. Su dentadura es tan pequeña que necesitaría tres juegos, como mínimo, para enhebrar una pulsera con sus dientes. No los heredó de nosotras, eso seguro. El padre también tiene dientes grandes y blancos. Tipo Colgate. El padre es una especie de hombre celta: barba tupida, ojos claros, bala de plata en el centro del pecho de una Orika como yo.

Orikas: así nos decía (a mis hermanas, a mis primas, a mí) la mujer que nos cuidaba de niñas. Se llamaba Margarita. Y era negra, sí, cómo no. Orika también era negra, y princesa, no como Margarita, que era la empleada del servicio. A Orika la habían arrastrado con su familia entera desde Guinea-Bisáu. Y al parecer la princesa esclavizada se enamoró de su amo blanco y se fugó con él, pero los atrapó el padre: el rey Benkos Bioho, un líder cimarrón, un rebelde, un jodido (tendría que explicarte mejor quién fue Benkos Bioho, Sharik, pero ahora no quiero dispersarme). El amo blanco murió y a Orika la juzgaron por traición. Un modo épico de decir que su padre la mandó a matar. Es jugosa la leyenda de Orika. Margarita la sabía porque ella era de Palenque (el pueblo que fundó Bioho) y creció escuchando las hazañas de su prócer. El asunto es que a eso de las seis de la tarde Margarita nos bañaba y nos depositaba frente al televisor y se iba a expurgar el arroz, a pelar la yuca, a despresar

un pollo o lo que fuera que tuviese que hacer para la comida. Pero antes de retirarse hacía un paneo rápido por la salita, como para verificar que estuviéramos las cuatro con nuestras melenas mojadas y nuestros pijamas de algodón. Las cuatro éramos: mi hermana mayor, María José (la llamamos Marijó); mis primas, María Teresa (la llamamos Teresita) y Ana Karina (nunca nadie la llamó Ana), y yo. Ahí nos encontraba, babeándonos por los galanes de las telenovelas. Todos blancos. Casi todos rubios ojiclaros. Algunos incluso extranjeros que hablaban un pésimo español y no sabían actuar. En su país de origen no debían conocerlos ni sus madres, acá venían a engatusarnos. Margarita negaba con la cabeza y bufaba: Orikas.

Volvamos a la boca abierta de mi hija, Sharik.

¿Ya?, me preguntó, y yo me apuré a tomarle la muestra. Guardé el hisopo en el frasquito y le pedí que mejor no le contara nada al papá, que quería darle una sorpresa. Que si iba a regalarle a papá su saliva, preguntó, y le dije que más o menos, pero no exactamente. Y su hermano mayor, que salía de su habitación con los pelos revueltos y un bostezo amplio, redondo como un plato de postre, dijo: qué asco, mamá, y sacudió con fastidio su cabeza tupida de rulos negrísimos. Le pedí que se lavara los dientes porque a él también le iba a tomar la muestra. Se negó. No duele nada, le dijo mi hija, pero él ya estaba abajo, en su videojuego.

Lo cierto es que mi ex estaba absolutamente en contra de estudiar la genética de nuestros hijos, Sharik. Y la suya. Le aterraba enterarse de cosas que guardaba su cuerpo, él prefería mantener esa información silenciada. Después de recibir mis resultados, a mí me pareció que sería interesante estudiar también a los niños. No se me había ocurrido que él pudiera tener alguna objeción. Entonces, antes de encargar los kits para ellos, inocente y generosa, lo llamé por teléfono y le pregunté si él también quería uno.

¿Te parece interesante? Se escandalizó. Lo escuché respirar hondo como cuando necesitaba llevar oxígeno al cerebro para madurar un descargo en mi contra. Y después la exhalación, un rugido.

Volvió a acusarme de poner demasiada energía en estudiarme, cuestión que me hacía perder de vista todo aquello que excediera los límites de mi individualidad. Una crítica vieja, que bien podría

haberle hecho yo a él, o a cualquiera con quien hubiese pretendido compartir una vida. Era un problema pensar que eso era posible: compartir una vida. Me voy a detener en este pensamiento, Sharik; total, acá nadie nos apura: me resulta inapropiado el verbo compartir para describir un matrimonio. En la mayoría de los casos, la maniobra que se pone en marcha es la de fundir dos vidas perfectamente funcionales en una que, ante la ausencia de contornos, pierde su facultad para operar. No fluye. La vida nueva es un pantano. Del pantano, se sabe, brotan las flores de loto y otros milagros de la naturaleza, pero una vez extraído lo fresco, lo bueno, lo que queda es el pantano.

Ante mi insistencia en tomar la muestra de los niños, mi ex me mandó un chat desbocado explicando las razones de su negativa. Le dije que lo leería después, quizá en otra vida en la que no tuviera más ocupaciones que la de acariciar su neurosis, y que para la próxima podría, más bien, enumerar. Enumerar era una gran estrategia a la hora de exponer un argumento. Ordenar la maraña en frases puntuales. Me hizo caso. Organizó todo en tres grandes acusaciones que intentaré resumirte a continuación:

1) Decía que yo me la pasaba «excavándome», con la ilusión de que iba a encontrar algo valioso adentro de mí, pero lo verdaderamente valioso estaba a la vista, y si no lo encontraba era porque, quizá, no lo tenía. 2) Él no quería que sus hijos aprendieran ese rasgo: esa necesidad de saber tanto de sí mismos, era un saber dañino. Los haría seres frágiles e improductivos (¿como yo?). Y esto último me pareció lo más original, aunque igual de falaz que lo anterior: 3) Cuando se nacía, decía mi ex, quedaba en evidencia que cada vez sería más amplio nuestro pasado y pequeño nuestro futuro. Eso era una putada, porque el pasado no nos pertenecía, mientras que el futuro sí. Y era una pena gastar buena parte del presente estudiando una historia ajena.

¿Lo ves, Sharik? Sin querer, te estaba desvelando.

Al día siguiente le dije que no veía cómo se podía tener algún tipo de control sobre el futuro desconociendo el pasado. Pero después me arrepentí, porque no es eso lo que pienso. Lo que pienso es que no hay pasado ni futuro, Sharik. Pienso que el tiempo es un

comodín. Lo que hay es un tejido infinito sobre el que uno flota haciendo piruetas, o haciendo nada, porque no es que sea muy importante para el tiempo lo que uno haga o deje de hacer. Uno puede desplomarse y fundirse con el resto en dos segundos, y la totalidad ni se mosquea. Pero no me pongo a decirle estas cosas a mi ex, claro que no, porque reforzaría la idea que tiene de mí: que soy una persona esotérica e inoficiosa que va por ahí levando el aire, ordeñando moscas.

Total, le dije a mi ex que estaba en mis planes emplear los próximos meses sumergida en el pasado. No jodas, me contestó, y que no se me ocurriera meterle un hisopo en la boca a ninguno de los niños porque me iba a denunciar por abuso. Exagerado, le dije. Freak, me dijo él.

Bajé las escaleras rumbo a la sala de televisión, donde estaba mi hijo. Pausé el videojuego, me paré delante de él, presioné sus cachetes con mis dedos, lo que lo obligó a abrir la boca, y, entonces, le metí el hisopo. Lo hice tan rápido que no tuvo tiempo de quejarse, porque le di play al juego y volvió a zambullirse.

Una vez tuve los dos hisopos en sus frasquitos, escaneé los códigos y notifiqué al laboratorio que podían pasar por las muestras. Figuré en mi cabeza una escena familiar romanticona en la que les revelaba parte de su historia. Los tres en una casita frente al mar (¡esta casita!), al fondo el sonido de las olas. Pensé que a mí me habría gustado que, de niña, Mami me sentara en una mesa, me sirviera una merienda especial (no ese dulce de guayaba que laceró para siempre mis papilas) y me contara de dónde veníamos. Pero era probable que ella tampoco supiera eso, y que su noción más cercana del pasado fueran las vacaciones en el pueblo de mi abuela Muñeca, donde les hacían ver, a ella y a su hermana, mi tía Mabel, que algo en esa mezcla se había malogrado. Mami lo contaba entre risas roncas de amargura:

Que Muñe era blanca leche, que había nacido así, pero, para asegurarse, sus papás la habían bautizado en límpido (risas roncas). Ella y su hermana, en cambio, habían salido morenitas. No exactamente; la verdad era que, para el alivio de Muñeca, de su vientre brotaron claras, pero con los meses se oscurecieron. El

mundo las ensució, decía Muñe, para quitarse culpa. Si había que culpar a alguien, en todo caso, era a mi abuelo, que venía del interior con su sangre india.

Cuando Mami y Mabel iban a misa en el pueblo de Muñe, se les burlaban por lo bajo. Muñe les prohibía tomar sol desde un mes antes de irse, para empalidecerlas. Pero el primer día que salían a la calle polvorienta de ese pueblo áspero, que ni un árbol tenía, recuperaban el color.

La mañana en que tomé la muestra de los niños, Sharik, era domingo. Al día siguiente arrancaban la vacaciones de invierno. El padre me había dicho que él no podía llevarlos a ningún lado porque tenía que trabajar, así que yo había preparado una sorpresa que pensaba revelarles cuando él viniera a buscarlos y así, de paso, organizábamos la logística. Y así, de paso, veía sus ojos prenderse fuego, porque esta vez sería yo y no él quien los descrestaría. Mientras lo esperábamos, los niños y yo nos sentamos en el comedor con un tentempié. El mayor masticaba aceitunas rellenas de jalapeños. La menor mordía una galleta sobre mi falda y una lluvia de migas empolvaba mis zapatos. Charlábamos de planes posibles para esa semana (planetario, parques, cine, bla, bla, bla) y yo me mordía la lengua para no contarles mi sorpresa.

Mi sorpresa era esta: había planeado un viaje a mi ciudad, que queda muy lejos de donde vivimos. Me había comprado pasajes en mil cuotas, me había alquilado esta casa, en esta isla pequeña y agreste, Sharik, desde donde te escribo ahora. Nos había imaginado alimentando cerdos y gallinas, observando pájaros, chapoteando en el agua calma y tibia de la ciénaga, mirando el plancton al anochecer. La idea me vino tras recibir los resultados de mi test. Así de vacua soy. No estaba en condiciones de llevarlos a Angola, por supuesto, pero mi propósito era acercarlos a una idea de comienzo. No se puede andar por ahí sin una idea de comienzo.

Una semana atrás, después de haber transferido el dinero de la casa, la dueña me mandó unos audios amabilísimos para «ordenar detalles». Dijo: te pasaré dos contactos importantes, el de Bridis, la cocinera, a quien describió como discreta, honesta y «ya verás qué gourmet, la carajita». Y el de Luis Alfonso, el jefe del staff, el que

sirve para todo. ¿Qué es todo?, pregunté. Guía, chofer, niñero, *personal shopper* (ja, ja) lo que se te ocurra. Ya, le dije, ¿algo más que deba saber? Que el pescador, un pan de Dios, lleva la pesca fresca a diario, se la entrega a Bridis y tú ni te lo cruzas. Que dejaría bidones, porque no era recomendable tomar el agua de la zona. ¿Por? Por el azufre. Ya. Y que la energía funcionaba con paneles solares, una cosa modernísima. Son tres casas «ecointeligentes», me explicó, decoradas con gusto sencillo pero muy confortables. Okey. Ella misma se ocuparía de ventilar las habitaciones (que permanecen cerradas, porque hay mucho bicho) el día antes de que llegáramos. Genial. Que los otros propietarios no estarían, seguramente, porque nadie iba en temporada baja. Mejor. Me dejaría una canasta con mangos, limones, papayuela, corozos, patillas beibi, granadilla, platanitos. Gracias, qué rico. Me dejaría floreros con unas coronas de Cristo rojísimas, y unas calas silvestres blanquísimas, que se daban bien en la isla. Hermoso. El primer día estaba previsto recibirnos con una fritanga y limonadas de coco, ¿estaba bien eso? Perfecto. ¿Alguna intolerancia? Ninguna.

Así que tendría que estar ahora en esta playa con mis niños, Sharik. Los tres sentados de cara al horizonte, contando pajaritos. Uno a cada lado de mis costillas, como dos apéndices tibios.

Esa mañana, mientras esperábamos al padre, saboreé esa imagen como una golosina que no se acaba. Me detuve en sus caritas pálidas, la versión más nueva de tu estirpe anciana. Quise decirles: ¿saben quién soy? Su big bang. ¡Pum!

Mi ex llegó al rato, con una bolsa de tomates orgánicos. Cada tanto descubre un producto que él considera prémium, y pide sacos que después reparte entre conocidos. Hay algo prepotente en ese gesto generoso, Sharik. Pero después de separarnos perdí el interés por analizar sus gestos. Así que recibí la bolsa, muchas gracias, y la llevé a la cocina. Desde allí escuché que les decía a los niños que les tenía una sorpresa. ¿Él? ¡Ja! Yo les tenía una sorpresa. Casi pude ver

los cuatro ojos expectantes. Pensé: a) patines nuevos, b) un acuario con axolotls, c) ¿un perro? La ristra peligrosa de promesas incumplidas. Dijo que los abuelos los habían invitado a un viaje. ¿A quién? A hijos y nietos. O sea, a mi ex y sus (mis) hijos, a su hermana y a sus hijos. ¿A dónde?

Dejé los tomates a medio acomodar en la mesada y volví rápido a ellos. Ya estaban de pie, con sus mochilas a cuestas. ¿Podemos hablar?, le dije a mi ex. Pero mis hijos estaban con que dale, papá, cuéntanos, plis. ¿Podemos hablar ahora mismo? Que si bajaba el tonito por favor, dijo él. ¿A dónde, papá? Dale, papá. ¡¿Podemos hablar?! Y él: chan. ¡Papá! ¡A Disney! Saltos y gritos.

En ese sencillo, pero certero, golpe bajo, vi a mis hijos alejarse con su padre, como una manada de aves que se va a otras tierras para hibernar. Antes de subir al carro, los niños se dieron vuelta para despedirse; fingí una sonrisa ancha que ahora recuerdo tétrica. Ambos tiraron besos que quedaron suspendidos en el aire y, después, se los tragó una nube.

Lo que lloré, Sharik.

A la tarde mi ex me llamó por teléfono y anunció: en dos días se irían de viaje. O sea, ¿el martes? Sí. Pero es que yo también tenía planes. Pero se podían hacer en otro momento, ¿cierto? ¿O falso? Este era un viaje muy importante para ellos. ¿Para quiénes? Los abuelos estaban grandes, era lógico que quisieran compartir con sus nietos. Ajá. Solo les faltaba el permiso de salida del país. ¿Lo tenía yo? Porque las partidas de nacimiento las tenía él. Pero es que. Una moto, a la mañana me mandaría una moto de confianza para retirar el sobre. No, no hacía falta que los acompañara al aeropuerto, irían todos en una van alquilada. Los abuelos les habían comprado unas mochilas equipadas con snacks y wokitokis para que se entretuvieran con los primos ya desde el aeropuerto, y en el avión, y en el tiempo muerto en los parques, entre juego y juego, que solía ser bastante. ¿Okey? ¿Okey qué? Que si me pasaba a los niños. Obvio. Disfruten, mis amores. Gracias, mamá, adiós, mamá. Adiós, adiós. Corté.

Lo que lloré mientras lavaba los tomates, Sharik (los tomates

orgánicos prémium vienen con una costra de tierra adherida a la piel, y hay que empeñar un buen rato lavándolos).

Llamé a la dueña de la casa para evaluar la posibilidad de que me devolviera el dinero. Se negó. ¿Una parte? Tampoco. Entonces, ¿debía pagar la casa aun si no la usaba? Ese era mi problema. Cortó.

El frasco de aceitunas había quedado en la mesada. Trinché un par, me las metí a la boca.

Mujer grande, mujer tonta, me dije.

Te dejas atropellar, es la historia de tu vida. Te ganan los hombres. Te aplastan los hombres. Te cambian los planes en dos segundos y tú ¿qué haces? Te metes dos aceitunas a la boca, luego tres, después un puñado. Y masticas con saña. Y sigues tragando, incluso cuando empiezas a sentir ardor en la boca del estómago. Lloras y te limpias los mocos con un repasador que huele a cebolla. *Fin*.

Y este es el comienzo, Sharik.

Volé seis horas, viajé cuatro más por tierra, después quince minutos de lancha.

Así es como he llegado a la bisagra de esta noche. A esta choza que mira la ciénaga. A la pantalla de la laptop interrumpiendo la oscuridad.

Hace unos días, esta choza solo tenía una hamaca. Le pedí a Luis Alfonso que me buscara una mesa y una silla.

¿Cuál es mi plan? Intentar visualizar la línea que enhebra tu ombligo con el mío.

¿Cómo? Mediante esta correspondencia.

¿Qué quiero decirte exactamente? Algo como: hola, me disculpo, soy tu vulgar destino.

Aunque también podría decirte, Sharik, que estoy herida y te uso para curarme.

Voy a dejar algo claro: soy consciente de que el extrañamiento que me produces es pura nostalgia fabricada. Nostalgia de algo que no fui ni quise ser, más bien al revés. Te voy a decir lo que hacía con mis primas a los diez años: falsificábamos recetas médicas para comprar loción Blanquiderm en la farmacia. Eso era hidroquinona pura. Solo la vendían en Drogas La Rebaja, cuyo dueño era un mafioso y, por lo tanto, lo de la falsificación nos parecía coherente.

Cada noche, antes de dormir, empapábamos un algodón y nos untábamos la cara con la fe de quien espera un milagro. Y ocurría: llegamos a tener esa piel de oblea, delgadita y caqui. Nunca blanca, pero sí atenuada en su oscuridad.

Tú dirás, entonces, ¿de dónde este arrebato? Esta necesidad de recuperarte como si fueras una moda que vuelve (que nunca usé), un estribillo bailable (que tampoco bailé).

Mami sabía de la loción, Mabel sabía, Muñe sabía. Ninguna se mosqueaba. Solo Margarita nos tiraba su veneno: eso da cáncer. La ignorábamos. Ustedes muertas antes que negras, ¿no?, seguía. Hasta que una vez Teresita se la ofreció: ¿quieres ponerte tú también? Nos miró insegura. Dale, Margui, así te aclaras un poquito. Lo hizo por tres noches, pero como en el día no se ponía protector solar, terminó manchándose. Muñe la llevó a su dermatóloga, que la aleccionó: no tiene nada de malo ser oscura, Margarita. Ajá. Y que esa loción daba cáncer.

3

Sharik:

Para visualizarte mejor le pedí a Iris la foto de una angoleña típica del siglo XVII. También le pregunté tu nombre. Me tiró opciones (Jandira, Rui, Kendra), elegí uno. Tu cara ahora es mi fondo de pantalla. La inteligencia artificial te considera bellísima: dientes blancos, alineación perfecta, ojos que destilan melaza. Tu piel: ni un poro. Antes, en el fondo de pantalla, había una foto de mis hijos.

Según Iris, más o menos, esto fue lo que te pasó:

Del barco tumbero te sacaron en un lanchón que te llevó a la tierra firme. Pero no era muy firme esa tierra, era más un barrizal hediondo sobre el que tiraban unos listones de madera. Ahí te pararon, te ataron a una fila con otros y les pusieron al cuello esas argollas escamadas por el óxido. Eran una serpentina humana a la que se le pedía coordinación al caminar: derecha, izquierda, derecha, izquierda. Así nadie tropezaba y caía. Pero cada tanto alguien tropezaba y caía y sonaba como un crujido de huevos al romperse, porque debajo de la madera había conchas de caracoles y jaibas. Después se hizo el reconteo y se calculó la pérdida. Aparecieron unos médicos. Hicieron el palmeo, o sea, un manoseo institucionalizado, necesario para evaluar las piezas y asignarles su valor.

Leí esto, Sharik, me pareció tenebroso y poético:

Resulta que, como los esclavos venían del interior, mayormente,

no conocían el mar. Y, cuando lo veían, se asustaban. Los empujaban afuera del tumbero, y al resplandor incandescente del día se sumaba esa monstruosidad líquida y ruidosa. Los esclavos se ponían de espalda, se cubrían la cabeza y gritaban, por favor, que los mataran. Era insoportable verla.

(También puede ser que gritaran por todo lo demás, y el mar les sirviese de excusa. O de coro.)

Tu arribo siguió así:

Una vez saneados, los exhibieron en hileras en un mercado. En Cartagena esos lugares eran principalmente dos: la plaza de la Aduana y la plaza de los Coches. He decidido que a ti te exhibieron en la plaza de los Coches. Y he decidido que tenías hongos entre los dedos de los pies, como los que me salían a mí de chica cuando jugaba descalza en el barro (qué cosa más dolorosa, la llamábamos mazamorra). Ay, Sharik, si habré tomado cerveza y bailado salsa y dado besos empalagosos en el bar de Fidel, una esquinita alegre de la plaza de los Coches, presumiendo vanamente que nuestra herencia negra había decantado en rumba guaguancó y resistencia al trago.

Yo sé que tú llegaste hasta ahí, que no te moriste en el barco tumbero y que, si te enfermaste, te curaste lo suficiente como para iniciar nuestro linaje americano, que se mezclaría hasta lo indecible. Cinco siglos después, yo ya nacería marrón. Desteñida, pero no tanto.

Mis compañeras de colegio, casi todas más claras que yo, me decían: tú eres de los que quedaron sucios. Era por ese mito sobre la creación del hombre que circulaba en las aulas cuando era chica. Para mi época ya lo habían quitado de los libros de texto, pero hasta no mucho antes aparecía en las viñetas de un cuadernillo de español y literatura llamado *Lenguaje total*. Traía dibujos y textos explicativos. Decía así: Dios había hecho negros a todos los hombres y mujeres, pero para enmendar su error creó un río de aguas claras,

de modo que todos se pudieran sumergir hasta alcanzar la blancura deseada. Al cabo de un tiempo el río se fue manchando y algunos quedaron mal lavados, ya no tan negros, pero tampoco blancos. Quedaron (quedamos) sucios. Cuando el río finalmente se secó, los últimos en llegar no pudieron bañarse, y solo lograron meter al agua las plantas de los pies y las palmas de las manos.

Al menos no eres «negra negra», me decían mis compañeras, sus falsas miradas de consuelo. No era, pero fui. Y ellas también. Porque, antes del río, todos lo fuimos, ¿o no?

4

¿Sabes algo, Sharik? De acá, a donde tu llegaste, yo me fui detrás de un hombre. Claro que no fue el primero que quiso salvarme. Salvarme significaba salir de esas busetas con olor a alquitrán, y de mi empleo chiquito en la sociedad portuaria, donde también veía llegar barcos gigantes como ballenas blancas, pero con turistas ancianos que se insolaban no bien asomaban la nariz. Visto desde hoy, me fui con un hombre collage, hecho de retazos de todos los hombres previos que quisieron llevarme, dotado de virtudes completamente ajenas a sí mismo, impregnado de una ilusión que no le correspondía a su momento, pero que yo, empeñada en concretar la fantasía, le atribuí frente a esas olas espumosas que se diluían en el instante de romper la orilla. Era muy fácil idealizar a un conquistador, Sharik. Lo era porque ya venían con el porte y la promesa de salvarte. Una solo tenía que estar preparada, eso es, entrenada en la gimnasia de ser apetecible y un poco transgresora, pero no tanto. Era un límite muy fino, pero las mujeres de mi tierra lo bailábamos bien: la transgresión debía ser el resultado de lo que el conquistador provocaba en ellas, no una marca de nacimiento. El conquistador solía ser frágil, de baja autoestima, pero ignorante de esa falta; era la mujer quien debía convencerlo de su habilidad para torcer destinos. Te llevo conmigo, diría el conquistador, y la mujer dudaría, simularía una dignidad blandita, afloraría una resistencia breve: no soy lo que piensas. Pero al final no podría resistirse, se dejaría poseer por quien, de entrada, se pensaría su amo.

Buen día, Desdicha, murmuraba Margarita cada vez que alguna de las cuatro señoritas de la casa llevaba un candidato a la familia.

Cada tanto caía también alguna amiga con su macho colgado al brazo, como quien presume una cartera nueva.

Una aclaración, Sharik: en mi casa de infancia también había hombres, pero nunca estaban. O estaban de una forma imperceptible para el resto: es decir, siendo niños o ancianos. La calle, en aquella época, como en la tuya, les pertenecía a los hombres, pero la casa era de las mujeres. Cuando digo casa me refiero a la casa de mi abuela Muñeca, claro. Quedaba en Manga. Al fondo de la segunda avenida, casi pegada al comienzo del puerto. No había glamour en esa parte. Pero había hambre de mirar y de ser mirado, por eso, a las tardes, los vecinos sacaban su mecedor a la puerta. En la familia cada quien tenía su casa, pero nos gustaba más estar en la de Muñe, amuchados. El elenco fijo éramos mi abuela, Margarita y las cuatro nietas. Nos volábamos del colegio con alguna excusa, y después, más grandes, nos íbamos a hacer tiempo entre clase y clase de la facultad. Para el final del día se aparecían Mami y la tía Mabel, que volvían de sus trabajos quejándose del calor, enrollándose el pelo en un moño y buscando las chancletas. De último, como en cascada, caía el montón de machos con la lengua afuera. En la puerta se desabrochaban la camisa y afloraba la camisilla. Antes de que abrieran la boca, ya mi abuela les había servido el agua fría, la sopa humeante, el vasito de aguardiente.

Pero te decía, Sharik, que, cuando alguna de nosotras traía un candidato, Margarita inclinaba la cabeza y soltaba esas groserías. Luego, cuando el muchacho daba la espalda, inseguro de haber entendido lo que esa negra murmuraba, Margarita hacía el gesto de un torero dando la estocada en el lomo del animal. De ahí en más, si volvían, iba a tocar la puerta de nuestra habitación y los anunciaba delicadamente:

Marijó, llegó ese muchacho que nació con la nalga en el mentón.

Llegó el que suspira y mata flores.

Te busca un mojoncito, nena, es chiquito, marrón y hediondo.

Margarita era una aguja afilada por ambas puntas. Pinchando al voleo. Nadie le decía nada, porque su lealtad era absoluta. Eso decía mi abuela: no le contesten, no la molesten, no la cuestionen; su lealtad es absoluta. A Margarita la había traído mi abuelo. Tendría

unos nueve años cuando llegó. Mi abuelo dijo que era hija de Deyanira, una mujer que venía los sábados a hacerle las uñas a Muñeca. Deyanira falleció, dijo mi abuelo, la niña no tiene quien la cuide. Por el padre nadie preguntó, pero, a pesar de que Margarita era color petróleo, tenía unos rasgos que, según algunos, delataban a mi abuelo. Lo más polémico de esa hipótesis no era tanto el adulterio, claro que no, sino que Margarita tenía unas pocas semanas menos que mi tía Mabel. Eso nos obligaba a imaginar a mi abuelo preñando a dos señoras al tiempo. Cuando Mami se casó con Papi, se mudó a un conjunto que quedaba a dos cuadras de la casa de mi abuela. Se llevó a Margarita, así como se llevó un biombo chino que le encantaba y un juego de cubiertos con mango de nácar que usábamos en los cumpleaños. Margarita, cada mañana, después de dejar listo el desayuno, agarraba sus sandalias, las sacudía golpeando una suela contra la otra y se calzaba. Luego caminaba hasta la casa de mi abuela, hasta ser requerida por Mami.

Tú dirás: ¿cómo es que de ser esclavas saltamos a tenerlas? Yo me pregunto lo mismo, Sharik. Alguna vez se lo pregunté a Mami y, por supuesto, se ofendió. Dijo que el de Margarita era un trabajo más que digno: techo, comida, educación, bla. Pff, resoplé. Y Mami: pero nadie la obliga. ¿Ah, no? Se puede ir cuando quiera por esa puerta. ¿A dónde? Si no le gustara, no lo haría. Pfff. Es como de la familia. Yo no diría «como». Puros chismes, nena. Pffffff. No te desinflas, corazón.

Yo no insistía porque, en ese momento, no tenía ni respuestas ni coraje. Ahora tampoco. Adoraba a Margarita. También pensaba que era refunfuñona e impaciente. Lo que sí tenía entonces era toneladas de impunidad: ay, qué te cuesta ser más amable, menos altanera, Margarita, qué te cuesta. Como respuesta ella estiraba el hocico y seguía con lo suyo. No se gastaba en explicarme.

Creí entender algo esa vez que Marijó llegó llorando a una comida familiar, porque el profesor de Constitucional le había dicho que era una mujercita inútil. Era tan rara esa reacción en Marijó, que todos nos volcamos hacia ella con desconcierto. Mami, mi abuela, mi tía, la miraban de cerca, calladas, como si la hubiesen descuartizado y estuvieran inquiriendo cómo volver a juntar sus partes. Para la

familia Marijó era, cómo explicarte, Sharik, la joya de la corona. Con su cara de camafeo, su piel blanca y cremosa, mi hermana se creía mil. Todo el mundo le decía que era el vivo retrato de mi abuela Muñeca. A Marijó era mejor ni respirarle cerca, no fuera a contaminarse. Pero Margarita, ponzoñosa como era, se le rio en la cara. No te burles, dijo alguien. Se rio más. Respeta su dolor, lanzó nosequién. Margarita enfureció: pero ¿qué cuento es ese? En ese cuento no se muere nadie, no se rompe nada, no llega un malo, no se va un bueno ¿Qué cuento es ese, Marijó? Un cuento de hadas, mividita. Marijó se retiró sin probar ni un canapé.

Margarita también se rio alto otra vez que le pregunté si ese desfile de hombres (nuestros potenciales hombres) a los que ella adornaba con insultos, en verdad le daba lástima. Me dijo que, pasado el primer cuarto de hora, cuando el novio mostraba los colmillos, las que le dábamos lástima éramos nosotras: tanta petulancia para terminar siendo la alfombra de un macho. Entonces nos vi, tal cual. Empuñando un ramillete de victorias pequeñitas. En ese punto, ya todas habíamos vivido lo suficiente como para saber que, con los años, el ramillete se marchitaba y las victorias se revertían.

Años después de irme, de juntarme y desjuntarme, yo también volví. Una siempre vuelve, Sharik. Aunque había dicho que prefería amputarme los pies con tal de no pisar otra vez esas calles polvorientas. Antes me había peleado con Mami porque a ella no le parecía bien que yo dejara mi trabajo por largarme con un «turista patasucia». Marijó y Teresita estaban de acuerdo con ella y se dedicaban a sembrar cizaña. Por muy mono que fuese ese muchacho, decían, acá llegó como turista, y esa era una condición denigrante. Una cosa era encamarse. Okey, estábamos dispuestas a dejarlo pasar. Culparíamos a los rones, que magnificaban las manos grandes del mono escondiéndose en los bolsillos traseros de mi short elastizado. Culparíamos a la moto de alquiler en la que recorrimos cada recoveco de la parte bonita de la ciudad, y que, con cada frenada, me hacía aplastarle las tetas contra la espalda. Algo así se esperaba de Karina, que vivía embarcada en esos yates con destino a la isla de Cholón. De ella y de sus amigas, que se prendían con

shots de Old Parr y se disponían a pescar gringos y europeos que podían resolverles el semestre entero a cambio de nada. O casi nada. No era que fueran putas, solo aprovechaban. ¡Pero ni siquiera era ese mi caso!, chillaba Mami, porque no había ninguna evidencia de que ese mono bello, allá donde vivía, tuviera más que unas monedas sueltas para el bus. Yo, en la posición que estaba, con el inglés (y con las piernas) que tenía, podría haber apuntado mejor. Qué bochorno. Podría haberle puesto el ojo a un ejecutivo gringo llamado Steven, a un capitán de barco italiano de nombre Pietro; podría haber hecho la tarea con más rigor, como mi prima Teresita, que nunca en su vida se perdió una sola de las fiestas de barcos de La Marina, atestados de cadetes glotones (en nuestra historia siempre hay barcos, Sharik, ¿te das cuenta?). Pero si a mí me hubiesen dado uno de esos palos con los que se pinchan a los sapos en los pozos, tampoco habría tocado a un cadete. Entonces pensaba que era timidez, incluso miedo, lo que me daban esos hombrecitos a los que llamábamos potesdeleche, y no solo por su uniforme blanco. Hoy sé que era una mezcla de asco y estupor. Los tipos venían de estar meses encerrados. Solo salían a correr por Bocagrande en bloques compactos. Se los veía entonar esas canciones militares para el trote («¡No temo a la muerte! ¡No temo a la muerte! ¡Menos al dolor! ¡Menos al dolor!»). Mi prima María Teresa no era bonita ni compensaba con el carácter, porque se quería poco y eso se notaba. De las cuatro, fue la única que depositó la fe en esos barcos. De las cuatro, fue la más determinada. Se emperifolló con disciplina para cada fiesta: todavía me mareo cuando evoco el olor que quedaba en la habitación cuando Teresita se arreglaba. Perfumes, cremas, laca, maquillaje, pintaúñas, todo mezclado. Casi podía verse la nube espesa de aromas empalagosos que la seguía, como una cola de zorrillo, y que después costaba sacar de la casa, aunque abriéramos puertas y ventanas para orear. Antes de irse se daba una última ojeada en el espejo entero de la sala: era un collage barroco, una redundancia de brillitos, un griterío. Se encajaba la estampita de san Antonio de Padua en la ranura del escote. Karina y yo seguíamos su despliegue, desdeñosas, echadas frente al televisor, mirando algún magazín de viernes.

Teresita nos decía: ya las quiero ver cuando yo sea Alguien y ustedes sigan ahí, con las nalgas aplastadas.

Y Karina: con qué poquito te alcanza, María Teresa. Ser Alguien es lo que le sigue a ser Nadie.

Hasta que un día Teresita se apareció con un oficial que se prendió a su espalda como una larva. No se le bajó hasta plantarle dos críos y unos mellizos y, después, unos tetones de silicona que no solo la hicieron más feliz que toda su prole, sino que la empoderaron. Ahí está ahora, en Manzanillo, el barrio naval, empujando los días con su pechamenta, criando niños y moho en una casita cursi azotada por el salitre.

¿Qué quiero decirte exactamente? Algo como: ¿también se puede evolucionar para peor?

¿Según quién?, diría Teresita. No, ella diría: ¡peor tu culo! Porque con los años ganó insolencia.

Tengo un concierto de mosquitos zumbándome en los oídos. Buenas noches, querida Sharik, mañana sigo.

5

Sharik:

Esta mañana amaneció nublado y a eso de las once llovió copiosamente por unos tres minutos. Al rato ya nadie se acordaba. Me da una risa esa lluvia. Después llegó la lancha del pescado. Y llegó la lancha de los víveres. Bridis recibió todo, incluidos mis pedidos especiales. A Bridis la seguían los cerdos y dos gallinas gordas que, cuando le pregunté de dónde habían salido, me dijo: vinieron para el sancocho del domingo. Y se rio.

Todo eso ocurría mientras yo estaba en la sala de la casa, echada en una poltrona enorme de ratán, sintiéndome una suerte de Cleopatra en el trópico. Llevaba un rato revisando el teléfono por si tenía noticias de los niños. Medio encuera estaba, Sharik, porque el calor de acá, qué te voy a decir. Tampoco es que una encuentre alivio en la piel suelta; creería que lo mejor es la tela holgada pero suficiente para cubrirse entera. Como Bridis, con sus batolas de algodón y sus pañoletas en la cabeza. Imagino que debajo de esos velos su piel es suave y elástica. Pero yo no tengo ese tipo de ropa, así que hoy, que no está Luis Alfonso, aproveché para encuerarme.

Ni mensajes ni fotos ni emojis ni stickers, nada de mis niños.

Me agarró encono. Dejé el teléfono en la mesa. En un rincón, castigado. Salí a darme un chapuzón. La bolsa con mis pedidos estaba apoyada contra uno de los palos que sostienen la choza. Me metí al agua. Estaba caliente, como siempre, y un poco revuelta por la lluvia. Desde el agua vi las palmeras bordeando el camino que conduce a las tres casas. Son muy parecidas, pero no iguales. La del medio es más grande, tiene una terraza imponente. La otra está

como tapiada con unos cerramientos de piso a techo. Según Bridis, se usa poco y nada. La que yo alquilé es todo mimbre y esterilla y yute y tules que hacen las veces de mosquiteros. Tiene telares colgando en las paredes con bordados de pájaros de la fauna local. También hay budas, Sharik. Budas por todos lados en formas variopintas: fuentecitas, esculturas, candelabros, servilletas. Las tres casas comparten los servicios.

La parte de atrás de las casas da al monte de los palos secos, y antes del monte hay un lote enorme ocupado por los paneles solares. Muchísimos. Es una instalación simétrica y moderna que podría estar en un museo. Paneles solares igualitos, uno al lado del otro, depositados ahí con un cuidado que me hace pensar que los instaló un enfermero más que un arquitecto.

El caso es que estaba yo ahí, en el agua tan tibia, sintiéndome presa de sancocho, analizando las tres casas hermanas, cuando vi a Bridis hablando con una muchachita de patas largas, cintura pequeña, redondez turgente en nalgas y tetas. Típico cuerpo de negrita adolescente que de vieja se derrama. Cuando vieron que las miraba, la muchachita se fue y Bridis se encaminó a la orilla, seguida por sus dos gallinas y un perro al que no había visto. Me hizo señas. Salí y me alcanzó el bikini. Me dijo que había llegado el vecino. Que me vistiera porque ya no estábamos solas. ¿Cuál vecino? El gringo, dijo, el de la casa del medio. Okey, dije. Me vestí ahí mismo.

Y esto fue lo que pasó después, esto es lo que quiero contarte, Sharik:

Fui a la casa por la computadora y cuando regresé a la chocita me encontré con un hombre sentado ahí, en mi set. Tenía un sombrero. Casi todos los hombres en la isla usan sombrero, no sabría decir por qué menciono ese detalle en este hombre en particular y no en los demás. Quizá porque era un sombrero limpio, cuidado. Llevado más como accesorio o complemento, es decir, por coquetería, no tanto por protección. Así que ahí estaba este hombre con sombrero ocupando mi lugar.

Buenas, saludó el tipo, soy tu vecino. Hola, dije yo.

Me quedé de pie, esperando que se le ocurriera cederme la silla. El tipo tenía un acento raro, como si hubiese aprendido español con

un presentador de noticias de CNN. No sonaba muy gringo, salvo por lo artificial. Pero tenía una sonrisa apacible y una mirada que te hacía pensar que era una de esas personas con mundo interior. ¿Vas a hacer mojitos?, me preguntó, señalando la bolsa apoyada en el palo. Más tarde, asentí. Para no hacértela larga, mi vecino fue por un cuchillo, dos vasos y un exprimidor de limón de esos de hierro. Al rato estábamos tomando mojitos, sentados en la orilla, por fuera de la choza. Rara vez salgo de la choza porque yo no uso sombrero. Ni Bridis. Ni ninguna de las mujeres que he visto por acá, que no sean las turistas. Y así, de buenas a primeras, se me dio por hablarle de ti, Sharik. Se mostró interesado, pero no tanto en mi hallazgo, que consideró vulgar. Más o menos dijo esto: que últimamente todo el mundo se andaba haciendo esos test genéticos, porque se ve que la gente necesita desenterrar una parentela más interesante que la que le tocó en vida y con ello convencerse de que podrían ser portadores de rasgos de carácter fabulosos y/o de traumas super seductores desconocidos hasta ahora, pero que rápidamente empezarían a desplegar como quien recibe y derrocha una herencia tardía. Lo que le parecía interesante, en este caso, era esta idea de mandarte cartas desde el futuro remoto.

El asunto es que, según mi vecino, era obvio que estas cartas tenían otro destinatario que no era «el fantasma de mi ancestro». Entonces, ¿quién es?, le pregunté. Entornó los ojos, misterioso: sería algo que yo tendría que averiguar. Ajá. Y ahí, automáticamente, como inducida por vaya a saber qué hipnosis, las vi a todas en fila: Muñeca, Mami, la tía Mabel, Marijó, Teresita, Karina. Pensé: adentro de ellas habita la misma bolsita sellada de cromosomas fundantes. Es decir, todas adolecemos de ti (¡pum!), luego estas cartas también son para ellas.

Al segundo trago me contó que se movía entre Ciudad de Panamá y Bogotá, donde vivía su hija mayor, a punto de darle un nieto cachaco. Por eso estaba acá ahora, esperando la fecha de parto. En Panamá vivía en una torre moderna de treinta y tres pisos. Él vive justo en el último, el penthouse. En los días nublados, dijo, el edificio esconde la cabeza en un cielo que parece hecho de merengue. ¿De dónde eres?, le pregunté. Del mundo, dijo el muy cursi. Y que tenía

varios hijos, todos mayores de edad, no sé cuántos, a lo mejor lo mencionó, pero, cuando son más de dos, la cifra se me confunde con la sensación de desorden. Tres, cuatro, cinco hijos, pienso: qué desorden.

Mi prima Teresita, por ejemplo, con sus cuatro críos, me parece una cosa grosera. Sobre todo porque su hermana Karina no tiene ninguno. Karina intentó preñarse de un novio, hace años. Siendo todavía muy jovencita, le agarró por ahí, y el novio, que estaba tragadísimo (como todos los novios que tuvo Karina), aceptó. A mi tía Mabel le pareció imprudente, pero el novio era de una familia fifí. Supongo que eso la hizo guardarse sus opiniones auténticas y subirse al delirio de la hija. No se le dio. Cuando el novio la dejó, ella revoleó cosas y, en una de esas, le abrió la ceja con un control remoto. El tipo vio la sangre y le gritó: ¡vientre seco! Vivían en El Laguito, en un apartamentito que no pudo contener ni el volumen ni el odio con el que salió ese grito. Todo el edificio se enteró. Karina se devolvió a su casa ese mismo día. Teresita le abrió la puerta: qué boba eres, le dijo, todavía te quedaban tres meses de arriendo. El apartamento se lo había alquilado el papá del novio para que, dada la insistencia («el encoñe», fue la expresión que usó), al menos, no fueran a parar a una pensión piojosa.

Bueno. El caso es que los hijos de mi vecino viven afuera, en otros países. Cuando le pregunté si los extrañaba me dijo que sí, que un poco. Había descubierto que podía pasar el día entero sin pensar en ellos, pero a la hora de la cena su ausencia se le hacía ruidosa. Me reconocí en esa sensación. Me pasa lo mismo, Sharik. Cuando cae la noche y la obligación de la cena deja de ser una obligación, me baja esta revelación infausta: no tengo a nadie a quien alimentar. Por eso, mi vecino, a modo de antídoto, suele cenar acompañado. Para acallar ese ruido. Su negocio es el de las demoliciones. Así me lo dijo cuando me contó: mi negocio es el de las demoliciones, ¿y el tuyo? Yo repetí, tal cual, la descripción que figura en mi LinkedIn: *Specialized translation in shipping matters*. Oh, dijo él, y alzó las cejas. Ni yo sé qué quise decir con semejante bazofia. Nunca traduje más que los folletos turísticos del puerto. Mi vecino está cerca de los sesenta, algo pasado de kilos, y está perdiendo el pelo de un modo

irregular. Pero es alto y habla con soltura, aunque con ese acento de mal actor. Tiene cara de europeo. Eso es como decir que tiene cara de nada.

Le propuse tomar el tercer mojito bajo la choza porque el sol estaba cruento. A él se le ocurrió trasladarnos a su terraza, donde tenía una «alberquita simpática». Le dije okey a la terraza, pero paso de la alberquita. ¿Por qué? Me encogí de hombros. Porque por muy simpática que fuera, no me sentiría cómoda sumergida semidesnuda con un desconocido. Eso lo pensé nomás. Allá fuimos. Su casa es, como se veía de afuera, más grande que la que alquilo, pero más minimalista en su decoración. Ni un buda tiene. La terraza da la vuelta entera, de un lado ve la ciénaga y del otro el monte y los paneles solares que, desde allí, son unas flacas láminas alineadas, que se tragan la luz casi por completo. El reflejo que producen es como el fuego bajo de un anafe.

Al cabo de tres mojitos, empecé a notar que esa misma soltura, que hacía un rato había ponderado en mi vecino, ahora me caía mal. A veces confundo soltura con prepotencia. Pensé: ¿y este a quién carajos le ganó? Pero se ve que mi vecino es perceptivo, así que reculó y se interrumpió con una frase chispeante. Dijo: te estarás preguntando ¿y este a quién carajos le ganó? Me reí.

Y así es como pasé la tarde, Sharik. Sentada en una tumbona frente a una vista alucinante, hablando de ti.

Primero debatimos el asunto de las cartas. Le aclaré que mi intención no era que las leyera nadie. Iba a imprimirlas, hacerlas un rollito apretado y guardarlas en esa lata de galletas que anda rodando por ahí, en mi casa, allá donde vivo. Después voy a refundirla en algún closet. Anunciaré que existen, claro que sí. A mis hijos, quizá. Me pararé frente a ellos con la lata en la mano: escuchen bien, acá guardé unas cartas que le escribí a nuestro primer ancestro, se llama Sharik, vino de Angola, eso queda en África. Y ellos me mirarán con sus ojitos carentes de interés y volverán a los shorts de YouTube. Pero cuando estén viejos, te lo firmo acá mismo, se acordarán de la lata y correrán a buscarla con el ansia de reconstruir que nos agarra de viejos, y entonces la

destaparán y meterán la mano para encontrarse con un puñado de polvo y una capa de gorgojos.

Muy bien, dijo mi vecino, chasqueó la lengua, ¿y en qué consiste el experimento?

¿Experimento?

Y entonces dijo que esperaba que no me metiera con todo este runrún de la herencia epigenética. Porque la gente se confunde, siguió: piensa que, por ponerle un nombre a algo, lo inaugura. Y ese algo, en este caso, era una teoría poco rigurosa. Un invento. Es así, dijo: hay un fenotipo (aspecto + conducta) y hay un genotipo (ADN + ambiente) y después hay charlatanes místicos queriendo constelarnos. ¿Cierto?

Y otra vez me caía mal el hombre. Se había embarcado en un monólogo que me costaba sostener. Quise evadirme mirando unos barquitos que pescaban.

De la esclavitud, mi vecino sabía poco y nada, Sharik. Solo atinó a decirme obviedades como que el valor del esclavo, en la época de la colonia, variaba según su raza, edad, sexo, resistencia física, bla, bla, bla. No solamente, le dije yo, había decenas de variables para determinar ese valor (hay tarifarios en internet): si tenías algún defecto, valías menos. Si eras menor de edad, valías menos. Si sabías hacer un oficio (¿tú sabías hacer un oficio, Sharik?), valías más. Si eras mujer, valías más también, y el valor aumentaba si, además, tenías buenos dientes y buenas tetas. Lo de los dientes puedo entenderlo, le dije a mi vecino: es síntoma de salud, de buena complexión. Pero lo de las tetas, no termino de entenderlo. En ese aspecto Iris es imprecisa. Pero, como más adelante las esclavas sirvieron de nodrizas, esa podría ser la justificación. En cualquier caso, insistí, vaya a saber qué criterios se contemplaban para considerar, con solo verlas, que un par de tetas tendrían mejor leche que otras. Absurdo. Mi vecino se llevó la mano al mentón, como sopesando el asunto, pero luego no llegó a nada. Concluyó que, quizá, yo estaba hilando muy fino, y que lo más obvio sería suponer que algún amo pretendía entretenerse con los pechos de su esclava.

Volví a mi casa pasada la hora del almuerzo. Encontré el plato en la mesa, tapado con una campana empañada por el vapor que

emanaba la comida. Pescado frito, patacones, ensalada de tomate y cebolla. Todo blando y frío. Ni lo toqué. El teléfono seguía en su rincón, lo agarré: nada de nada. Me tomé una botella de agua y me fui directa a la hamaca en la choza. Me quedé dormida hasta que me despertó el griterío de los pájaros. Abrí los ojos justo para encontrarme con el sol zambulléndose en el horizonte. Agarré la computadora y me senté a escribirte, dispuesta a pasar todo esto en limpio, pero entonces me atacó una distracción: recibí, por fin, fotos de mis hijos. Son capturas diversas en este parque llamado Disneyland, del que no pienso hablarte, Sharik, por muy tentada que esté a destruirlo. Es fácil destruirlo. Lo difícil es salvarlo. Yo no me ocuparé de ninguna de las dos cosas ahora, ¿para qué?

Me he preguntado si suma algo en la historia del linaje que engendraste saber a tus más nuevos descendientes enmarcados en este cuadrito pomposo, castillo al fondo y esos muñecos de cabeza excedida saludando a la cámara. Miré las fotos y pensé: ¿elegimos caminos tan torcidos? Miré la foto y pensé: bueno, tampoco hay nadie con un látigo fustigando niños, o ancianos, o ardillas. Al menos, no a la vista. Cuando miro fotos –esta y todas las fotos, Sharik–, nunca me pregunto por lo que hay fuera de campo, y eso me facilita creer que el problema es lo que muestra y no lo que oculta. La foto de mis hijos es todo menos inocua. Muestra elecciones, conscientes o porque sí. Si volviéramos a nacer sin pasado, sin nombre, sin cultura, sin inercia, ¿qué elegiríamos, Sharik?

Me pongo boba. Es como decir: si tuviéramos ruedas en lugar de piernas, ¿seríamos bicicletas?

¿En qué consiste el experimento, Sharik?

Siguiendo la línea de razonamiento de mi vecino –un suponer, ya que él no desarrolló el punto, a lo mejor ni siquiera se dio cuenta de la palabra que sembró–, la hipótesis sería que tu historia, es decir, la que pudo haber sido tu historia, o sea, esta reconstrucción arbitraria, habría impactado en mi presente de modos que me gustaría, mínimamente, desentrañar. ¿Y después? ¿Corregir? Qué risa. Ya estoy grande para giros pronunciados, pero quizá esté a tiempo de pequeños gestos. El pequeño gesto de hoy podría consistir en

reconocer que mis hijos han sido encajados con total naturalidad en lo que alguien, con menos remilgos que yo, llamaría «una postal colonialista».

¿Y después? Quiero decir, una vez adquirida esa conciencia, ¿con quién habría que disculparse? O, al revés: ¿a quién habría que culpar?

Esto me lleva a pensar en mi hermana Marijó, Sharik. Viene a cuento, ya verás.

Esta mañana, mientras escuchaba a mi vecino tararear sus certezas sobre cosas que ignora, me acordé de lo bien que se le da a mi hermana ir por ahí aleccionando a todo el mundo, empleando máximas que, en general, se inventa. Sobre la culpa, Marijó tiene más de una sentencia. Una es: la conciencia no genera consecuencia. Con lo cual queda claro que, según ella, reconocer un error, pedir perdón, darse golpes de pecho, son gestos huecos. ¿A quién le sirve ese reconocer más que a uno mismo? Y no es que Marijó esté en contra (porque cada quien con su culo un florero y bla), simplemente le parece inútil.

Si le preguntara a Marijó qué opina acerca de ti, Sharik, podría anticipar algunas de sus respuestas, pero no podría articular ninguna. Mi hermana tiene el don, y el peso, de la ecuanimidad. Y lo lleva con una altura envidiable. Ha conseguido aquello a lo que las demás ni nos acercamos: la aceptación generalizada. Encima, no es que le haya costado mucho esfuerzo. Estudió Derecho sin brillar demasiado, y se especializó en una cosa gerencial que la habilitó a olvidarse de los códigos apenas puso un pie afuera de la facultad. De todas formas, se instaló como la criteriosa. Se casó a una edad adecuada con un hombre adecuado y tiene un puesto de medio tiempo que, en su momento, le sirvió para poder recibir a los hijos cuando llegaban del colegio, con la merienda servida, en un balcón corrido que colecciona atardeceres sobre la bahía de la Manga (la parte glamorosa). Ahora que los hijos crecieron, el balcón le sirve para organizar clubes de lectura con sus amigas. En los posteos que hace de esos encuentros se las ve vestidas según la temática del libro, alrededor de una mesa decorada y servida con una abundancia

pecaminosa. A leguas se nota que están todas a dieta, lo que significa que esa comida va a terminar en la basura.

El caso es que, cuando alguien de la familia tiene un problema o debe tomar una decisión importante, le consulta a Marijó, y ella se expresa con dosis idénticas de condescendencia y crueldad. Sin una sola mueca, porque casi nada la perturba o la escandaliza. Y, cuando se escandaliza, lo hace soterradamente, como esa gente que orbita los problemas con distancia, que es capaz de circundar un incendio donde se chamuscan personas mientras reflexiona con serenidad. Quizá, a escondidas, se tajea la ingle con una Gillette. Cómo saberlo, Sharik. No conozco tanto a mi hermana. Ni ella a mí. Lo que Marijó le entrega al resto es de una eficiencia indiscutible. Superfluo, sí, pero la gente se va feliz porque se siente escuchada y porque, creo yo, hay algo balsámico en sentirse merecedor de una condena.

Yo misma, vaya a saber por qué falla neuronal que me oprime el raciocinio, he acudido a Marijó en el pasado para pedirle consejos, aun sabiendo que los pondría en duda. Cada vez que lo hice me sentí así de pequeñita, ignorante, mal vestida. Le he rogado que me dé instrucciones sobre la gestión de asuntos importantes como a qué AFP me convenía afiliarme, considerando el sueldo miserable que tenía, por ejemplo. Pero también le he preguntado acerca de asuntos más vejantes, como cuál sería el calzón adecuado para achicarme la cintura y levantarme las nalgas y con ello seducir a un forastero acartonado que venía a auditar contéiners al puerto. Lo bueno es que Marijó no jerarquiza las consultas, ella te invita a seguirla y camina sin tocar el piso, arrojando a su paso frases sentenciosas que rápidamente se evaporan, y uno se queda perdido, pero rociado de alguna forma de clarividencia.

6

Querida Marijó:

Ya empecé esta carta varias veces. Arrancaba preguntándote por mis sobrinos, tu marido, el club de lectura y ese pobre gato que suelta pelos por donde quiera que va. Pero, en verdad, nada de eso me interesa y, seguramente, a ti tampoco. Así que prefiero ir al punto.

Te cuento: ¿sabías que la primera gota de nuestro linaje brotó en Angola?

Me dirás: ¿y eso qué tiene que ver con nada?

Me dirás: ¿otra vez perdiendo el tiempo?

Me dirás: ¿todavía sin trabajo fijo, zángana?

(Cómo te explico, Marijó, que allá donde vivo no hay mar. Que mi amplísima experiencia en recepción de cruceros no me sirve de nada en ese lugar. Y que mi inglés es tan técnico que solo es útil para hacer traducciones especializadas que me encargan una vez cada tres siglos. Pero me las pagan bien. Te lo juro. De eso vivo. A veces. Y de la cuota alimentaria de los niños.)

A ver, es que, desde que supe de Sharik (así se llama nuestra ancestra), me pregunto cosas.

Por un lado, ¿quién podría negarme el derecho a reivindicar su

figura en mi/nuestro linaje? Donde nacimos, como bien sabes, todos tenemos algún origen prieto al que regresar con la excusa aparente de encontrarnos. Pero hasta no hace mucho, nadie que hubiese sido aclarado con el tiempo (o con productos), habría querido encontrarse en un origen así.

Quiero llegar al punto para no agobiarte.

A ver. Tú no necesitaste la loción Blanquiderm, pero Teresita, Karina y yo, como sabes, la usamos religiosamente durante años. Convengamos en que no fue muy distinto al uso indiscriminado que tú hiciste de ese alicer japonés que íbamos a buscar al Sanandrecito. Me refiero a que tú, por muy pálida que fueses, también quisiste blanquearte.

No me malentiendas, no estoy juzgándonos. Creo que no es culpa nuestra, ni de Mami, ni siquiera de Muñe, que hayamos obrado de esa forma. Esto no te lo enseña nadie, esto es un saber ancestral perfectamente legitimado. Esto es un zumbido con el que uno nace y crece, y nunca se hace demasiado estridente como para querer acallarlo. Pero entonces un día te haces un test genético y constatas un origen que, por supuesto, ya sospechabas, y te preguntas cosas, te pones revisionista.

Me dirás: busca oficio, boba.

¿Te acuerdas de cuando Karina se metió a estudiar cada cursito que encontró mal archivado en la Escuela de Bellas Artes? Fue para la misma época en que se obsesionó con el afrobeat. A mí no se me olvida ese almuerzo (¿todavía hace paella tu marido?) con la desagradable de tu cuñada (¿Rocío, era?, ¿Roxana?), que esa tarde estaba preñadísima y con la cara hinchada, como si se le hubiese atorado la cabeza en un panal de avispas. Mala y fea, tu cuñada. Ponzoñosa. Cabe acotarlo para dar contexto, por si alguna vez alguien llegase a leer esta carta. Porque ahora les parecerá una ridiculez ociosa, pero, cuando las embuta en una lata y las esconda, con lo chismosos que son allá, van a querer encontrarlas como si se tratara de las tablas de Moisés.

Bueno, el caso es que yo me acuerdo de que en ese almuerzo Karina estaba hablando de la guerra civil en Estados Unidos, con esa solvencia y ese look de mulatona sin brasier que hacía que los tipos

se babearan encima, y que nadie prestara la menor atención a lo que decía. Karina nunca supo comunicarse. Eso lo dijiste tú. Tenías razón. Pero toda esa gente que estaba esa tarde en tu apartamento tampoco sabía escuchar. Tenían la cóclea taponada en hormigón y por eso la discusión se hizo un nudo de argumentos gritones que rebotaban por las paredes y después, agotados, caían por el balcón, se ahogaban en la bahía.

Quiero volver sobre lo que hablaba Karina ese día. Me parece importante concederle algo de justicia. Ella intentaba contar que, después de la guerra civil en Estados Unidos, como mucha gente salió a reclamar las tierras expropiadas con la justificación de que eran hijos de amos blancos con negras violadas... Ahí, si mal no recuerdo, fue la primera interrupción de alguno que dijo: ¿y tú cómo sabes que fueron violadas? Karina dijo que estaba escrito en todos lados, que se llamaba derecho de pernada, pero incluso si no estuviese documentado, podríamos adivinar que ninguna negra se habría preñado del patrón por el mero gusto. ¿Ah, no?, lanzó la inmunda de Rocío, y Karina dijo algo así como que estaba intentando ofrecerles información rigurosa, constatada, no comentando un culebrón venezolano. Y que, en todo caso, estar preñada, ni entonces ni ahora, era un premio para nadie. Rocío enrojeció, pero todavía mantuvo la calma: la gente que estudia historia es baretera, fue todo lo que dijo la muy insulsa. Qué bruta eres, Rocío, contestó Karina. Y yo solté la risa, y más atrás Teresita. No porque estuviera de acuerdo con Karina, mucho menos conmigo, sino porque a las tres nos unía el odio por Rocío. Así y todo, Karina, impecable, siguió con su cuento: que, entonces, después de la guerra civil, salió una ley que decretaba que no por ser hijo de un amo blanco se podía reclamar su propiedad; solo los blancos puros podían reclamarla, porque, por muy blanco que se vieran por fuera los hijos mezclados, quien tuviese una gota de sangre negra sería considerado negro. Por eso en Estados Unidos no existían esas categorías como mulato, mestizo, etcétera. Allá, si tenías un rizo o un labio hinchado o un tonito de piel sospechoso porque tu madre, tu padre, tu abuela habían sido negros, eras negro también. Punto.

Eso explicaba por qué al presidente Obama, por ejemplo, que era más bien cafeconleche, se lo llamaba negro.

La boba de Rocío solo atinó a decir: pues acá no es así.

Y Karina: que acá sí es. Acá es peor. Y que en este almuerzo hasta el más pálido es un negro de mierda, dijo. Y esa hija que ella iba a parir (esto se lo dijo Teresita, que ya se había zampado una jarra de sangría) iba a ser una negra arrastrada, porque el padre, por muy ganadero rico de Montería que fuera, era bien morenito y ni toda su blancura hepática (la de Rocío, que por esa época se la veía amarillenta) la iba a poder lavar. De ahí en más el griterío se apagó por el llanto de Rocío. Todos corrieron a consolarla, empezando por ti, Marijó. Era como si Teresita le hubiese predicho una malformación a la criatura.

Tu cuñada se fue a reposar en tu habitación con vista panorámica. Y cuando ya estábamos comiendo el tres leches, la vimos salir apoyada en el hombro de su marido (bajito, vigoroso y, ciertamente, oscuro), con aires de emperatriz ofendida. El marido, lo recuerdo ahora, usaba unas chombas de Lacoste de unos colores tan estridentes que mareaban. Hasta luego, dijo Rocío en un tono imperceptible que Teresita y yo contestamos estirando el hocico y Karina con un hasta luego, «zorracista». Qué innecesario, dijiste, qué chiquilina, Karina. También tuviste razón. Yo recapitulo todo esto porque quiero recordarte de manera bien precisa lo que nos dijiste esa tarde con relación a Rocío, en un tono indulgente que nunca empleaste con ninguna de nosotras. ¿Te acuerdas? Dijiste que, «primero y principal» (esa muletilla ordinaria, que ojalá hayas perdido), a Rocío le había costado mucho ese embarazo. Mucho significaba las consabidas inyecciones hormonales, pero, además, varias peregrinaciones al altar de santa Ana en Arjona, que quedaba en un playón de barro. Con el asco que debía darle a Rocío pasar más allá del Castillo de San Felipe, pensé yo, se fue como mil veces a Arjona a buscarse hongos en los pies. Una vez que le fue concedido el milagro, revelaste que el pedido de Rocío no contemplaba la sola fecundación. Asegurada la preñez, aparecía otro ruego: si el bebé era un niño, lo quería por favor bien blanquito (como ella), porque un varón debe conformarse con su suerte. No

hay modo de arreglarlo, maquillarlo, desteñirlo. Pero si santa Ana disponía que su cría debía ser oscura y crespa (como su esposo), ella rogaba encarecidamente que fuera una niña. ¿Por qué? Porque una niña se arregla. Pero ¿cómo? Hay una galaxia entera de productos. Además, ya existía Halle Berry, Vanesa Williams, Zoe Kravitz. Para una niña oscura era más fácil encontrar un norte y seguirlo.

El día del almuerzo Rocío ya sabía que tendría una niña. El día que lo supo, contaste, mandó al grupo de mail familiar la foto de la ecografía y un «gracias, santa Ana, por mi negrita». Y tú te reíste alto, pero en soledad. Cuando la viste, la felicitaste genuinamente porque, dijiste, esa pobre mujer tenía la cara tan desfigurada por la retención de líquidos, que habría sido cruel contestarle algo que no fuera una genuflexión. Pero que, «la verdad verdadera» (otra de tus muletillas), te había dado una lástima profunda por esa niña que, ya antes de nacer, estaba obligada a parecerse a una actriz secundaria de Hollywood.

Todas asentimos mientras nos tragábamos ese postre que a tu empleada de entonces (¿Gloria, era?) le salía exquisito. Ya se había ido toda tu familia política, incluido tu marido, que fue a llevar a los papás. Mami estaba bañando a tu hijo, un bebé todavía. Gloria estaba oyendo la radio en la cocina a un volumen altísimo: «... y en un arrebato de mi vida loca, darte un besito en la boca» (se me antoja que sonaba eso). Así que solo éramos nosotras cuatro en tu sala beige, de cara a ese cielo fucsia. Extrañamente silenciosas. Supongo que estábamos tomadas por la mezcla narcótica de alcohol y calor. Nadie tenía prisa por irse. Como cuando éramos niñas y el único plan parecía ser el de mirar el techo a perpetuidad. Esa pernicia placentera mutó pronto en malestar.

¿Qué sabíamos de nosotras esa tarde?

Nos veo allí sentadas, en ese aspiracional que era tu apartamento para todas, mirando un destino tan incierto que abrumaba. La excusa era la criatura de Rocío (o Roxana), pero en el fondo cada quien pensaba en sí misma. Bien que mal, allá una desarrolla ansiedad por el porvenir en el párvulo. Padecíamos ese tipo de zozobra pueblerina que te hace adepta a los presagios. Andábamos

en busca de señales (en el cielo, en la marea, en los libros). Necesitábamos pensar que algo, en cualquier momento, iba a cambiar mágicamente nuestra vida. A transformar nuestra pequeña existencia en algo enorme. Si esa tarde hubiésemos sabido de Sharik, alguna voz tranquilizadora (quizá la mía y no la tuya, Marijó) habría disipado la bruma de un zarpazo: escúchenme, venimos de un pasado común, en el futuro seremos las mismas bajo el aspecto de otras, somos una larga genealogía de huesos agraviados, una ruina de algo que ya, de entrada, venía desvencijado.

¿Y entonces?

Entonces, de nada sirve preocuparse. De nada sirve especular. Hace quinientos años que estamos acá sentadas.

Pero fuiste tú quien habló. La ecuación es la siguiente, dijiste. Se venía uno de esos consejos que derramabas sobre los desvalidos.

¿A ver?, dijo Teresita, todavía soltera, dispuesta a tomar notas que, sin saberlo, ya practicaba en sus cacerías estratégicas. Ahí arrancó la segunda y última parte de la velada, en la que dispensaste una homilía sobre cómo acompañar favorablemente a un hijo oscuro, un escenario potencial que afrontábamos todas. A ti todavía te faltaba parir dos más.

Planteaste que había que enfocarse en garantizarle una buena posición económica a la descendencia. O sea, un marido con plata, dijo Teresita, riendo como una cotorra. La desatendiste. Para muchachas como nosotras, con educación, pero sin una espalda económica, sin una pequeñísima herencia siquiera para poner en un cedeté, el dinero tardaría siglos en llegar. En ese sentido, sí, dijiste mirando a Teresita, puede que casarse bien sea mejor negocio. No significaba eso, necesariamente, un marido rico, pero sí con mejores posibilidades que las propias. Porque si una salía de su casa era para estar mejor. Nunca peor, eso jamás. Pilas, dijiste, en un tono más grave que el habitual: no se descuiden, tenemos la pobreza muy cerquita. También dijiste: la salida es siempre por arriba, como en las piscinas, por abajo no sale nadie y el que lo intenta se ahoga. ¡Juera, filósofa!, dijo Karina. Teresita la mandó a callar. Ahora, seguiste (sin aclararte la garganta siquiera) yendo a la preocupación de Rocío, te parecía fundada, aunque inútil. Porque la fisionomía era

una ruleta. El dinero, sin embargo, era una rotunda corrección de marcha. O sea, que no era lo mismo un negro pobre que un negro acomodado, eso acá y en la China, donde no hay negros, pero se entendió lo que querías decir. A ver, estábamos (¿estábamos?) de acuerdo en que una niña oscura estaba habilitada a blanquearse porque había una cultura que no solo la avalaba, sino que la empujaba a ello. Pero, además, abrías una cláusula que quizá Rocío no estaba viendo: la única solución para un niño oscuro era el dinero porque, en el futuro, el dinero le posibilitaría acceder a una chica blanca y arribista como Rocío misma (¿Rocío era rubia natural? *No way*. Arriesgo: INOA 9.32: *Very Light Blonde Gold Iridescent*), que representaba la posibilidad de seguir blanqueando a su descendencia, es decir, de ascender socialmente. Eso, en Cartagena, jamás sería un destino desdeñable.

Tampoco era una gran epifanía, Marijó. Pero tú sí que sabías comunicarte. La sección Sociales del periódico local, que ese día (como todos) yacía en la mesita de centro de la sala, mostraba conformaciones similares todo el tiempo: rico rústico desposa a bella inculta. Y así. Secuencias como esa debían ocurrir a diario en lugares como ese: un apartamento confortable en un barrio de clase media acomodada en una ciudad del Caribe, donde (como en todas las ciudades del Caribe) la población tiene ancestros españoles, africanos e indios y, por lo tanto, altísima probabilidad de que el gen oscuro ensombrezca a su descendencia.

Karina fue la primera en levantarse. Abrió la puerta corrediza del balcón, entró esa brisa pegachenta.

Nos recuerdo a las cuatro mirando cómo las luces del contorno de la bahía empezaban a encenderse. El ojo ciego que había en el centro parecía un pozo sin fondo.

Karina se desperezó. Después de tan grato adoctrinamiento, dijo, se iría directo allá (señaló con el dedo hacia Muelle de los Pegazos) a tirarse al primer negro que encontrara. Total, ella ya sabía que su vientre era incapaz de engendrar nada, y podía dedicarse a disfrutar de la única ventaja que ofrecía un negro pobre, que era su vergón.

Puerca, le dijo Teresita.

Tú suspiraste, Marijó. Apenas cerró la puerta, dijiste: Karina nació

perdida.

¿Qué fue de Rocío o Roxana, Marijó? ¿De qué color son sus hijos?

Hace años, cuando todavía tenía Facebook, me pareció verla en esa foto familiar que posteaste, cuando fuiste a Disney con los dos mil quinientos parientes que conforman tu familia política. Creí verla en medio de un niño y una niña, que, asumí, eran suyos. Oscuritos ambos. Oscuritos y feos. Pensé: pero platudos, los malpariditos.

Me dirás: a ti porque te salieron bien blanquitos.

Lo que yo me pregunto, Marijó, o mejor: lo que te pregunto a ti, que eres la sabia, es, si la culpa es un sentimiento egoísta (tú lo has dicho, yo coincido), ¿cuál sería el sentimiento adecuado frente a ese origen que hemos decidido ignorar? Quiero decir, ¿qué deberíamos sentir frente a la flagrancia con la cual, toda la vida, negamos nuestra procedencia? ¿Vergüenza?

Me pregunto también, Marijó, si estar en el medio (ni blancas ni negras ni ricas ni pobres) no sería nuestra verdadera condena. Porque cuando se nace siendo tan radicalmente algo (blanca rica, negra pobre), una tiene más claro cuál es el bus al que le toca subirse. El medio es confuso. La indignación sale forzada, la condena diluida. La posición que haya que asumir frente a cualquier injusticia imaginable viene coronada con sospecha y fastidio: ay, ¿será para tanto? Por las dudas, una concede. Pero después sigue de largo porque, si te frenas, piensas. Hay pensamientos de los que no se sale tan fácil.

¿Con quién habría que disculparse, Marijó? ¿A quién habría que culpar?

Vergüenza, no se me ocurre otra respuesta.

La vergüenza regula y ordena. La vergüenza sirve porque ilumina lo que uno es, a pesar de uno mismo. La culpa, en cambio, solo ilumina lo que uno hizo. Tendríamos que metabolizar eso, Marijó, todo lo que hicimos sistemáticamente para ignorar a Sharik mientras crecíamos no fue culpa nuestra, pero podríamos haber sentido un poco de vergüenza. ¿Por qué no sentimos vergüenza, entonces? Porque para sentir vergüenza se necesita la mirada desaprobatoria del entorno. Y en nuestro entorno había un acuerdo tácito sobre la

oscuridad: debía lavarse tanto como se pudiera. En complicidad y con determinación.

Me dirás: ¿necesitaste escupir un hisopo para enterarte de eso?

Qué vergüenza.

7

Fue así, Sharik:

Escuché silbidos, primero, y aplausos, después. Era de madrugada. Me pegué un susto. Salí de mi cama con su tul mosquitero elegantísimo, como de doncella por desvirgar, y me asomé al balcón. Era mi vecino. Estaba con el perro que había visto con Bridis y las gallinas. Raza cara, el perro. Mi vecino saludó. Él es Ringo, dijo. Le dije: hola, estaba durmiendo, hablemos mañana. Me dispuse a entrar, y él dijo: tengo información relevante para tu experimento. No contesté. Luego dijo que me invitaba a desayunar. Lo vi alejarse con el perro.

A la mañana le pedí a Bridis que no cortara más fruta, por favor. Que mejor yo agarraba algo entero: un platanito, una mandarina. En general comía dos pedazos de algo y el resto se mosqueaba. Ella terminaba tirándolo al chiquero, que estaba en un costado de la casa, camuflado entre las plantas. Pero a veces ni los cerdos se lo comían. Me daba lástima que nadie se comiera eso. Me daba pudor preguntarle por qué no se lo comía ella. Bridis decía: doña, eso se lo come la tierra.

Me puse las chancletas y me fui a la choza. Pensé que mi vecino debía haber estado borracho para ir a aplaudir bajo mi ventana a la madrugada. En la choza estaba Ringo, el perro, cuando me vio vino a olerme los pies. ¡Chite de acá!, le dije. Se alejó discreto, pero no huyó, como hacen todos los demás. Calculo que está demasiado seguro del amor de su dueño, no se espera que le den una patada en el hocico. No me gustan los perros de raza, Sharik, yo siempre tuve bastos, rescatados de alguna finca, traídos por algún amigo de

mi abuelo a la ciudad. Muñe se compadecía: tírenlos en el patio. Y ahí vivían, en ese lote de tierra, enterrando y desenterrando huesos. Comían sobras, ladraban poco, te miraban de lejos con la cabeza gacha y el miedo incrustado en los ojos. Eran prescindentes. No osaban acercarse, salvo que uno los llamara. Solo Tobi vivió adentro. Era una mezcla indescifrable. Una criatura enana, pero larga y ancha a los costados. Muñe lo adoraba.

Apareció entonces mi vecino y su sombrero. Así que acá estaban, dijo. Traía una correa, la enganchó al collar de Ringo y lo amarró a uno de los palos. El perro buscó la sombra y se echó. Mi vecino dijo que había leído un artículo sobre un pueblo aymara que situaba el pasado adelante, a la vista, y el futuro detrás, porque es una incógnita. ¿Y el presente?, pregunté. El presente es muy cortico, dijo él. De ahí en más tuvimos, más o menos, este diálogo:

Yo: ¿y qué más investigaste?

Mi vecino: leí algo sobre la reparación moral que exigen los descendientes de pueblos oprimidos.

Yo: pero a mí no me oprimió nadie.

Mi vecino: pero ese no es el punto.

Yo: ¿y cómo se repara a una persona oprimida?

Mi vecino: hay cinco pasos: restitución, indemnización, rehabilitación, satisfacción, garantías de no repetición.

Yo: me interesa el dos.

Mi vecino: pero a ti no te oprimió nadie.

Yo: pero ese no es el punto.

Mi vecino: según explica el documento (¿qué documento?), la reparación permite hacer las paces con uno mismo, lo que solo es posible si uno hace las paces con su ascendencia.

Yo: de ahí a constelar hay un paso.

Mi vecino se rio.

Esta aproximación al diálogo que tuvimos, Sharik, se dio en el mismo escenario que la mañana anterior. El mar verduzco de este lado de la isla, el cielo despejado, el horizonte, el montículo de los pájaros con sus árboles retorcidos justo en el medio, a la altura de mi entrecejo. Todo dispuesto, como siempre, en su perfección agreste. Pero algo se había modificado: su mirada sobre mí. Detecté un brillo morboso.

En nuestra charla del día anterior, me había dicho: aparta de ti la tentación de compensar a tus ancestros. Y justo antes se acomodó el cuello de la camisa, me parece, o quizá se aclaró la garganta o se tocó la punta del sombrero, y ese pequeño aspaviento me mantuvo en vilo, porque equivale a quien golpea un vaso con una cuchara de metal y uno no tiene más remedio que atender lo que sigue. No hay nada que se pueda hacer para reparar el pasado, insistió. Qué tajante, pensé. Pero quizá uno pueda reparar el futuro, le dije yo. Él meneó la cabeza en señal de duda. O de posibilidad.

Hoy parecía haber cambiado de posición en el tablero, lo que le daba a nuestro intercambio un inquietante tono de juego de roles.

Yo: ¿así que el perdón repara?
Mi vecino: el perdón no alcanza.
Yo: ¿qué repara, entonces?
Mi vecino: ¿tú qué crees?
Yo: ¿el paso dos?
Mi vecino: se me ocurren un par de cosas más, pero no quiero espantarte.

Mientras charlábamos el perro se quedó dormido. El hombre del pescado trajo pargos para Bridis, langosta para mi vecino. Las nubes taparon el sol y la mañana se oscureció. A mí se me acalambró la pierna que cruzaba por encima de la otra y, sin darme cuenta, estaba apretando demasiado. Tuve que darme puños en la pantorrilla.

Mi vecino: ¿supiste algo de tus hijos?
Yo: algo.
Mi vecino: ¿cenamos hoy?
Yo: ¿ese sería un acto reparador?
Mi vecino: así es.
Yo: entonces, sí.

El cielo se despejó y entró una luz rotunda por el costado de la choza. Esa luz bañó al perro, lo hizo ver pequeño y vulnerable. Así dormido, emitía cada tanto unos quejidos. Quise contarle a mi vecino que, en la colonia, a los esclavos que se portaban mal también los amarraban a un árbol en la vía pública. Pero no estaban así sanitos como su perro. Solían tener llagas vivas por el hierro de la marca de propiedad. Las llagas supuraban pus, las moscas se apiñaban sobre ellas, no sanaban nunca. Estaba prohibido mirarlos o darles agua. Si recibían alivio, los castigaban peor. No le conté nada, Sharik, obviamente que no, porque la asociación era vulgar y facilona. Me dio pudor revelar que había estado leyendo sobre el tema y con ello parecer que recién lo descubría. Mi vecino fue a desatar al perro. El resto del día se me pasó en un pestañeo.

8

Querida Sharik:

Te cuento algo: acá llovió por dos días seguidos, sin descanso. El viento pegaba unos aullidos fieros, parecía que iba a arrasar con la isla. Del lado de la playa se volaron varios techos de restaurantes, se echaron a perder sombrillas, tumbonas y alimentos. La orilla se llenó de unos cascotes de hormigón que, supongo, va a costar sacar. Después de las últimas tormentas, me contó Luis Alfonso, habían levantado unos muros bajos de cemento para proteger los chiringuitos del viento, pero se ve que no los pegaron bien porque fue lo primero que se voló. Hace dos días que no hay lanchas de turistas porque ¿quién va a venir a la playa a pisar escombro? Hace dos días que tampoco llega la lancha de provisiones.

Volví en la motico para el lado de la playa. Se había volcado una canoa grande llena de pescados y quedaron todos flotando en la orilla del mar. Como recién vomitados. Los perros se dieron una panzada. Los pescadores perdieron montón de plata. Como no podían pescar, se recluyeron en el pueblo, enfrente. El resto de gente que hace servicios de playa también se fue, salvo los que trabajan en el hotel lujoso que está en la punta de la isla y que, todos los días, haya o no huéspedes, abre y cierra sus sombrillas blancas en una coreografía automatizada. Hasta allá fui en la moto. Había un señor andando en uno de esos tractorcitos que peinan la arena. Detrás de él, una muralla, interrumpida por un portón de cañas. Custodiando el portón, como una gárgola, había un joven negro vestido de blanco: *Are you staying in the hotel*?, me preguntó con una amabilidad que suavizó su inglés machucado. Negué con la

cabeza. Entonces se puso hosco, amargo, ninguneador: no puede pasar, dijo.

En esta isla, Sharik, salvo el monte de palos secos, no cabe nada entre las dos costas: mar salado del lado de allá, ciénaga dulce del lado de acá y ese hotel en la punta, donde se encuentran las dos costas. El pueblo de enfrente también era una isla, pero desde que le hicieron un puente que la conecta al continente, la gente se olvidó de ese detalle. Cuando yo era chica, no había puente y los del pueblo se llamaban isleños. Ahora habitan una especie de órgano aferrado a un cuerpo ajeno y no saben muy bien cómo llamarse. Qué cosa confusa, perder el nombre. La geografía de por acá está llena de esos engendros. Isla, islita, islote. El caso es que la gente del pueblo viene solo para pescar y vender. Se embarcan en su lancha y recorren estos pedazos sueltos que conforman un archipiélago numeroso de mojoncitos. A la gente del pueblo no le gusta el mar. Una vez le pregunté a Bridis si ella y su familia iban al mar, y estiró el hocico: usss, doña. La lluvia dejó al pueblo sin luz por varios días y se inundaron algunas casas. La de Bridis, por ejemplo. No me lo dijo ella, pero la vi llorando pasito en la cocina.

¿Sabes qué pasó de este lado, Sharik? Nada. Ni un coco se cayó.

Pero tuvimos un gran espectáculo. Recluida en mi habitación alcancé a ver un torbellino en la ciénaga y me asusté. Acostumbrada a su serenidad, parecía poseída por el demonio de la ira. Pero después de un rato me di cuenta de que estaba leyendo todo mal. La tormenta y la ciénaga estaban bailando una vieja coreografía. Se conocen de hace siglos. No había ira en sus movimientos, sino intimidad.

Mi vecino me explicó que las casas de este sector de la isla (que es como una franja, un pasillito) están construidas de espaldas a la playa por protección. Cuando llueve con viento, acá no hay peligro. Yo le dije: son las casas del tercer cerdito. No, me dijo, el tercer cerdito vive en el hotel.

Resulta que a mis hijos también les estuvo lloviendo, Sharik.

Disney cerró algunos juegos, y los últimos dos días se quedaron casi todo el tiempo en el hotel. Entonces sí, empezaron a llamarme cada dos por tres por video, con caras largas y resoplidos

exasperados. ¿Dónde estás, mamá?, quisieron saber. Aburrirse les dispara una suerte de brevísimo interés por el otro. Les dije que estaba en un viaje de trabajo, lo cual les sonó extrañísimo porque tampoco tienen muy claro cuál es mi trabajo. A mi ex le dije la verdad y no se le movió un pelo. No dijo: ay, qué mal que no están contigo conectando con sus orígenes y en cambio están conmigo en esta aventura de cartón. No dijo: qué mal todo, te pido disculpas, te indemnizaré con un millón de dólares y los niños vivirán contigo por siempre jamás, pero yo seguiré pagando sus gastos sin límite hasta que cumplan treinta y tres.

Basta, chicos, les dije, acercándome a la camarita en un primerísimo primer plano grotesco: volvamos ya todos a casa. Eso fue ayer. Pero hoy, el padre redobló la apuesta. Alquiló una motorhome. Vintage. Esta mañana me mandaron fotos publicitarias. Habían parado en un parque natural a hacer un pícnic. Me llamaron desde ahí y, después de charlarme tres segundos, se fueron al fondo, a un muelle. Estaban pescando con unas cañas de alquiler con los primos y el abuelo, vestido como si encabezara una expedición. Imaginé que había un tipo debajo del muelle lanzando baldes de peces vivos para que pescaran los visitantes.

¿Qué necesidad de convertirse en Playmobils?, increpé a mi ex.

Él se apartó, se metió en la motorhome y se ve que enganchó el teléfono en un trípode o algo, porque sus manos quedaron libres para gesticular. Se acomodó los lentes de sol (nuevitos), reconocí sus dedos largos: esos dedos que supieron ser útiles para sacar astillas, para desenganchar espinas y encontrar cosas en el pasto. Y para otras cosas que ya sepulté. Mi ex me preguntó por qué pensaba que mi experiencia en esa isla a la que quería llevarlos sería menos artificial que la de sus vacaciones. Que él, al menos, tenía conciencia de estar consumiendo un juego en su versión más drástica, por eso no lo atacaba ningún debate interno. Yo, en cambio, elegía hacerme la tonta. Ignorar el hecho de que estar en una isla «agreste», pero exclusiva, también significaba habitar una escenografía. Qué origen ni qué origen, siguió, no seas ridícula, conozco a tu familia: no te veo creciendo en esa casa remedo de palacio de Bangkok, toda envuelta en tules y mentiras.

Dejó deslizar, además, que suponía que la tarjeta con la que había pagado los pasajes era la de la cuenta familiar. Por supuesto, le dije, porque este era un viaje familiar, y ya lo había pagado antes de que él decidiera arruinarlo. Contuvo una risita. Si te pellizcas un poco, siguió, señalándome con su dedo afilado, te vas a dar cuenta de que vives una vida de utilería.

Corté.

Que se vaya bien a la mierda.

Me quedé sentada frente a la pantalla de la computadora. Al entrar en reposo apareció tu cara, Sharik, con ese efecto de despixelarse.

Perdón, Sharik.

¿Perdón?, Sharik.

Perdón, ¿Sharik?

¿Perdón?

A ver. Con respecto a mi vecino, ¿dónde te dejé?

La cena fue estupendamente. Él mismo hizo la comida. Un risotto. Mi vecino salteó unos langostinos y después los tiró histriónicamente sobre la montañita de arroz con azafrán. Abrió un vino blanco que estaba helado. Comimos en la terraza. Se había vestido en ese estilo elegante sport de lino sin planchar y sandalias desgastadas. Y su sombrero. Se lo veía relajado, seguro de su rol. ¿Qué rol era ese? Sin hilar muy fino, podríamos atribuirle el rol del conquistador, lo que me deja a mí en el irremediable rol de la conquistada. Así dicho, suena maniqueo, reduccionista, pero ¿cómo más podría decirlo, Sharik? Estoy grande para complejizar la vulgaridad de la seducción. En un momento se me quedó mirando y dijo que así, vista de cerca, podía ser que se me notara tu ascendencia. Pero por allá lejos, como borroneada. Entrecerré los ojos, Sharik, necesité agudizar mi mirada sobre sus gestos con el fin de descifrar si esa observación disfrazaba una crítica o un piropo.

Luego le dije que mi abuela Muñeca no habría tomado bien el

hecho de que una africana inaugurara su linaje. Para ella, su blancura era, sin la menor duda, una condición ventajosa que, por desgracia, ninguna de nosotras, salvo Marijó, había heredado. Pero jamás habría atribuido esa mancha a su bolsita de cromosomas sellada. En su cabeza, esa bolsita había contenido siempre una nieve batida, prístina, espumosa. Hasta que llegó mi abuelo y la roció con su impureza, y quedó toda pringada de hijos mezcladitos. Nunca lo dijo así, pero Mami cuenta que, cuando eran chicos, antes de llevarlos al colegio (o a misa, o a un evento familiar), los ponía en fila, organizándolos en degradé. Del más claro al más oscuro. Muñe tuvo cinco hijos, pero la mayor se murió de sarampión a los cuatro años. Se llamaba Inés. La abuela conservaba unos escarpines tejidos con su nombre. Los segundos son unos varones mellizos de los que no te he contado porque no sabría qué contarte. Ni ni fu ni fa, no suman nada. La fila la encabezaba la niña que murió, luego seguían los mellizos y, después, según el día, Mabel o Mami, quedaban al final. No era que le daba un premio al más blanco, claro que no, pero sí que los mostraba más o menos a la gente que se cruzaba, según su lugar en la fila.

¿Sería para tanto?, preguntó mi vecino. Se lo veía indeciso entre reírse o no de la anécdota. Había puesto en su celular una lista de reproducción de algo que, si me apuran, diría que se llama chillout. Yo prefería mi playlist empalagosa, pero no me atreví a sugerirla. No lo sé, le dije a mi vecino. Quizá no era para tanto. Quizá Mami exageraba. O mentía. La verdad es que Mami mentía que daba miedo, Sharik. Ahora pienso que, si Inés tenía cuatro cuando murió, Mami debía tener tres y Mabel dos, y los mellizos, que son los menores, debían ser unos bebotes que no podrían mantenerse en pie en ninguna fila de nada.

De todas formas, para Mami y para la tía Mabel debió haber sido apabullante. Tenían una madre de nombre Muñeca, cuyos rasgos más ensalzados tenían que ver con la presunta pureza de su raza. Descartado eso, ellas debían labrar su belleza con otros atributos. Recuerdo que las mañanas de sábado en la casa de Muñeca eran un sainete de muchachas que iban y venían a hacerles las manos, los pies, la tintura, el blower. Recuerdo también, alguna tarde en la

semana, a Mami y a Mabel haciendo gimnasia. Se untaban un aceite en el torso y se lo envolvían en un plástico. Se tumbaban en el suelo, intentaban meter los brazos por entre las rodillas flexionadas a noventa grados. ¿Para qué hacen eso?, les preguntábamos. Para quemar la barriga. Desistían rápido. Primero Mabel. Mami aguantaba un poco más, lo suficiente para culpar a Mabel de haberla desmotivado con su abandono. Una vez se compraron una bicicleta fija en mil cuotas, pero también desistieron. Pagaron tratamientos de gimnasia pasiva: las acostaban en una camilla y les conectaban unos electrodos que vibraban mientras leían una revista. A la tercera sesión abandonaban porque quedaba lejos y era caro y, para qué engañarse, no servía para nada. Tenían el deseo, les faltaba voluntad. No hay que dejarse estar, decían, pero al final se dejaban estar. Mejor tener de donde agarrar, terminaban diciéndose entre ellas, indulgentes.

Entre las nietas estaba todo más repartido. Las cuatro (incluida Marijó, con el karma de su pelo rucho, que «le bajaba el precio») habitábamos una frontera difusa. Por supuesto que empeñábamos esfuerzos en quedar más cerca del lado claro de la línea. No se cuestionaba ese esfuerzo. A veces se notaba más, a veces menos, a veces nada. Cuando se es muy chica, una no se enoja con su primera apariencia hasta que alguien te avisa, Sharik. Siempre aparece alguien que te avisa. Nosotras supimos que algo no estaba bien por la mirada reprobatoria de Muñe. Pero ella solo nos miraba en silencio y negaba con la cabeza. Hasta que alguien tuvo la deferencia de enterarnos de los detalles mal lavados de nuestro aspecto. Habrá sido Mami y/o Mabel, seguramente, amparadas en la máxima (¿compasiva o cruel?) de que en la calle nadie nos lo iba a decir. De ahí en más, esa vocería la asumió Teresita. Al ser la más acomplejada, era también la más meticulosa y tenía la cortesía (¿y el morbo?) de llamarte a un costado y hacerte un diagnóstico de todo lo que habías hecho mal: la base había que mezclarla para no parecer un mimo, y para que no se cuarteara y revelara la piel verdadera. Había que humectar muy bien las rodillas, los codos y todos los pliegues, porque se oscurecían y se ponían duros como una lija. En las puntas del pelo alisado había que ponerse rulos, para

que no quedara flechudo, para no parecer una choza. El tinte amarillo no había que exponerlo al sol hasta los tres o cuatro lavados, porque se tornaba verde.

Qué risa, Sharik, mi vecino escuchaba todo, pero seguía indeciso en su expresión. Tenía una sonrisa a medio camino entre la compasión y la burla.

De todas maneras, le dije, no éramos «negras negras». Y eso, para Muñe (bah, para todas), se podía remediar. No era que nuestra mezcolanza la colmara de dicha, pero no alcanzaba para abatirla.

Muñe no estaba exultante, tampoco, con los rasgos indios del abuelo, Sharik. Muy seguramente habría preferido ser desposada por un noble europeo, condición que ya no existía como categoría en sí, pero que se podía simular. Mi abuela, sin embargo, encontró modos de reconciliarse con eso que personificaba su marido llamándolo el Cacique y haciendo chistes sobre su tosquedad chibcha que, tal como ella lo decía, equivalía a fuerza y virilidad. En segundo lugar, Muñe ponderaba la entrega de mi abuelo a su persona (el subtexto sería: soy su reina, es mi súbdito), y el abuelo correspondía ese invento hincando la rodilla para saludarla, haciendo reverencias a su paso, dramatizando suspiros cuando la veía de lejos. Nada de eso impedía su conducta disipada. El abuelo iba por la vida tapando sus líos, como los perros tapan sus excrementos con las patas. Un matrimonio como el de ellos, largo y con vericueto, necesitaba un mito que lo sostuviera. Ese mito me hizo aferrarme a una historia familiar con formato Televisa. Me gustaba que su mezcla encontrara evidencia en mí: el pelo de mi abuelo (negro liso raya al medio) renacía en mi cabeza y solo en mi cabeza, porque en las otras no prendió. Cada vez que alguien preguntaba por la historia de mi familia, yo reforzaba el mito:

Al principio de todo, un barco (siempre, siempre un barco, Sharik) del que un joven español desembarcó en el Caribe. Se enamoró de una india salvaje, la domesticó, la vistió, le insufló su semilla prístina. De ahí en más, nuestro linaje.

Quién sabe por qué, le dije a mi vecino, a la mayoría de la gente que conozco la leyenda del mestizaje le parece más tolerable que la

del mulataje. Más aún: la leyenda del mestizaje le parece romántica. El mulataje es más de segunda línea, más clase b.

¿Sabes que hay casi cuarenta categorías de mezcla racial en el llamado Nuevo Mundo?, le dije a mi vecino. Él no sabía.

La peor categoría, en mi época escolar, era la de los zambos. Un zambo jamás ocuparía roles protagónicos en ninguna de estas tramas.

¿Sabes que hay casi cuarenta categorías de mezcla racial en el llamado Nuevo Mundo, Sharik?

Yo tampoco sabía. A mí me enseñaron solo tres.

De niña encarné innumerables variantes de la India Catalina en actos escolares. La India Catalina, Sharik, es nuestra Pocahontas, pero más trash. Una niña raptada por el español Diego de Nicuesa, educada y catequizada en República Dominicana, y traída de vuelta para difundir el saber adquirido entre los suyos. Fue amante de Pedro de Heredia (dicen), el fundador de mi ciudad, que era un tipo inteligente, pero calentón, mujeriego y maltratador de indios, razón por la cual (dicen) Catalina lo denunció y lo dejó, y después se casó con un sobrino de él para vengarse. O quizá se casó con alguien más y lo de la venganza es un mito. O quizá no se casó nunca. No queda claro qué fue de ella, pero la versión más extendida es que se fue a España y murió de vieja, cundida de nietos blancos. De esa historia hay múltiples variantes, Sharik, a lo mejor todas fantasiosas, pero siempre queda insinuado que aquellas indias exóticas tenían el poder de conquistar al conquistador con una astucia disfrazada de docilidad. Y ahí está Catalina, en el centro de Cartagena, hecha estatua de bronce, haciendo un topless de tetas perfectas, heteronormada hasta los meñiques.

El caso es que, le conté a mi vecino, yo me disfracé de India Catalina muchas veces en el colegio. Y él se sonrió de un modo que me hizo calentar las mejillas y mirar el piso donde estaba Ringo, despatarrado como un felpudo, masticando hielos de una totuma.

¿Qué raza es Ringo?, le pregunté. Un labrador, dijo él.

A un costado de Ringo estaba la hielera, con la botella de vino vacía, de cabeza para abajo.

Nunca vi a nadie disfrazarse de Orika, ¿sabes?, le dije a mi vecino.

¿De quién?, dijo él.

Ustedes, indias antes que negras, bufaría Margarita.

Pensaría que los esclavos africanos, Sharik, su llegar a la fuerza, su devenir en animales de carga, su retobarse, traían consigo una marca de violencia explícita a la que nadie que no fuera irremediablemente negro quería estar asociado. La sumisión india parecía más guionable. Y aunque el impulso aniquilador que traía el conquistador era el mismo, las respuestas no lo eran. A los indios se los despreciaba, pero a los negros se los temía. Pensaría que Muñe le temía un poco a Margarita («no le contesten, no la molesten...», dicho como quien doma a una bestia). Pero era un temor que podía mantener a raya con autoridad y compasión. Esa mezcla daba como resultado algo muy parecido al afecto. Margarita sentía por mi abuela una devoción irracional. Mi abuela la protegía, la cuidaba, le sobaba la cabeza, y con eso la mantenía en su sitio. Cuando se ocupa un sitio tan claro, sin ambigüedades, es más fácil relacionarse.

En nuestra ciudad, Sharik (esto se lo dije a mi vecino también), los negros han ocupado siempre un lugar clarísimo. Pareciera que alguien, hace siglos, hubiese hecho el respectivo test ocupacional de la población oscura para luego tatuarlos con la descripción invariable de su rol. Los negros, en su abrumadora mayoría, son servidumbre. También son atracción turística (es decir, servidumbre). Se los necesita para que bailen, toquen, canten. Para que se pongan una palangana llena de fruta insolada en la cabeza. Para que cuiden a las nietas marrones de una blanca.

Por muy refunfuñona que fuera, Margarita desempeñó siempre, a cabalidad, el rol que se esperaba de ella. A veces se ponía triste, es verdad. Pero quién no. En ella era raro porque en general estaba como enojada y, después, cuando aparecieron niñitos en la casa, le

agarró también por el frenesí. Se revolcaba en el piso lanzando carcajadas con los hijos de Teresita y con los hijos de Marijó (aunque ellos venían con su niñera y había rispidez). Pero, como te digo, Sharik, cada tanto se apagaba y entristecía. Ahí Mami y la tía Mabel intervenían. A ellas la tristeza les parecía un lujo. Las mujeres tristes se ponían una bata de seda y un antifaz, se encerraban a dormir la desazón en sus cuartos cortinados en terciopelo para apagar la resolana de afuera, mientras que abajo, en sus mansiones coloniales, las siervas se ocupaba de que el mundo siguiera su curso. No había ni que mandarlas: las siervas andaban a propulsión desde el principio de los tiempos. ¿Cómo podía ser, entonces, que la muchacha del servicio se permitiera ese despilfarro? A Margarita le correspondía la vulgaridad del entusiasmo. Así que Mami y Mabel se encompinchaban y se proponían sacarla del hueco. Se le metían en el cuarto (oscuro, chiquito, oloroso a esas cremas baratas que ellas mismas le regalaban), se situaban una a cada lado de la cama y empezaban a marearla: la tristeza es egoísta, Margui, siempre hay alguien que sufre más que uno. O: hay que llorar por dentro y por afuera ser feliz, y así, hasta que un día te la crees. Y yo creo, Sharik, que Margarita era justo lo contario: antipática por fuera y alegre por dentro. Al final, casi siempre era Muñe la que la sacaba del hueco. Le llevaba un caldo de algo, o una cocadita, o un bocadillo con queso. Se le sentaba en la cama y le acariciaba la cabeza. Muñe no abría la boca. O mínimamente, porque a veces nos asomábamos a ver cómo iba la cosa y la veíamos soltando un bisbiseo de rezos con los ojos cerrados, mientras Margarita lloraba sobre su regazo. Siempre me dio envidia eso que alcanzan algunos rezanderos: el don de reposar de sí mismos. Así era como Margarita exorcizaba aquello que la abatía, porque, poco después, aparecía bañada y vestida en la cocina y empezaba a mandonearnos a todos.

Muñe decía: es tan querible.

Bueno, lo de mi vecino siguió así:

Entramos a su casa porque la terraza se puso muy ventosa. Atravesamos un pasillo, llegamos a su habitación. Su cama también tenía un tul, como la mía, solo que era más grande. Su cama era enorme. Le pregunté si tenía un harén. De vez en cuando, dijo él.

Me asomé por la ventana que daba al monte, a los paneles solares, a la luna enorme y redonda. En el cielo brillaban todas las constelaciones.

Mi vecino volvió con unos vasos altos. Tragos que tomamos en tramos largos.

Después abrió el tul y señaló la cama con el brazo, en un gesto reverencial: bienvenida al continente americano, dijo.

Luego vinieron los besos. Luego vino todo lo demás.

El roce húmedo, exhalaciones cortas en ascenso. Los sonidos se escapaban por la ventana abierta, se mezclaban con la brisa, con las olas, las chicharras. Miré a mi vecino como desde un trono, su cabeza reposando en la almohada, la frente transpirada, el gesto suplicante, sus manos aferradas a los huesos de mi pelvis. No me sueltes, creí haber dicho, pero quizá solo lo pensé. La cresta ilíaca, Sharik, ahí está el timón, ahí es donde me pierdo entre las manos de otro que, visto desde arriba, parece vencido, rendido a mi voluntad. Claro que no. Una vez que me vio saciada, mi vecino me agarró con más fuerza y me dio vuelta para que ocupara su posición: mi cabeza sobre la almohada y él encima, en su cara ningún rastro de súplica. ¿Qué había entonces? Brutalidad. Todo lo que yace en esta cama es mío, parecían decirme sus ojos. Y: te desmalezo con mi espada, te planto mi bandera, te someto con este grito triunfal. ¿Qué decían mis ojos? Lo que han dicho siempre llegada esta instancia, que consiste en reforzar en el otro su fantasía de dueño y señor de todas las cosas del universo, incluida mi pequeña porción de humanidad. Todo esto es tuyo, decían mis ojos, te pertenece por orden natural.

Al día siguiente, ya en mi cama, el celular me despertó con un mensaje suyo.

Querida vecina:

¿Conoces las anémonas blancas? He estado haciendo esfuerzos por reproducir en mi cabeza algo que le haga justicia a la imagen que se fijó en mi mente anoche. No estoy seguro de haber dado con

ella, la anémona blanca podría aproximarse. Se trata de una flor que por fuera es clara, blanca, en general, aunque también se las encuentra beige o color crema chantilly. Pero más allá de su blancura exterior, el centro de esta flor es negro, muy negro, y solo es posible verlo cuando la flor se abre. Tal vez esta imagen te parezca demasiado *corny* (o *horny*!), qué vergüenza, por lo que seguí pensando y encontré otra. El maíz para crispetas, cuando explota, revela también una blancura exterior con un núcleo negro. Esa imagen me parece más precisa para recordarte. Hay una parte de tu cuerpo en la que tu ascendencia jamás podrá ser matizada. He tenido el privilegio de probarla. No consigo sacarme el gusto intenso a sal.

Yo le contesté esto:

Querido vecino:

Leí que, en 1801, a su paso por el virreinato de la Nueva Granada, el barón Alexander von Humboldt afirmó que ninguna persona incapaz de ruborizarse era digna de confianza. Para Humboldt, la penetración de la sangre en el sistema dérmico, esa mutación del color de la piel común en los pueblos del Cáucaso o raza europea era, un signo de los movimientos del alma. Entonces, ¿cómo confiar en los que no saben ruborizarse?, se preguntaba Humboldt. Es verdad que, por fuera, soy ligeramente más clara que por dentro. Por suerte las partes a las que aludes poseen la oscuridad suficiente como para no poder ruborizarse. Menos mal. Esas partes agradecen tu atención detallada y tu dedicación.

Querida vecina:

Antes que nada, por lo que he investigado, Humboldt fue un intelectual bastante mediocre. Segundo, he reconsiderado mi mensaje anterior. Pienso que hablar de tonalidades no le hace

justicia a tu cuerpo. No se trata de colores, se trata de luz. En la naturaleza hay organismos que no necesitan de la luz externa, porque son capaces de crear luz propia desde adentro. Como el plancton de la ciénaga (podemos verlo esta noche, si quieres), que se ilumina cuando lo rozan y enciende a quien quiera que esté cerca, lo tiñe de flúor. ¿Viste la película *Avatar*? Inspirada en el plancton, qué duda cabe (también he pensado que pudo haberse inspirado en el procedimiento médico para colocar un stent, dado que se inyecta un tinte fosforescente en el cuerpo para mostrar en la pantalla el flujo sanguíneo de las arterias, pero eso me parece menos poético). Bueno, pienso que alojas un plancton oscurísimo adentro de tu cuerpo, que al menor roce se enciende. Al entrar en contacto con ese brillo, también te hace brillar. Anoche brillamos. Gracias. Hoy volví a apagarme.

Podría haber seguido esta correspondencia inflamada, Sharik. En cambio, la dejé en remojo por un día. Y eso me trae a la tarde de hoy. Estoy en la choza de siempre, trinchando cubos de piña mientras te escribo esta carta. Y espantando mosquitos. Le pedí a Bridis que me trajera una mecha mojada en citronela. Me dio rinitis. La casa de mi vecino está cerrada. Esta mañana vi salir a la negrita canónica con un balde y unos trapos. Supongo que es su Bridis, aunque su aspecto concede otras sospechas. Al rato volví a verla sentada en el balde dado vuelta, mientras se pintaba las uñas de los pies, lo que la hacía encorvarse sobre sus rodillas. Ni un rollito en esa panza. El resto del día me la pasé relojeando la casa. No salió ni el perro.

Ahora releo sus dos últimos mensajes en el teléfono. Dice: ¿desapareciste? No le contesté. Luego dice: ¿qué me dices del plancton?, ¿vamos?

El agua está quieta, el horizonte limpio. En la pantalla de la computadora tu foto se apaga y te suplanta mi reflejo, que, por un momento, me desconcierta. Soy un bicho que mira todo con los ojos

despepitados, pero no retiene nada. Quiero escribirle a mi vecino que eso que hace el plancton (crear luz desde adentro) se llama bioluminiscencia. Y que me encantaría verlo a la noche con él. No le escribo nada.

9

Querida Muñe:

Te he tenido en la cabeza. De ti no sé más que los reportes que Mami manda al chat familiar. Que el médico piensa que eres un milagro de la naturaleza, que si no fuera por tu falta de memoria podrías pasar por una señora de setenta años y no de noventa y seis. Abro tu foto más reciente, que es la que han puesto en el perfil del grupo. Hago zoom en tus ojos color océano, como les decía el abuelo, y veo que se han vuelto dos charquitos. Están irrigados por infinidad de arrugas delgaditas. No sé a qué se refiere el médico, para mí aparentas la edad que tienes y eso no es ningún pecado. Mami está empeñada en tomarte fotos, dice que es fácil porque siempre estás quieta. Que lo único que se mueven son tus ojos. Que hay días que pareces el búho del reloj que había en la cocina de tu casa, que movía los ojitos de un lado a otro. Le hemos dicho que lo de las fotos nos parece una maldad, dado que tu aspecto ya no es el de una Muñeca, o sí, pero rota y vuelta a pegar. La última respuesta de Mami, completamente desconcertante, fue: ay, niñas, no entiendo esa resistencia a parecer lo que uno es. Le mandamos un tornado de caritas estalladas de risa, porque Mami se ha pasado la vida inculcándonos justamente lo contrario. La tía Mabel salió a defenderla: que en la vejez la coquetería ya no es virtuosa (usó esa palabra, «virtuosa», me pareció inusual en su boca y pensé: al fin la tía Mabel tiene un novio alfabetizado). Marijó zanjó la discusión sugiriendo (qué risa, Marijó no sugiere, ella impone) que, de todas formas, era mejor no exponerte a esos primerísimos planos y, de paso, ya que Mami compartía la información de los partes médicos,

quizá era mejor reenviarlos. Para ahorrarle trabajo, dijo, y para tener la información precisa de cómo evolucionaban tus trastornos vasculares, tus problemas de memoria, tu resto de dolencias. El médico le había explicado a Mami que cada tanto a tu cerebro lo atacaba una avalancha de imágenes inconexas, rápidas, superabundantes. Por eso te ponías a hablar locuras. Marijó no estaba de acuerdo con el médico, ella había estado investigando y parecía que lo de la memoria era completamente normal. No era que Muñe estuviese inventando cosas que jamás había vivido, dijo, sino que en la vejez brotaban recuerdos olvidados de la infancia y tendían a borrarse los de la mitad de la vida. Se hacía como un hueco en el medio. En ese hueco habíamos caído nosotras: tus hijas y tus nietas. A mí me pareció una teoría ridícula, pero me dio pereza discutirle a Marijó y, como todas las demás (menos Karina, que no participa en grupos de chat), reaccioné a su comentario con un dedo alzado.

Estoy en una casa que odiarías, Muñe. Es muy bonita pero también muy grande. Pensarías que da mucho trabajo. Yo ni lo pienso, me la alquilan con staff. Está Bridis, que limpia y cocina. Y está Luis Alfonso, un muchacho que hace los mandados. Lo veo todos los días paradito afuera, a la espera de que le pida cosas. Una vez le pedí hielo y desde entonces, cada mañana, me tiene preparada la neverita de icopor llena de cubitos escarchados. Yo no doy quehacer porque me la paso en esta choza frente a la ciénaga, echada en una hamaca. Alterno la hamaca con «mi puesto de trabajo» (así le llama Bridis: doña, le dejé un tentempié en su puesto de trabajo), que consiste en una mesa y una silla plástica. Acá a mi lado, a la sombra, tengo a Ringo, un perro al que Luis Alfonso también atiende. Le trae una palangana de agua con hielo que le va renovando cada tanto. Mis hijos mueren por un perro. Yo no quiero cuidar más nada, Muñe. A este lo dejo estar porque sufre el calor y temo que se deshidrate y muera en ausencia de su dueño. Es un perro caro. Su dueño es un vecino de la isla. El otro día Ringo se fue un rato largo y volvió con un olor a humo que me noqueó. Llegó tiznado. Bridis lo bañó. Seguro que se metió en el monte donde queman basura. Este perro es dócil, Muñe, me recuerda a

Tobi, el que duró como tres siglos echado sobre tus empeines bajo la mesa de la cocina, ¿te acuerdas de Tobi? Para mí que sí. Mami me contó algo que contradice por completo la teoría de Marijó. Me dijo que le preguntaste por Uriel, ese novio que yo tuve, cero importante, lo habrás visto dos veces, como mucho. Tenía una melena de gitano. La mugre que cargaba. Cuando Mami lo mencionó me acordé de él como quien se acuerda de una foto. Brazos cruzados en la espalda, levemente inclinado hacia delante. Se paraba de la misma manera siempre, con esa expresión congelada de a quien todo en el mundo lo deja perplejo. ¿Cómo es posible, Muñe, que gente tan inocua persista en la memoria?

Total, que acá ando, tecleando esta carta que es puro rodeo.

De todas formas, es una carta que no leerás. Primero, porque imagino que ya no lees nada, pero además porque es parte de un experimento que me he propuesto hacer para mí misma (puedo oírte: ¡mujer grande, mujer ociosa!): sacar de la ecuación al destinatario real para poder ser más honesta con lo que quiero decirle. No se me ocurrió a mí semejante idea rebuscada. Me la sugirió mi vecino, el dueño del perro, y yo he querido ponerla a prueba.

Olvidemos al perro y al vecino, hagamos foco en el experimento.

El experimento contigo me viene muy bien, Muñe, porque fuiste una mujer tan dulce, tan generosa, tan compasiva, que no podría decirte en la cara que algunas veces fuiste también lapidaria y castradora. En tu empeño por mostrarnos el camino, nos agarrabas de la nuca con tal fuerza que una terminaba contracturada de por vida. Hubo un tiempo en que te odié un poco, Muñe; me parecía tan injusto que tuvieras licencia indefinida para decirnos qué hacer y qué no, qué ponernos, con quién salir, qué amigas eran buena influencia y cuáles eran unas putas solapadas. Las pocas veces que una juntaba coraje para contestarte te pasabas la tarde envuelta en ese aire de lamento que se te daba tan bien.

Así te recuerdo, Muñe: boquita apretada, pelo ralo, brazos gruesos, patas flacas. Diligente. Siempre de acá para allá, criando várices.

Cuando buscaba complicidad para odiarte, Marijó me cortaba en

seco. Me miraba seria y me decía: Muñe sabe, hay que hacerle caso. ¿Por? Porque Muñe estuvo primero. ¿Y? Porque Muñe es el comienzo.

Así te recuerdo, en realidad: como el comienzo.

Previo a Sharik, eras la idea más clara que tenía de un comienzo. Si alguien, en uno de esos juegos de trivia nuevos que hay ahora (con preguntas ya no de cultura general, sino de tipo emocional), me preguntara algo así como cuál es tu primer recuerdo, ese recuerdo te habría involucrado, Muñe. Mi primer recuerdo es un cepillo de cerdas gruesas contra el cráneo. Tu mano en el mango, peinándome, a veces con demasiado ímpetu. Hay que arar el cuero cabelludo, decías, que eso era bueno para la circulación (de la sangre, de las ideas). Al final hundías tu nariz en mi pelo y respirabas. Acá vivo yo, decías, y tu abuelo y tu mamá. Todos los que estuvimos antes vivimos aquí.

Antes, mucho antes de todos ustedes escondidos en mi cráneo, estuvo Sharik, Muñe. Esta mujer que nació en Angola es nuestro verdadero comienzo. La primera versión que fuimos. Acá tengo su foto, oculta detrás de esta carta. Su cara es negrísima, sus dientes luminosos, en la mata de pelo apretado no le cabe ni una brizna. No se te parece en lo absoluto, claro que no, pero la tienes adentro, como yo, como Mami, como mi hija y como todas las mujeres de tu familia hacia atrás y hacia adelante.

Cuando descubrí a Sharik, se me vino a la memoria esa vez que nos llevaste a lo de Dolores. Esto sí viene a cuento, ya verás por qué.

Lo que yo me acuerdo de ese día es que el abuelo se había muerto hacía poco, unos meses, quizá, y a ti te agarró que querías digitarnos el provenir tanto como se pudiera porque, Dios mediante, tu deseo era irte pronto detrás del Cacique. Ninguna de nosotras se había casado y no tenías demasiada confianza en el criterio de tus hijas para guiarnos.

Lo de Dolores era al pie del cerro de la Popa. Primero nos dijiste: es «en» el Pie de la Popa. No es lo mismo. Para quien lea esta carta en el futuro (para ti, hijita, que quizá un día de lluvia te agarre aburrida y con el iPad descargado), explico: el Pie de la Popa es un

barrio bueno de Cartagena, cómo no, pero si alguien dice que es «al» pie de la Popa, se refiere a esas chozas enclenques que están bajando el cerro, como desmoronándose unas sobre otras. Ese es un barrio malo. Lleno de bandidos. Un lugar peligroso para una señora blanca, aunque sus nietas sean marrones. Si yo hubiese sido autoridad en esa ciudad, me habría tomado la molestia de señalizar el límite; no puede ser que uno tenga que depender del uso de la preposición o la contracción para decidir si exponerse o no a su destino. El caso es que allá fuimos a meternos. El taxi nos dejó a unas dos cuadras, no quiso entrar. El camino serpenteaba como un río y hubo que ir por los costados porque en el medio estaba anegado. Hasta ahí habíamos creído que Dolores era una adivina, una tarotista fina, dentro de lo que cabía. Dolores era lo más parecido a la primerísima idea que uno tiene en la cabeza de una bruja. ¿Te acuerdas, Muñe, de que tenía un cuadro enorme de Buziraco? ¿O estará esto en el hueco de la mitad de tu vida? El cuadro ocupaba la pared principal de su salita oscura. Y había como cien gatos. Había cortinas, en lugar de puertas, separando ambientes. Cada tanto se movían y entraba un olor a sopa de menudencia que se mezclaba con el del palosanto y el de orín de gato. Podía verse gente del otro lado, que hacía su vida con total naturalidad. Unos niños en el piso, en calzoncillos. Un viejo viejísimo en una mecedora. Una muchacha lavando platos.

En la salita había velas prendidas por todos lados. Apenas entré se me hizo claro que habría que contener la respiración, porque al menor suspiro esa salita se incendiaba. Lo que fui yo, me amarré el pelo en un moño apretado; Karina también. Teresita se lo dejó suelto porque tenía el blower recién hecho, dijo la muy fatua. Marijó siempre lo llevaba recogido, con el friz controlado, porque ya entonces era una tensa.

Tú entraste con tanta soltura, Muñe, que nos fue fácil saber que no era tu primera visita, como nos habías hecho creer. Dolores agitaba las manos: avancen, avancen. Esa voz rasposa que sonaba muy parecido a un eructo. Pero ninguna avanzaba, los pies se nos habían adherido a ese suelo de tierra. Hacía un frío pegachento. Ay, qué asco, tantos gatos. Así como donde uno ve pájaros sabe que

hay agua cerca, donde uno ve gatos sabe que hay maldad y porquería, Muñe. Que qué miedo ni qué nada, nos dijiste y nos empujaste para adentro, toda resuelta. Dolores se reía pasito y tomaba café de una taza descascarada, lo escupía al piso y salpicaba. Insistía en que nos sentáramos. Tú, Muñe, con lo asquienta que eres, te sentaste de primera en un banquito podrido. Y arrancó el despliegue. Dolores miró la borra y te dijo que veía al abuelo en camisilla y pantalón, parado en la cocina, friéndose unos huevos para él solo. Lanzaste como un aullido de lobo. Qué cosa más triste. Unos días después, Mabel nos contaría que eso era lo que había hecho el abuelo previo al infarto. Freírse un huevo. No te llamó a ti porque era muy tarde y llegaba de parrandear y, aunque tú rara vez le decías algo, a él le daba vergüenza. Se murió así: borracho, culposo, hambriento.

Después Dolores, ojos como balas, nos miró una por una. Y empezó a disparar sentencias.

Yo me acuerdo perfecto de lo que me dijo a mí, porque, si bien me pareció desagradable, al final me hizo sentido. Me dijo: tienes ese trapo empapado en el medio de las piernas, se lo huele, te chorrea, te gusta ir por ahí chorreando sangre, ¿cierto? No, dije, cómo así. Escuché que Teresita dijo bajito: gas, que era lo que decíamos para manifestar repugnancia. Gas era el asco más asco que uno podía sentir. Palabra cortita para un sentir infinito. Gassss, decíamos. Una estúpida, Teresita, porque ella hacía cosas mucho más asquerosas, Muñe, como colgar sus calzones en el cabezal de la cama y apuntarles un ventilador de pie directo (eso, además de asqueroso, era malísimo: los calzones tenían que secarse al sol para evitar la candidiasis). El caso es que era cierto: yo tenía la regla y no me había dado tiempo de cambiarme la toalla higiénica desde la mañana. La verdad era que cada tanto me pasaba eso. En parte por despiste, pero también porque había algo en eso de mancharme que me daba una sensación de poder. Cómo decirlo, Muñe, mancharme con mi sangre ferrosa era como procurarle un público a mis ovarios jóvenes, fértiles, voraces. No lo pensaba de esa forma tan articulada. No esa tarde. Pero después de esa tarde se me hizo claro que, si para otras mujeres mancharse era una tragedia, para mí era una

ostentación. ¡Quítatelo!, me gritó Dolores, me mandó la mano a la entrepierna y yo me eché hacia atrás para esquivarla. Que la sangre debía fluir, dijo, que eso no era una herida que había que contener. Que dejara salir la oscuridad, o sea, la verdad que estaba taponando. ¡Mentirosa!, me gritó Dolores. Todas me miraron, Muñe; tú también me miraste con esos ojos todavía grandes y grises que, más que un océano, a mí me parecían una tormenta. Pero no había tiempo de expresar nada porque Dolores no daba oportunidad. Se volteaba a mirarme: ¡hipócrita!, y después seguía con cualquier otra cosa. Por eso no retuve con tanto detalle lo que le dijo al resto, porque cuando algo se hace con tanto escándalo lo que prevalece es la forma y no el fondo. Eso podríamos haberle dicho a Dolores, como sugerencia, se me ocurre ahora, aunque quizá a ella le servía exagerar las formas, porque lo más difícil, siempre, es elaborar el fondo. Su alharaca la salvaba de profundizar. Quiero decir, creo que dijo cosas pertinentes, pero también hizo show. Como cuando sacudió a Teresita sin razón aparente (yo igual la habría sacudido, por sapa), o cuando le clavó a Karina un chupón en la boca (y que después Karina nos diría que le supo a sobaco). No sé qué le habrá dicho a Marijó porque se lo dijo en secreto y ella jamás lo reveló. Es más, esa noche, cuando repasamos lo ocurrido encerradas en tu cuarto, no me acuerdo qué dijo, pero seguro que nos inventó algo bien elucubrado mientras se miraba la uña con la que se despegaba las cutículas, y todas asentimos pensando lo mismo: qué falsa eres, María José.

A ti se dedicó largo. Con saña. ¿Te acuerdas? Se te sentó enfrente, te tomó las manos, soltó frases que entonces me parecieron locas, pero ahora, por alguna razón, las estimo reveladoras.

Algo así te dijo, transcribo lo esencial:

Ustedes dicen que al principio era todo oscuridad (no sé a quién se refería con «ustedes», si a nosotras cinco o a la humanidad de la

que ella no se sentía parte). Y les parece que después se supera el asunto. Se van pitadas, corriendo, buscando la claridad. Pero no ven que el problema no es el principio, sino el final. Porque no hay final. Corren en círculos. No pueden escapar. Yo sé por qué viniste. Te miraste bien y te asustaste. No eres lo que creías ser. Te da miedo que los otros se den cuenta. Eres negra por dentro. No como yo. Yo soy blanca por dentro, porque me di vuelta como una media y ahora muestro la verdad. La verdad es siempre oscura, la luz se guarda adentro. Se te sale por los huecos cuando quiere mostrarse. Si no quiere mostrarse, no sale. La luz se esconde. Yo veo que tú no tienes luz adentro, pobrecita. Te apagaste.

Te recitó una fábula infinita de claros y oscuros. Una lluvia de aforismos misteriosos que, ahora, me remiten a unas cuantas cosas que me dijo el otro día mi vecino. O quizá mezclo las palabras de Dolores con las de mi vecino, y vaya a saber quién dijo qué. Las cosas que me dijo mi vecino, Muñe, no te las cuento porque están teñidas de lascivia. Aunque nunca leas esta carta, a mí igual me da pudor. Convengamos, además, en que la metáfora de la luz y la oscuridad no es que descuelle de originalidad. Lo de Dolores, sin embargo, lo recuerdo potente. A ti te golpeó. Seguro. Quedaste como desgonzada y disminuida. Con una expresión de susto que, ahora que lo pienso, no se te fue más. Al contrario, con los años se acentuó: encontró rincones en tu cara para acomodarse. Esa tarde Dolores te dio una trompada tras otra. Cuando te veía muy caída, susurrando entre llantos: Inesita, Inesita, por ejemplo, se volteaba hacia nosotras y nos concedía migajas de su palabra:

Ay, las flores, tan bonitas, y solo las besa el aire.

O: ¡brutas! Rompen la yerba nueva con sus patas salvajes.

O: ¿no tendrían que haber llorado?

Y se reía.

Dijo más cosas que, esa noche, cuando volvimos a la casa, todas estrujadas, anoté en una lista, por si alguna vez conseguía

descifrarlas. En la casa estaban Mami, Mabel y Margarita paradas en la puerta. Se abalanzaron al taxi, se armó un griterío. Reclamaban saber a dónde habíamos ido sin decirle a nadie, contigo así como estabas, estrenando viudez, desparramando la tristeza. Hubo que arrancarte del interior del taxi, ufff, un parto con fórceps. Aparecieron los hombres. Cuando había problemas, aparecían los hombres para salvarnos. Aparecían multiplicados, se tomaban la escena. Moscas devorando migajas. Te agarraron entre todos, te embarcaron en un carro, te llevaron al médico. Procedieron rápido, como si te hubiera mordido una víbora y hubiese que correr a que te sacaran el veneno.

Mami y Mabel nos culparon. Qué cómo habíamos permitido. Que cuál bruja ni qué bruja. Que a quién se le ocurría semejante negrada. Mujeres grandes todas, con estudios, incapaces de torcer la voluntad de una señora en duelo. Olíamos inmundo. Que a bañarse todas, a lavarse esas greñas, a pasarse el estropajo. Margarita, trae límpido. Hasta piojos deben tener, las puercas. Esa noche, Margarita me lavó el pelo con una lentitud inexplicable. Ella sola se ofreció a hacerlo. Llevó la silla Rimax al baño, la metió en la ducha, me indicó que me sentara y echara la cabeza hacia atrás. ¿Qué les dijo la bruja?, me preguntó mientras me masajeaba el cráneo, y yo le conté. Escuchó callada. Afuera, el griterío. Era obvio que Mami y Mabel estaban ofendidas porque tú no las habías convidado. Pero si ustedes van al bioenergético, les dijo Marijó, qué se vienen a hacer las superiores. No es lo mismo, mija, y que el consultorio pulcrísimo del Dr. Lefrán quedaba en Bocagrande.

Cuando ya estuve en el cuarto, deseando que el sueño me abatiera, agarré un cuaderno y anoté las frases de Dolores que me acordaba:

Las alas también se rompen.
No las calienta ni el sol.
Una jaula salió a buscar un pajarito.
Se abrazarán a tu espalda como náufragos.

Después, Dolores se aburrió. O se cansó. De cualquier forma, desistió de atormentarnos y nos dijo: váyanse ya, ayuden a su abuela, pobre mujer, está apagada, está sellada, está cansada desde que el mundo es mundo. Abrió la puerta, las bisagras chirriaron. O los gatos. Dolores dijo: las visitas siempre sientan bien, si no es cuando llegan, al menos cuando se van. Si alguna gracia tenía esa negra era la de saber hablar en refranes. Cosía un dicho con otro sin que tuvieran nada que ver. Escupía retahílas de incoherencias. Y, aunque al final fuera todo humo, te dejaba carburando. Con el tiempo pensé que eso era una especie de regalo. ¿No te parece, Muñe? (¿No te parece, Sharik?) Dejar a otro colgado en algo que dijiste. Yo sigo pensando en esas máximas de Dolores tantos años después. Sobre todo en eso que te dijo al final, cuando te agarró la cara con sus manos callosas. Para mí fue la frase más bonita que anoté esa noche:

Cuando no puedas moverte, aprende a mirar.

Eso te dijo. Recién ahora, que le hago zoom a la foto siniestra que te tomó Mami, creo que fue profético.

Descubro en la foto algo nuevo, Muñe, unas cejas dibujadas a distinta altura. A lo mejor fue Mami. O alguna enfermera. Quizá fuiste tú misma, que un día te viste al espejo y necesitaste completar las partes desdibujadas de tu cara, que, alguna vez, tuvo las cejas en su sitio. El delineador es café claro, por eso no es tan evidente si no se agranda la imagen. Me atacó un agotamiento repentino de pensar en el esfuerzo que te implicaría recordar tu propia cara. Y hablar de tu historia. Quizá por eso elegiste olvidarla.

Ay, Muñe, te estoy diciendo mucha cosa sin orden ni consistencia, ¿cierto?

Parloteo, runrún, espuma. Como si ya no tuvieras suficiente en tu cabeza.

Me parece que esta carta no sirve para nada.

10

Sharik:

Antes de irme de nuestra ciudad, yo trabajaba en el puerto, ¿sabes? Sé que lo mencioné antes, pero sin entrar en detalle. Resulta que yo estaba en el área de la terminal de cruceros. Lo que más aprendí en ese trabajo fue a mover cosas enormes. Todavía me resulta desconcertante cómo algo tan gigantesco como un barco puede recorrer distancias tan largas. El esfuerzo que se empeña en poner en marcha esa monstruosidad. A mí, cuando me tocaba recibir un crucero, se me aflojaba la mandíbula. La verdad es que mi puesto no era muy importante. Más responsabilidad y mejor sueldo tenían los del área de comercio exterior. Pero mi jefe, como me veía entusiasmada y nerviosa, me hacía cada vez una pequeña ceremonia: eso que viene ahí es un pueblo que flota, señorita, y lo trajimos nosotros. Me daba unas palmaditas en la espalda. Era un buen tipo, mi jefe. Un señor mayor, o eso me parecía entonces, casado con la hija de alguno de los dueños del puerto. Yo había entrado de pasante y había escalado a asistente porque, a pesar de que era muy joven, él me veía potencial. ¿Por qué? Por el inglés, por la presencia: porque nosotros éramos lo primero que veían los pasajeros al desembarcar, luego debíamos dar una primera buena impresión de la ciudad. Ayudó a mi ascenso, también, que Papi era primo segundo de una íntima amiga de su mujer.

Mi jefe pensaba que ser gerente era su techo y se sentía responsable de trasmitir ese saber. Una vez a la semana me citaba en su oficina y me daba lecciones desde su silla ergonómica. Las lecciones eran, casi siempre, sobre el servicio al cliente. Detrás de él

había una ventana, por ahí veía entrar y salir buques mercantes con sus cajitas apiladas de colores vivos: naranja, amarillo, verde, azul cielo. Mi jefe hablaba con solemnidad de asuntos mundanos: todo pasajero debe recibir su encuesta, escúchame bien, me aleccionaba, de ti depende que la impresora no se quede sin tóner. Insistía, una y otra vez, que lo más importante era sonreír, ser amable, decir: sí, señor, enseguida, cómo no, con mucho gusto, señora. A veces me daba consejos pragmáticos: a la hora de exponer un argumento, enumerar es una gran estrategia. Y me tocaba hacer unos videos institucionales en los que recitaba unas estadísticas gloriosas e irreales. Repetía cosas como: la temporada cerró con un superávit histórico de visitantes, lo que generó un impacto económico que se irriga en una amplia cadena de beneficiarios. A mí ese impacto me irrigaba poco. Al menos, oficialmente. Pero yo conseguía mojarme los dedos derivando pasajeros a agencias de turismo donde trabajaban amigas. Si no era así, Sharik, si una aceptaba su pequeñez, no solo se quedaba pequeña, sino que empequeñecía más, hasta no ser más que la pizca de un ser vivo al que costaba esquivar para no aplastarlo.

Vuelvo al barco, Sharik. Era emocionante ver a toda esa gente descendiendo: miles de personitas tapándose del sol con lo que tuvieran a mano y abanicándose con desesperación. Aturdidos por el golpe de calor, avanzaban lento, en hileras compactas, ondulando como gusanos. Con sus mochilas, sus tenis blancos, sus sombreros, su vejez. Casi siempre eran viejos.

Pienso que no podría asociar esos desembarcos con el tuyo, Sharik, claro que no, porque a ustedes los trajeron como carga.

¿Te digo algo, Sharik? En esa frase de recién, mis dedos enloquecieron y casi casi escriben: a nosotras nos trajeron como carga. Los detuve a tiempo. Hay que tener cuidado. Ahora hay algo llamado apropiación cultural: adoptar los elementos de una cultura por otra, sin el respeto o la comprensión necesaria, dice Iris. Aunque quizá acá no aplica porque en este caso yo no me estaría apropiando de un elemento (un turbante, un collar, unos versos en bantú), sino de una tragedia que no padecí en carne propia, aunque, si me permites decirlo, marcó nuestro porvenir de formas que nunca

terminaremos de desentrañar. En el mundo de hoy, Sharik, parece ser más grosero apropiarse de un look que de una historia. De todas formas, en la práctica, al no ser negra negra, y al haberme criado en una ciudad que mira al cielo rogando que llueva límpido, los elementos culturales que adopté son mucho más asimilables a los de una blanca. Aunque tampoco soy blanca, nadie podría acusarme de apropiarme de elementos de una cultura dominante (¿o sí?).

Bueno, ¿te cuento por qué te hablo del puerto? Porque quiero transmitirte lo siguiente: aunque ya no hay esclavos, en nuestra ciudad hemos seguido cumpliendo el rol del sirviente. La peor parte, sin duda, la siguen llevando los negros y los pobres, y te podrás imaginar que en la intersección de ambas categorías cabe un pueblo entero. Pero la regla general es: extranjero que llega, local que se hinca. Te juro que sí. No importa si el local es un señorón de guayabera, un guía, un taxista, un comerciante, un cochero, una palenquera, una reina de belleza, una de esas culicagadas que bailan mapalé en las plazas, una operaria deslucida de la terminal de cruceros del puerto. Habrá quien se crea más patrón y menos siervo, pero es solo una cuestión de escala. Allá todos servimos a alguien. Esa ciudad a la que tú llegaste y de la que yo me fui existe para hincarse ante el amo blanco de formas innumerables.

Hablando de hincarse, te cuento otra cosa, Sharik:

Resulta que ayer a la tarde yo estaba durmiendo en mi hamaca y me despertó una sensación extraña. Abrí los ojos y me encontré con mi vecino arrodillado a un costado, succionando mi pezón derecho. ¿Qué haces?, le dije. Él levantó la cabeza de lo más tranquilo y dijo: ¿siempre tuviste aureolas tan enormes? Pasó al lado izquierdo y recorrió esa aureola con la punta de la lengua. ¿Y tan oscuras?, siguió. Dos, tres segundos le dedicó a cada una y volvió a abrocharme la camisa. Se levantó y se fue.

Pienso que mi vecino está obsesionado con mi cuerpo y sus matices. Tiene una curiosidad infantil que no reprime y que fácilmente deriva en fervor. Por supuesto que su fervor no responde a la armonía canónica que se espera de un cuerpo femenino, porque yo no tengo un cuerpo femenino canónico como el de su negrita, ni mucho menos. Pero, para él, mi cuerpo pareciera ser un territorio

que necesita perforar para estudiarlo desde adentro. No lo digo en un sentido poético, lo digo en un sentido casi quirúrgico, Sharik.

A la noche volvió a aparecer y me preguntó eso, justamente eso: si podía tocarme por adentro. Es decir: él quería introducir su mano, su muñeca, su antebrazo de ser posible, adentro de mí. Quería saber cómo se sentía palpar esa oscuridad. Le dije: no soy tan elástica como crees. A que sí, dijo él. Y que le era indistinto introducir su brazo por cualquier cavidad que yo le habilitara. La boca, si así lo prefería, bajar por la garganta y el esófago hasta pellizcar mi ombligo por dentro. Moriría atragantada por tus dedos, le dije. Y él: sería muy cuidadoso. Ajá. Insistía: quiero hundir mi brazo en tus profundidades. ¡Qué idea! ¿Y si se queda atascado y no puedes sacarlo?, le dije. ¿Y si se lo tragan las sombras que me habitan? ¿Y si mi adentro es tan caliente que derrite tu brazo? ¿Y si consigues sacarlo, pero teñido, o quemado? ¿Te imaginas a ti mismo todo pálido como eres, pero con un brazo calcinado? Todo eso lo excitaba más: ¿y si descubro en tu interior algo insospechado? ¿Algo como qué? Déjame sorprenderte. Chiflado, le dije. Mezquina, contestó él.

Pero no me parece tan chiflado. O quizá digo chiflado por no decir violento, porque sería complejo explicarte ahora, Sharik, que mi vecino ejerce ese tipo de violencia indisociable de una función vital involuntaria, pero si fuera yo quien se lo señalara se pondría a llorar y a pedir perdón por haber nacido y le brotaría una tristeza intolerable que me enfriaría hasta el tuétano.

Por eso mejor te digo que no me parece tan chiflado y que, más bien, me parece obvia su curiosidad. A los hombres con los que estuve (todos blancos, como él, casi todos extranjeros, como él), una gota de exotismo les bastaba para enajenarse. Las mujeres como yo (y como mi hermana y como mis primas, o sea, mestizas domadas bajo criterios de los que llaman «hegemónicos») le ofrecemos al conquistador una dosis de exotismo marca Mattel. Eso, a quien no quiere ensuciarse demasiado, le alcanza y le sobra. Creería que desde que le hablé del test genético, mi vecino empezó a fantasear con hundir su brazo en mis profundidades. Y empezamos a jugar ese juego que yo ya conozco porque, de formas más y menos obvias, fue cosa de todos los días mientras crecí. Él también

conoce ese juego. Quiero decir, Sharik, ¿quién tiene una cama tan grande en una isla tan pequeña?

Si te trajera al futuro, Sharik, con ese look de Njinga Mbandi, según Netflix, y te llevara a uno de esos cócteles que organizábamos en el puerto para agasajar capitanes, serías la fantasía suprema de los extranjeros que desembarcan. Te perseguirían con sus atrapamariposas y querrían diseccionarte para entender tu rareza. Pero, como es improbable que una esclava de Angola llegada a Cartagena en mil seiscientos y pico se viera de ese modo, si te trajera al futuro no te dejarían entrar al cóctel. Salvo que llevaras uniforme. Y, en tal caso, entrarías por la puerta del servicio.

Esos eventos también estaban en mi área. En los días previos mi jefe se ponía nervioso y me hacía chequear y rechequear nimiedades con proveedores. Sus preferidos eran los eventos «de blanco». Eso significaba, oh, sorpresa, que todo debía ser blanco. La vajilla, el código de vestimenta de los invitados, las cadenetas de lucecitas colgando de los mástiles de los barcos anclados, los manteles de las mesas larguísimas (formando una L o una U) servidas con el bufet de comida típica en bandejas de canoas y esculturas de piñas. Todo blanco, Sharik, todo menos los meseros, los músicos, la noche.

Si llevara a mi vecino al pasado, como parte de este experimento, ese mismo cóctel me serviría para mostrarle, desde un rincón, el lote de señoritas locales servidas en bandeja. Peinadas, maquilladas, depiladas. Ofrendado hasta los empeines. Mi vecino vería que, así como él, así como yo, nadie tiene demasiada conciencia de su rol mientras lo actúa. Ya puestos en el juego, Sharik, ante la sospecha de que podría haber algo espurio en el intercambio entre presas y depredadores, una cierra los ojos, sigue adelante, reemplaza unas palabras por otras, tolera conductas y, en algún momento de la noche, hasta se siente altruista. Pero la realidad es que en mi recuerdo, al final de esos eventos, lo único que habíamos ganado era autocompasión. Aunque, al final de la noche, alguna de mis amigas que había accedido a acompañarme me abriera su bolsito para mostrarme una esmeralda que un tipo de Oakland le había obsequiado. ¿A cambio de qué? De muy poquito. Risas. Mi amiga sacaba la esmeralda de su bolsito del mismo modo en que, años

atrás, sacaba del morral del colegio un peluche de pitufo abrazando un corazón que decía: «Te amo», envuelto glamorosamente en papel celofán de Paper Moon.

A veces nos escapábamos de esas fiestas. No siempre había extranjeros dignos de quedarse. Ni aunque te ofrecieran el yacimiento más profuso de Zambia. En general, eran feos, Sharik, y el calor les hacía mal y caían a la fiesta con un sarpullido que, si nos hubiese salido a cualquiera de nosotras, habría alcanzado para enclaustrarse un mes. Los tipos se ponían a hablar de sus viajes por el mundo y una tenía que escucharlos en silencio, con el porte entero, la sonrisa puesta, la nalga alzada, manito en la cintura y ni un viaje que contar. Peor si te tocaba un gringo con conciencia. Te hablaba del respeto mientras sorbía su bisque de langostino servido en totuma, y te preguntaba por tus estudios, por tu familia, por tus aspiraciones a futuro. Y mientras uno contestaba con un discurso que no debía ser ni muy ambicioso ni muy humilde, es decir, hecho a la medida de su expectativa, el tipo se las arreglaba para cada tanto mirarte las tetas.

De esas fiestas nos íbamos a sentar en un muelle del malecón, mecíamos las piernas, soltábamos esas risas que intentan disimular el menoscabo de la dignidad. ¿Cómo explicarte, Sharik? No es que ahora mire hacia atrás y nos juzgue: pobrecitas ellas, con sus peinados deshechos y la carita aceitosa por la humedad, echando cuentos y tarareando la música que llegaba desde los yates rumberos, con sus cachacos enfiestados. Puedo, sin embargo, aislar el impulso que nos hacía comportarnos con los hombres de esa forma. Era un envión, un brío poderosísimo escudado en la tradición. Nos mostrábamos dispuestas no tanto por gusto como por costumbre. Y salíamos airosas, porque, si una miraba hacia atrás, se encontraba con una estirpe larga y complaciente asintiendo y haciendo guiños. Así es como se hace: apunta alto, apunta lejos, tira el anzuelo, atrapa algo que sirva, algo que justifique el destino que, quieras o no, te va a tocar. ¿Cuál destino? El de servir a otro. Ya puestas, mejor entregarse a un amo generoso. Con todo el respeto que tu tragedia merece, querida Sharik, esto no es ninguna apropiación, es una tara irremediable.

Imagino a mi vecino espiando en el puerto, en un rinconcito del pasado, con su guayabera blanca, su sombrero, su brazo ansioso. ¿Quién no juzgaría tentador un lugar en el que todo se consigue tan fácil? Todo el que llega a esta tierra en la que tu desembarcaste, Sharik, se encuentra con un escenario propicio para el saqueo. Entregamos tanto, entregamos todo, ¿a cambio de qué? De una extinción rutinaria.

¿Desapareciste?, le escribí a mi vecino, que, después de chupetear mis pezones, volvió a perderse. No contestó. Le pregunté a Bridis si lo había visto, alzó los hombros y dejó salir una risita que me incomodó. Me puse seria. Ella miró el piso, preguntó si se me ofrecía algo más. Negué con la cabeza. Se fue.

De mis hijos recibo imágenes acartonadas, Sharik. Los miro y los vuelvo a mirar solo para fermentar la odiosidad.

Hoy decidí poner la silla de espaldas a la ciénaga, el sol me estaba encandilando. Hace un par de días que, por detrás de las tres casas, se eleva una columna espesa de humo. Luis Alfonso me explicó que han estado quemando el escombro que dejó la lluvia y que no saben dónde poner. La lluvia tropical es lo peor para el trópico, Sharik. Lo bueno es que arrincona al sol hiriente. Lo malo es que desordena todo y se suspende la lancha de víveres con mi ron añejo, mi menta y esos limoncitos secos que duran un pellizco. El humo se me encajó en la garganta y me hostiga. Me hace doler la frente por dentro.

11

Sharik:

Hoy, a eso de las ocho de la mañana, volvió mi vecino. Me dijo: buen día, María Mulata, ahora somos ricos. Me mostró una caja llena de exquisiteces que trajo desde Cartagena. Vino en una lancha piloteada por él. Yo estaba bajo mi choza, dormitando en la hamaca (tal parece que me la paso en mi choza, dormitando en la hamaca, ¿cierto? Pero no es así, o quizá sí es así, el problema es esta torpeza mía de tener que ubicarte temporal y espacialmente cada vez que arranco una carta).

Vamos de vuelta, sin tanta arandela.

Querida Sharik:

Esta mañana vi una lancha a lo lejos y, en la medida en que se acercaba a la orilla, fue ganando definición. Supe que era mi vecino porque reconocí su sombrero. Cuando llegó a la orilla, amarró la lancha en una palmera (pude leer que se llamaba *Maverik*!, así, tal cual: con el signo de admiración) porque de este lado de la isla no hay muelle. Bajó un par de sacos, luego miró hacia su casa y chifló para que Luis Alfonso lo ayudara con las compras. Levantó una caja y se acercó a mí, que ya había abierto los ojos del todo y me hacía visera con la mano. Me dijo:

Buen día, María Mulata, ahora somos ricos.

Estaba parado a contraluz, barbilla en alto, su sombra recortando el cielo. Sonreí como supuse que él esperaba que le sonriera,

aunque es probable que, desde el ángulo en el que él estaba, más proclive a ser mirado que a mirar, no fuera capaz de distinguir mi sonrisa, ni nada que le ofreciera mi cara.

Nos traje algunos tesoros, siguió. Y entonces un cuervo se posó en su hombro. Pero no era un cuervo, era la cabeza de Luis Alfonso asomándose por detrás, que le decía que ya había bajado los bultos, jefe, y que si podía llevar la lancha al amarre, jefe. Que sí, dijo mi vecino. Y después, mirándome a mí, dijo: llámame Francis Drake.

Pienso, Sharik, en la cantidad de nombres que nos endilgaron, ¿cierto? En tu época, y también en la mía. Nos llamamos como nos llamaron y, cuando nos toca elegir un nombre propio (para un hijo, para un perro, para un barco, para un plato de cocina de autor), acudimos otra vez a ese galpón de nombres usados. Una vez llegaste acá, Sharik, ¿cómo te llamaron? Te imagino Carmen, como la abuela española de tu amo. Cuando dicen que alguien conquistó un territorio, en verdad significa que le puso un nombre. Las mujeres son una especie muy dada a convertirse gustosamente en territorio conquistado. Muñe, Mami, Mabel, Marijó, Teresita; todas se calzaron sin chistar el «de» de sus maridos. Y cambiaron radicalmente el look cuando fueron desposadas. Previo al matrimonio de Teresita, Karina (que se hacía rebelde, pero en verdad entrañaba resentimiento) se le paraba enfrente y levantaba los brazos como un cura presto a otorgar una bendición: entregarás tu nombre, criatura débil, aunque ese nombre tampoco era tuyo de antes, así que lo mismo da. Teresita la bembeaba y Karina seguía: nunca has sido libre porque nunca has sido dueña de tu nombre, zopenca. ¡Déjame en paz, malparida! Teresita se iba y Karina la perseguía: dejarás el chalis barato, mujer del montón, tu cuerpo de escaparate con patitas de bolillo encontrará refugio en el lino y el holán. Teresita propinaba insultos y no mucho más porque 1) no tenía vocabulario para articular una respuesta, y 2) no terminaba de encontrar en esa burla algo de lo que avergonzarse.

Hoy es fácil saber que el verdadero problema lo tenía Karina. Pobrecita. Yo pienso que lo que le jugaba en contra era su belleza, Sharik. No porque fuera más o menos bella que Marijó o que yo (incluir a Teresita en esta categoría sería una necedad), pero sí que

era una belleza más altanera. Morena clara de rizos voluminosos, boca enorme, cinturita, tetas pequeñas pero de una simetría humillante. Se daba el lujo de no usar brasier y mantenerlas en su sitio, con los pezones apuntando a la retina de quien osara mirarla. Ningún hombre quiere vivir con eso todos los días, se lamentaba Muñe, mirando a Karina con el asco de quien señala un ano contra natura. Mabel, improvisando una benevolencia cuestionable, decía que su hija era como estas tierras tropicales, incapaz de tolerar más flora que la propia: cuando se sembraba en ella algo ajeno, lo quemaba o lo pudría, y lo que sí prendía, crecía como un engendro.

El caso es que, al poco rato, Francis Drake y yo estábamos en su alberquita simpática engullendo huevas de pescado, ostras, tentáculos de pulpo, algas (pero no esas verdes ralas, sino unas gruesas, marrones, cauchosas, exquisitas). Estando allí, con el calor atenuado por efecto del agua hasta la cintura, el sabor semiamargo en la boca por un licor de raíz que le había comprado a un dealer que tiene en el pasaje Leclerc, mi vecino dijo algo que me hizo pensarte de otra forma, Sharik. Insinuó que quizá no eras una persona que existió como tal, sino un conjunto, una abstracción, una entelequia. No dijo ninguna de esas palabras, Sharik, te lo aclaro por si llegas a confundirlo con alguien muy instruido. Dijo algo más ordinario. Pero estoy intentando que estas cartas tengan algún vuelo y me esfuerzo en buscar sinónimos elegantes. ¿Te parece que con ello desvirtúo el carácter de mi vecino? Supongo que sí. Pero también cabe pensar, querida Sharik, que a lo mejor mi vecino ni siquiera exista y que yo esté inventando a ese personaje (y vaya a saber qué más) desde una choza inmunda en una isla paupérrima, magnificada por la ilusión (devenida en despecho) de mostrarle a mi descendencia a un simulacro de origen. Así como yo intento conectar con un ancestro cuyo rostro, a falta de una evidencia distinta a la del hisopo ensalivado, ha sido generado por Iris.

Pero mi vecino sí existe, Sharik. Te lo juro. Y al escucharlo poner en duda tu naturaleza fantasmagórica y atribuirte una complexión meramente simbólica, pensé, como entendiendo algo: Sharik no me precede, sino que me trasciende.

También trajo puros. Mientras prendía uno preguntó si había visto

alguna actividad sospechosa en su ausencia.

Yo le dije: al parecer, están quemando la isla.

Y él: ¿cómo va a ser?

Alcé los hombros.

Algo que ocurrió, le dije luego, fue que llegaron más perros. Desde la última lluvia casi no hay lanchas de turistas y vienen a buscar comida de este lado. Cuando se reactiven las lanchas de turistas van a regresar por donde vinieron, dijo mi vecino. O no, le dije, si yo fuera perro también viviría de este lado. La comida que le da Bridis a los chonchos es mejor que la de esos chiringuitos del lado de la playa. Los perros se traen pegado el olor a humo porque atraviesan el monte. Yo le pregunté qué había hecho en Cartagena, aparte de aprovisionarse. Mi vecino alzó las cejas: cosas, contestó. Yo le pregunté qué significaba *Maverik*. Mi vecino dijo: libertad.

¿Sabes algo, Sharik? Extraño Cartagena. Pero solo de tarde. No hay nada que extrañe más que Cartagena de tarde. No extraño a nadie que habite la ciudad, no de la manera melancólica que cualquiera podría figurarse, pero en cambio extraño la luz sepia romantizando el aspecto de absolutamente todas las cosas. No por ser un cliché, querida Sharik, esa postal es mentirosa. Al contrario.

Mi vecino quiso saber por qué me había ido de Cartagena. Le contesté escuetamente: ¿y por qué no? Me dijo que habría pensado que por la gracia de algún señor. También, le dije. Aunque ninguna gracia hubo. Y sería más preciso decir que me fui por culpa no de uno, sino de varios señores. Pero tampoco. Para serte honesta, Sharik, nunca es uno, ni dos, ni cien hombres los que la «salvan» a una de lo que sea que esté escapando. Una se entrena para detectar el cartel rojo de EXIT, que se te materializa a la altura de los ojos cada vez que aparece una posibilidad de huida. La huida no siempre es un cambio de escenario: la huida es un upgrade. Bueno, eso es lo que una cree. Por acá se sabe bien temprano en la vida que el upgrade más fácil te lo ofrece un señor. Pero solo en el corto plazo. Después: el desmoronamiento.

Recuerdo una tarde en que mi prima Teresita lloraba en su cama diminuta. Mis primas tenían un juego de camas gemelas ínfimo. Dormían en un cuartito enano en un departamento en el barrio de

San Diego. Ahí se había mudado mi tía Mabel cuando no aguantó más las cantaletas de Muñe, que insistía en que Mabel, aun siendo una divorciada, debía guardar cierto candor en sus modos, su vocabulario, su vestimenta. El día que se mudó, después de agradecerle y abrazarla, le dijo: Muñe, la única forma de que yo tenga candor es que me cosan el chocho.

Bueno, el caso es que yo había salido del puerto y pasé por ahí porque Karina me tenía que devolver unas babuchas de tacón plano que le había prestado, y que eran las que usaba para el trabajo. Y Teresita lloraba porque se le había roto el cierre de un vestido en el que intentaba calzarse para ir al bautismo del hijo de una amiga donde le iban a presentar a nosequién. La verdad es que Teresita lloraba porque mi hermana Marijó acababa de anunciar su segundo embarazo y ella no estaba ni cerca de casarse. Karina, que a veces se apiadaba de su hermana (aunque en general se refería a ella como «la boba»), le hablaba desde la otra camita, donde estaba pintándome las uñas con una parsimonia que denotaba más pereza que dedicación. Pero, Tere, la salvación puede estar en otra parte, le dijo. ¿En dónde?, dijo Teresita. En un trabajo, por ejemplo. Y que por qué no pedía un préstamo y hacía una especialización en marketing, que ahora estaba tan de moda el marketing, y que ella era perfecta para eso, toda lambona como era y siempre peinadita. Que la sola carrera de Administración no le iba a alcanzar más que para un puesto de mediana monta como ser la asistente de algún directivo, pero que ella jamás iba a ser un directivo en esa ciudad. ¿Y por qué no?, dije yo, que todavía pensaba que podía escalar posiciones en el puerto. Pero Teresita no escuchó, solo miró a su hermana como sopesando la cuestión y después de un suspiro largo dijo: ay, no, yo prefiero casarme. A mí me pareció de una claridad enceguecedora. Si no hubiese tenido las manos secuestradas, le habría aplaudido. Karina le dijo entonces: vete a coser ese vestido, lárgate a buscar a una hueva inmunda para plancharle las camisas y chupar verga blanda de por vida. Teresita le dijo: eres una puerca y una resentida. Te lo pido por favor, siguió Karina, vuelve casada y preñada, y en el camino compra la revista *Hogar* de decoración porque tú no tienes gusto para llenar una casa, pero eso no importa,

todo el mundo se copia de las revistas. Vas a tener que cambiar algunos hábitos también: como eso de mojar el pan en el cafeconleche porque, cuando te lo metes a la boca, te chorrean las comisuras y gass. Y, cuando tengas hijos, ojo: que siempre estén limpios, sin mocos, sin piojos, sin lagañas, sin aliento. Pero lo más, más importante, María Teresa, escúchame bien, es que no se te ocurra engordar.

Sumergida hasta el cuello en la alberquita simpática, le conté a mi vecino de Toni, que fue el primero que me mostró un cartel de EXIT.

Lo de Toni fue así, Sharik:

Mi jefe me había insistido en que, por favor, acompañara a cenar a la comitiva de ejecutivos que había venido de Houston a evaluar protocolos. Mi jefe nunca llegó a la cena porque tuvo un problema familiar que involucraba el apéndice de alguien. La comitiva, conformada por Toni y otros gringos, a quienes el calor los hizo recluirse en su hotel antes de la medianoche, nos dejó a nosotros dos a la deriva en una terraza ventosa. Toni me cubrió los hombros con su saco de lino color habano. Toni me plantó un deseo tibio en el ombligo sin siquiera darme un beso. Al día siguiente me invitó a almorzar. Me presenté antes del mediodía en su hotel y le dije: resolvamos esto de una vez. ¿Resolvamos qué? Yo debía tener diecinueve años, él cuarenta y dos. No hubo ni que pactar reglas para que la relación que tuvimos fluyera como si toda la vida. Había un saber tácito en cómo debíamos vincularnos. Yo ya estaba entrenada sin saberlo, y él estaba desprevenido. Yo sería la tormenta tropical que todo lo arrasa, y él sería el damnificado. Eso me decía a mí misma. Toni volvió tres veces más a Cartagena. La última vez, supuestamente divorciado, dispuesto a llevarme con él a Houston. En mi casa no lo supo nadie, solo Karina, que me sirvió de coartada. Todo esto duró alrededor de un año, en el que estuve convencida de que era el amor de mi vida. Y mi salvoconducto. Teníamos el atractivo de la pareja dispar, pero no por la edad. Nos gustábamos mucho en el espejo porque él era un vikingo y yo era una típica mestiza aggiornada para Hollywood. O eso me decía él: «no eres la india, my love, eres el casting de la india». También me decía: «eres

mi afirmative action». Aunque venía en avión, jugábamos a que había llegado en una carabela.

(Acá mi vecino soltó una carcajada. Debió pensar en –¿o avergonzarse de?– sí mismo esa mañana, cuando desembarcó de su lancha con su sombrero y empuñó sus provisiones, fue a mi encuentro, se paró estratégicamente a contraluz para taparme el sol y enrostrarme su tesoro: ahora somos ricos, María Mulata.)

La segunda vez que Toni fue a Cartagena alquiló un departamento frente a la bahía y se compró un mapa enorme, un gesto completamente fuera de época. Lo desplegó en el piso como un tapete de promesas. El piso era de mosaicos blancos y negros, un tablero de ajedrez. Allí se acuclilló para mirar bien el mapa, como un general que analiza su estrategia de ataque. Dijo: acá quiero llevarte. Apuntó a un lugar que en el momento me pareció impreciso. No fue que me preguntó: ¿quieres venir acá? O: ¿a dónde te gustaría ir? Simplemente expresó su voluntad y yo inmediatamente la adopté como propia. Recién había vuelto del trabajo, me estaba quitando las sandalias, me estaba sacando el brassier por una manga, me estaba envolviendo el pelo en un moño. Me moría de calor, me moría por un ron. Fui a la cocina, abrí la nevera, saqué la botella y serví dos vasos con un hielo cada uno. Nos armé una picadita de queso, mango viche y salchichón, les exprimí medio limón, los rocié con pimienta blanca, y volví con todo en una bandeja, contoneando las caderas. Pero él no me estaba mirando, estaba concentrado en su mapa, exhalando su voluntad férrea. Okey, le dije, le pasé su vaso y me tomé el mío. Vamos ahí, asentí, sin preguntarle qué lugar era «ahí». Así que alquilamos un auto y atravesamos dos regiones para llegar a una playa perdida en el último nudillo de una península que se mete al mar Caribe con la ferocidad de una trompada. Imaginé que al llegar ahí, Toni caminaría hasta la punta y plantaría la bandera americana con una de sus manos mientras con la otra se aferraría a mi cintura. No pasó nada

de eso. Toni se insoló. Volvimos antes de lo previsto y me tocó manejar por esos caminos flacos del Magdalena que bordean precipicios infinitos durante cientos de kilómetros.

¿Cómo terminó la historia?, quiso saber mi vecino. ¿Cómo podía terminar?, le dije yo. Alzó las cejas, salió de la alberquita, entró a la casa. Trajo dos vasos de whisky y una palangana de ostras que él mismo empezó a descascarar. Se quitó el sombrero, se sentó algo encorvado en el borde de la alberquita con el sol de frente, mientras ejecutaba la difícil tarea de pelar ostras. Tuve un recorte nítido de mi vecino sin sombrero, sin terraza, sin carabela: era un señor gordito y transpirado, castigado por el resplandor impiadoso del sol caribeño. Sentí el mismo desconcierto que me invade cuando caminando por la calle veo algo que, a lo lejos, parece una piedra preciosa fulgurante y colorida, pero que unos pasos más adelante me doy cuenta de que es basura.

Desvié los ojos al cielo. Debía ser más de mediodía.

Me pregunté cómo me vería yo. El sol nos castiga a todos por igual. El cuerpo es una tragedia que la luz directa magnifica. Muñe odiaba el sol. Mami también. Marijó y Teresita eran vampiros. Creo que solo les gustaba el sol a Mabel y, oh, sorpresa, a Karina. Yo me reconcilié de grande, pero cada tanto me acuerdo de su maldad infinita y corro a guarecerme. Sentí un ardor en la nuca. Imaginé las antiguas manchas de mi cara aflorar a la superficie, atraídas por el magnetismo del rayo maléfico. Gasté años y dinero en cremas para disiparlas, Sharik, pero ellas, criaturas con vida y voluntad propia, reaparecen cada tanto con cualquier excusa.

Me hundí en el agua para luego salir disparada de la alberquita. Le dije a mi vecino: chao, tengo dolor de cabeza, y me fui apurada, sin detenerme a ver su reacción. No volví a la casa, sino a la chocita, a la sombra, a la hamaca de la que Francis Drake me había sacado hacía varias horas. Los dos perros ahumados me siguieron. ¡Chite de acá!, les grité mientras me echaba, salieron disparados. Cerré los ojos, sentí el mareo, perdí conciencia, que es como le llama Bridis a quedarse dormida. Me gusta la precisión de esa frase. También me gusta cuando dice: doña, esta mañana «recordé» a las seis.

Más tarde, cuando me llamaron mis hijos, yo seguía en la chocita. Ya casi no había luz. Estaba sentada en la silla plástica de cara a la ciénaga y, en el medio, esta carta.

Me emocionó verlos y oírlos hablar con atropello sobre sus aventuras.

Mamá, ¡estás negrita!, dijo mi hija menor. Entonces vi mi propia cara en la pantalla y me di cuenta de lo bronceada que estaba. No «estoy», le dije, soy negrita. Se rieron. ¿Y eso?, preguntó mi hijo, señalando algo a mis espaldas. Estaban los dos perros. Unos amiguitos flacuchentos, les dije. Y ellos: ¡awww!, en coro suplicante; ¡tráenos uno! ¡Ja!, me reí. Uno no puede llevarse un ser vivo de un lugar así como así, niños, tan alegremente, como si fuera una estampita, les dije. ¡Porfaaa! No, no, eso está muy mal. ¿Y ese humo?, dijo mi hijo después. Me di vuelta, vi el espiral gris que se elevaba desde el monte. Uf, dije, es que por allá queman basura. ¿No es tóxico?, preguntó mi hijo. Para nada, dije yo. Pero era obvio que sí.

Me llama la atención que nadie se queje del humo, a pesar de que resulta muy molesto. Mi vecino dice que no quiere tener a la gente del pueblo en su contra, que no puede venir él, así todo gringo como es, a imponer criterios de salubridad a gente acostumbrada a vivir de esa forma, dice.

Ya no te veo, dijo la pequeña, ¿desapareciste? Había oscurecido, Sharik. Ya sabes cómo es acá, la noche cae como un manto caprichoso. Voy a buscar un lugar con luz, les dije. Me levanté con la laptop abierta, ellos en mis brazos. Seguí el sendero de palmeras de vuelta a la casa, pisé una piedra con la planta del pie y me dolió, pero no me quejé. Tambaleaba. Entonces, ¿cómo la están pasando?, les pregunté. ¿Cuándo vuelves?, dijo el mayor. Solo entonces me di cuenta de cuánto me había despistado, Sharik. Intenté hacer cuentas, entender qué día era, cuánto tiempo llevaba acá. Humo en mi cabeza, eso fue lo que encontré. Pronto, contesté, volveré muy pronto.

12

Querida Mabel:

Esta mañana he decidido que la próxima carta sería para ti. No sé bien qué te ha traído a mi cabeza. Un azar, supongo, un viento cualquiera. Porque no tengo un índice, ni un mapa emocional, ni una jerarquía de pendientes familiares que te incluya. Lo lógico sería que te hablara de Sharik, para guardar cierta coherencia con mi experimento. Pero no te voy a hablar de Sharik, Mabel, porque tú no necesitas a Sharik.

¿Sabes algo? Esto te va a sorprender: yo, de chica, quería ser tú. Nunca te lo dije, ni a Mami, solo se lo dije a Marijó, que, por supuesto, se me rio en la cara porque consideró que incluso mis fantasías eran ordinarias. ¿Por qué querrías ser la tía Mabel? La divorciada, la que volvió a la casa de Muñe con dos criaturas adosadas, como un trío de tenias. ¿Tan poco te quieres?, siguió. Que, para ser Mabel, mejor quedarme siendo yo misma, porque, aunque eso tampoco era la gran cosa, con esfuerzo se podía remediar. Ella me ayudaría. Entonces le di la razón porque, cuando era chica, Marijó era mi Biblia.

Esta mañana, cuando pensé en escribirte, lo primero que se me vino a la cabeza fue cuando te mudaste a Medellín con tu marido. Yo recuerdo que Muñe se quejaba de que la llamabas diez veces al día a llorarle tu suerte. Ella te consideraba una malagradecida: ya querría cualquier muchacha que se la llevara un paisa buenmozo y trabajador a vivir a Medellín. Que tú no eras cualquier muchacha, decías tú. Muñe se reía alto: ¿cuándo se ha visto a una niña tan del montón con semejante autoestima? Y que tendrías que estar dichosa

de que alguien te hubiese elegido para formar familia y, por fin, empezar tu vida.

Eso me parecía tan llamativo, Mabel, al menos de chica, no entendía cómo era que la vida empezaba tan tarde. Después lo entendí a fuerza de la evidencia. Antes de formar familia, la vida no era vida. Era un prefacio. Una espera. Eso no era bueno porque, cuando por fin llegaba la vida, resultaba poca cosa.

Que ya tenías todo lo deseable, te decía Muñe: tus dos hijitas, una empleada, al paisa buenmozo y trabajador. Nunca te faltarían las cosas esenciales que componen una buena vida: un apartamento, un carro, un buen televisor, vacaciones una vez al año.

Tú decías que Medellín era inmundo. Cundida de hollín y de gamines y, si salías un poco de los barrios buenos, te dabas en la cara con montañas y montañas de casas a medio hacer. Marijó tendría ocho años, yo seis, y nos turnábamos el auricular del teléfono para espiar la conversación desde el cuarto de Muñe. Le preguntabas qué cocinar, cómo vestirte, si debías o no contestarle las indirectas a tu suegra, que cada dos por tres te trataba de corroncha. Muñe te zarandeaba ¡Mujer grande, mujer tonta!, te decía. Le colgabas. El teléfono es útil para hacerse hábil en el insulto veloz, eso aprendí en tus charlas con Muñe. En una pelea telefónica pierde el que cuelga. Tú perdías fácil porque estabas frágil. Alguna vez le ganaste. Quizá ahora mezclo las charlas, pero recuerdo esa vez que querías que Muñe fuera a visitarte, a ayudarte con las niñas. Karina era una bebé difícil. Todos los bebés son difíciles, te decía ella. No veo la luz, decías. ¡Préndela!, te contestaba. Tienes un don para herir, le decías. Tienes un don para sufrir, te contestaba ella. Y entrabas en drama: me fue negada la felicidad. Y Muñe que la felicidad es una cuestión de escala. Ven, Muñe, por favor, le rogabas. Que Medellín es muy lejos, decía ella. Y tú, que la distancia no es un problema desde que hay aviones. Y Muñe, que no podía dejar solo al abuelo. Y tú, que para qué le servía entonces su repertorio de coyas, si no era para atenderlo.

Ahí se fracturó el aire.

Perdón, dijiste, pero es la pura verdad. Muñe solo atinó a decir:

tengo que irme a preparar la mesa, que ya llegan todos. Tú la redoblaste: negreas a todo el mundo y, al final, ¿quién es la esclava?

Yo escuchaba esas charlas maravillada. Pero solo hasta que te vi volver con tus niñas (Karina encajada en tu cadera, la triste Teresita de la mano), con esa cara hinchada y el cuerpo raquítico, entendí la dimensión de lo que habías hecho. A la luz de hoy no parece una gran hazaña, pero entonces sí. Escaparte con tus hijas, subirte a un Torcoroma que tardó un siglo en traerte de vuelta y llegar con la dignidad suficiente para tolerar que Muñe te mirara como una mercancía fallada y devuelta a fábrica. En mi cabeza, la familia se reconfiguró con tu imprudencia. Tú dime si exagero, Mabel, pero, en mi cabeza, Karina fue entregada al cuidado de Margarita con apenas tres años. Y Teresita, que ya iba a la primaria, quedó más suelta que un trompo sin cuerda. De ahí en más se empeñó en pelearse conmigo y en idolatrar a Marijó.

De ti recuerdo que te dedicaste a tu trabajo en la inmobiliaria, que mostrabas apartamentos en los que nunca vivirías y volvías a la casa con esas vistas panorámicas clavadas en los ojos. Te sacabas los tacones, te servías medio ron y salías a fumar al patio con el teléfono inalámbrico. Llamabas a Mami: ya llegué, ¿vas a venir? Acá están las niñas. Mami también te sermoneaba, pero en susurros; te acompañaba con el ron al patio y desde allí hacían planes discretos: que alguien del trabajo había llevado unos conjuntos de lino para pagar en cuotas, que nosequién estaba trayendo perfumes de Maicao, y que si se ponían las pilas el próximo feriado podíamos irnos a Tolú. ¿Quiénes? Las cuatro: mujeres y niñas. ¡Como los barcos que se hunden!, decía Muñe cuando nos veía emprender esas aventuras. Los viernes ponías música: ponte bacana, que hay baile hoy, le cantabas a Mami, y ella se reía y se palmeaba los muslos y te decía: deja la vaciladera, Mabel, ponte seria, sienta cabeza, que no te escuche Muñe, shhh. Tu estirabas la trompa, pero mirabas a los lados a ver si Muñe aparecía a sermonearte. Mientras tanto, buscabas novio. Mami se afligía porque, aunque entendía tu necesidad, ella pensaba que ese esfuerzo debía hacerse de soltera, pasada esa etapa se veía tan ridículo. Pero ahí estabas tú, emperifollándote con más ahínco que nunca porque tenías dos hijas

y eso era como tener un bloque de cemento atado a cada pie. Había que compensar. A mí me parecías libre y moderna. Y valiente. Eso tampoco te lo dije nunca. Ni siquiera esa vez que nos buscaste en el colegio a Teresita y a mí y tuvimos que acompañarte a tasar un apartamento en Castillogrande que una clienta quería poner a la venta. No tuvimos tiempo de merendar. Nos quejamos y tú dijiste: aguanten, niñas, es una buena oportunidad. Si todo iba bien, prometiste, nos comprarías un Chocoway en Delipostres. El apartamento quedaba en uno de esos edificios nuevos, en el piso mil y, si te llegaba a salir esa venta, resolvías el año entero, vacaciones incluidas.

¿Te acuerdas de eso?

Desearía que no. Pero seguro que sí.

En el ascensor desenfundaste el Angel Face, después te pintaste los labios, después te fumigaste toda con tu Samsara traído de Maicao. Te persignaste antes de tocar la puerta. La clienta era una cachaca pálida y flaquita, con su conjunto lila, pelo corto, cara lavada y ese olor a nada de las mujeres finas. A mí me pareció insulsa, a Teresita le pareció Miss Universo. Nos dijiste, niñas, esperen en el balcón, siéntense quietecitas, y te fuiste con la cachaca etérea a recorrer el apartamento. Teresita sacó su liquid paper y me dijo: ven, te pinto las uñas. Yo la dejé, porque estaba aburrida. Pero terminó rápido y empezó a fantasear con que esa casa era suya. Entró a la sala, buscó unas tacitas que había en un estante y las agarró: ¿te provoca una aromática?, aflautaba la voz porque le parecía que eso era elegantísimo. Después descubrió un espejo de cuerpo entero y le cantó una serenata muda a su reflejo. Yo le torcí los ojos y me perdí en ese azul templado de la bahía. Con esos pájaros negros gritones que, sin embargo, en ese lado de la ciudad, volaban en silencio. O quizá, como estábamos en el piso mil, yo no los oía. Visto desde hoy, Mabel, ese barrio era una cagada en el sentido más literal. Ya entonces todo el mundo sabía que la red cloacal estaba saturada y no era sino que lloviera fuerte (nada raro por acá) para que se desbordaran las alcantarillas y se formaran arroyos caudalosos de mierda. Así y todo, los apartamentos valían fortunas.

Años más tarde frecuentaría un apartamento similar que alquilaría Toni. No, nunca te hablé de Toni, tía. Era un ejecutivo gringo que venía acá para las reuniones regionales del puerto. Si habré tirado mirando esa bahía, Mabel. A veces, todavía aprieto los ojos y me provoco orgasmos imaginando a esa Virgen del Carmen que sigue plantada en el medio del agua llenándose de moho. Pero, en el futuro remoto, lo que más extrañaría de mis días con Toni en ese apartamento no sería ni el sexo ni la vista, sino las sábanas. Toni había contratado una decoradora para acondicionar el departamento. Vaya a saber qué instrucciones le dio, pero ella consideró que la cama debía tener sábanas de seda. También había batas. Eran moradas con ribetes bordados. Nunca más sentí esa suavidad. Todas las sábanas, de ahí en más, se sentirían como estropajos.

No pasaron ni diez minutos en ese apartamento que saliste disparada, nos arrastraste del brazo hasta el ascensor. Claro que te acuerdas, tía, no te hagas, quién podría olvidarse de semejante humillación. Más atrás venía la clienta despojada de toda finesa, gritándote: ya verá cómo hago que la echen, negra puta malparida. Gritó más cosas. Fue fácil deducir que te habías encamado con su marido.

Caminamos como cinco cuadras por la bahía viendo el sol hundirse en el horizonte, pintando de dorado esos canteros abundantes y floridos, y los edificios que bordeaban el paseo peatonal: altísimos, con sus primeros cinco o seis pisos tapiados con enredaderas o esculturas o murales, camuflando estacionamientos. Me acuerdo, Mabel, que decías cosas como: mínimo tres carros por familia tienen estos mierdas. Taconeabas furiosa, entre lágrimas y rinitis. Para los ricos el desprecio, seguías: no se confundan, culicagadas. Maldecías los bonches, esas flores que se derramaban a los costados del paseo peatonal y que tiraban un polvillo naranja que, según tú, solo atacaba a «los mondaos» de a pie. Les juro, moqueabas, nunca vi a una de esas culo estreñido estornudar desde su balcón. ¡Hijueputas!, gritabas levantando la vista a los edificios, y Teresita y yo nos mirábamos para constatar que estábamos presenciando el mismo espectáculo. Abriste la cartera, sacaste un cigarrillo, dijiste: lo apago

cuando aparezca un taxi. Entre bocanada y bocanada, seguías despotricando. Que alguna vez les va a pasar que sientan como un fresquito por afuera y una tibieza por adentro, nos dijiste, y van a pensar que todo es posible. Se llama esperanza y eso es una cosa atroz, culigadaditas, hay que espantarla apenas aparezca, porque eso es un fraude.

En alguna Navidad, años después, Teresita te echaría en cara que esa tarde la traumatizaste, le prendiste fuego a su ilusión de que alguna vez, si tomaba las decisiones adecuadas, ella podría ser una de esas culo estreñido con tolerancia al polen que habitaban los megadepartamentos detrás de los balcones. Tú te quedaste callada, miraste el piso. Mami salió a rescatarte antes de que Muñe preguntara de qué tarde estaba hablando Teresita. Si tú tenías esa ilusión, mi vida, le dijo Mami; esa tarde tu mamá te hizo un favor enorme porque te abrió los ojos.

La brisa de esa tarde, Mabel, yo la recuerdo como un sedante. Nos cruzamos con viejas y viejos haciendo marcha atlética, niñitos en patín, adolescentes que corrían en minishorts, empleadas en uniforme paseando perros y bebés. En un muelle vimos a una pareja de lo más rara. Ella era pelirroja, casi albina, llevaba las chancletas en la mano y andaba descalza; seguía a un negro que le hablaba de la ciudad como si fuera un guía. Pero no era. Teresita y yo los miramos como a una anomalía en el paisaje. ¿Son novios?, preguntó Teresita y tú, con el brazo estirado parando el taxi, dijiste: qué novios ni qué novios, ese man es un gigoló. Ya no llorabas. Ni Teresita ni yo preguntamos qué era un gigoló, ni hablamos en todo el viaje de regreso.

Si hubiésemos sido más grandes, o solo un poco más vivas, en ese viaje en taxi podríamos haber sacado en limpio alguna enseñanza útil para los años venideros. Tu cara, Mabel, con esas marcas gruesas de pestañina cruzándote las mejillas, parecía subrayar que para alguna gente no había redención. Si esa hubiese sido la escena final de una película, tú serías el personaje que se queda mirando un punto perdido en el paisaje hasta que la pantalla se va a negro. Ese tipo de final al que le caben, al menos, dos suposiciones: 1) No tiene la menor idea de cómo continúa su historia, pobre; no sabe por

dónde seguir. 2) Entendió absolutamente todo acerca de su historia, pobre; solo le queda seguir adelante.

En una misma escena y frente a un mismo destino, lo único que cambia es si el personaje sabe o ignora.

Antes de entrar a lo de Muñe te agachaste frente a nosotras, abriste bien los ojos y nos apuntaste con el dedo: óiganme, culicagadas, métanse esto bien en la cabeza, está prohibido avergonzarse de una misma.

Tú sabías, Mabel, qué duda cabe.

13

Anoche soñé cosas raras, Sharik. Que nadie me veía. Que podían escucharme pero no verme.

A eso de la medianoche me levanté porque los perros ladraban enloquecidos. Bajé, no vi a Bridis. Ahora había seis perros, contando a Ringo. La columna de humo que venía del monte se había hecho más espesa. ¡Bridis!, llamé, pero no salió nadie. Busqué la moto y me dirigí hacia allá, donde brotaba el humo, y los perros me siguieron. Sentí miedo, Sharik, pero también sentí otra cosa que no sé bien cómo describirte. Una especie de temeridad, unas ganas locas de ser bañada, qué digo bañada, de ser teñida, qué digo teñida, de ser corroída por el claro de luna y transformarme en algo que no fuera enteramente yo, sino una evolución. No digo evolución en el sentido clásico del término, sino en el sentido en que lo usan los Pokemon, unas criaturas con las que mi hijo estuvo obsesionado antes de Minecraft.

Cuando pasé los paneles solares vi a mi vecino, que salía del monte con Luis Alfonso. Los alcancé y me detuve. Más atrás llegaron los perros. ¿Qué haces acá?, dijo mi vecino, con cierto desconcierto. Pregunté qué pasaba y mi vecino sacudió una mano, como espantando zancudos. Dijo: vamos, salgamos de aquí antes de ahogarnos, y se trepó rápido en la moto. Hasta mañana, Luis Alfonso, dijo. Hasta mañana, jefe. Fuimos a su casa y me bajé con él sin que mediara invitación. De repente me tomó una calentura inusual, necesité sacármela del cuerpo.

En su habitación había unas chancletas de plástico al pie de la cama y, en la mesita de noche, unos aretes enormes de unas

piedritas verdes cayendo en cascada que, quizá, fuesen esmeraldas. Preferí pensar que no, que debían ser de imitación. Supuse que todo eso (chancletas y joyas) pertenecían a la Barbie caoba. Mi vecino dijo que iba a ducharse para quitarse el olor a humo. Me invitó a hacer lo mismo y me indicó dónde estaba el segundo baño, ahí encontraría toallas y una bata abullonada.

Mientras me duchaba me acordé de una vez que caí con unos aretones dorados a la casa de Muñe; venía de un evento en el puerto, toda arregladísima. Cuando llegué, Mami me dijo: ¡anda, mírala! Y que las joyas grandes daban lustre. Pero Muñe enseguida se metió y dijo que no serían esas precisamente, cuyo único poder era disparar centellas que cegaban al resto, lo cual, además de una corronchada, le parecía una grosería. No le dije nada, Sharik, pero tampoco me los quité. Ese era el poder de Muñe: que en la misma tarde una pasara de sentirse una reina a una cabaretera, sin solución de continuidad.

Cuando volví a la habitación, mi vecino estaba dormido. Se lo veía disminuido en un costado de la cama enorme, el tul abierto dejando ver el balcón y la luna menguante. Tenía el puño en la barbilla, como si estuviese pensando. Así visto, no me resultaba ni un poco apetecible. Pero para mí no es el cuerpo lo que hace deseable a un hombre, Sharik, es lo que ese cuerpo puede hacerme sentir. Podría haberlo despertado con un ruido supuestamente involuntario: una carcajada que me surgiera en el pasillo porque me acordé de algo graciosísimo que... Ups, perdón, ¿te desperté? Pero solo me cambié y me fui. Ya en mi cama, cerré los ojos y me dormí enseguida.

Esta vez soñé que era un silbido, un zumbido, un grito sofocado.

¡Ja! Por supuesto que no soñé eso, Sharik. Me río alto. ¿Quién sueña semejante ridiculez?

A la mañana me sentí estancada. Embotada. Atontada. Perdida.

Me tiré en la poltrona de la sala y empalidecí. O eso me dijo Bridis, que parecía un fantasma: es un golpe de calor, doña.

¿Un golpe de conciencia? Desde que llegué, hay una vocecita interna que me reprende: *¿a qué juegas*?

Bridis volvió con una jarra de jugo de tamarindo. Me mudé de la poltrona al comedor. Volví a visualizar la fila de quienes habitamos este pequeñísimo tramo que vendría a ser tu futuro, Sharik, o sea, nuestro presente. Busqué fotos de todas, hice un collage y nos puse en una hilera, empezando por ti. La sucesión no es cronológica, sino un degradé. Así como Muñe acomodaba a sus hijos en la fila, pero al revés. A tu cara espléndida, le seguiría Karina, después Mabel, después yo o Teresita, según cuánto sol hubiésemos tomado. Aunque eso era antes, Sharik, al día de hoy Teresita es otra: una señora pálida, rubia e inexpresiva de tanto que se inyecta. En la fila sigue Mami que, como quien no quiere la cosa, también se ha aclarado con los años. Ella dice que es por no tomar sol; para mí son esas cremas que ya no se venden como blanqueadoras, sino como «Pro Glow». Cuando alguien te dice, Sharik, que se te ve la piel iluminada y radiante, significa que te ve más clara. Cuando alguien te dice: te falta brillo, estás opaca, significa que te ve oscura. Al final del degradé está Muñe, la matriarca de merengue, y Marijó, su más digna sucesora. La aplicación de collages tiene unos accesorios decorativos. Elegí una corona y se la puse a Muñe. Pero después me arrepentí y te la puse a ti. Te luce más el dorado.

Si es verdad que uno necesita de otro para definirse, Sharik, nosotras, tu futuro, seríamos el resultado de un lavado progresivo con relación a ti, nuestro comienzo. Pero más allá del lavado, yo nos veo arrastrando el mismo bulto que contiene la tensión entre obediencia y rebelión. Aunque rara vez haya un desvío que ponga en jaque la continuidad, que rompa la coreografía (derecha, izquierda, derecha, izquierda), un arrebato digno de cambiar, ya ni te digo de dirección, pero al menos de perspectiva. Incluso mi prima Karina, con su retobamiento crónico, ha conseguido disciplinarse a fuerza de golpes y de cansancio. Karina se ha pasado la vida mostrando y escondiendo su puño alzado, su buena conciencia. No diré que no ha sido persistente en su rebeldía, pero, a la larga, como todas, se ha resignado a existir en el mundo así tal como lo encontramos.

Mi vecino apareció cuando estaba terminando mi collage. Había

recuperado su porte: venía con una camisa blanca gastada, un mocho de jean y su sombrero. Traía un plato redondo con una pitaya roja, abierta en dos. La puso en la mesa, se sentó a comerla con una cucharita. Imaginé que me iba a explicar lo ocurrido la noche anterior, desde qué hacía él con Luis Alfonso en ese monte encendido hasta por qué se había quedado dormido en lugar de exorcizarme la calentura.

¿Qué haces?, dijo. Nada, contesté y cerré la laptop. Me preguntó si sabía de ese recorrido de runners que se hacía en Cartagena llamado la ruta del esclavo. Claro que sabía. Poque todo el que haya vivido dos minutos en esa ciudad entiende que el marketing de la esclavitud es parte del paquete de atracciones. Igual, mi vecino quiso explicarme, cómo no:

Resulta que los runners se calzan los tenis y se juntan en el barrio de Getsemaní, dijo.

(Te querría contar qué es Getsemaní, Sharik, pero quizá, por ahora, podemos pasarlo por alto. ¿Por qué? Por lo mismo que te ahorré lo de Disney: al final del día ambos son parques temáticos.)

... hacen un recorrido por lugares icónicos: plaza de la Aduana, plaza de los Coches, muelle de los Pegazos, bla bla, bla. Y las estaciones para hidratarse corresponden a donde estaban situadas las negrerías, o sea, los depósitos donde guardaban a los negros mientras los compraban.

Le dije que sabía perfectamente lo que eran las negrerías, gracias.

... muchos comerciantes hacían las negrerías en su propia casa, ¿sabías? O sea, que estaban obligados a verlos a diario ahí tirados, mugres, mosqueándose.

Así como el chiquero que tiene esta casa adosado al costado, dije yo.

Mi vecino asintió, masticando con gusto la pitaya, una fruta que, en mi opinión, tiene gusto a nada.

Recuerdo que cuando éramos adolescentes, Sharik, y queríamos ir

a bailar a un lugar que Mami consideraba de cuarta, nos decía, toda alterada: ¿no ven que es una negrería, eso?

Cuando terminó de tragar, mi vecino volvió a ruedo: después, los runners dan toda la vuelta a la muralla y terminan en la iglesia de San Pedro Claver. ¿Qué opinión te merece Claver?, y sorbió el jugo que quedó en el casco de la fruta.

Alcé los hombros, le dije que era de los que tenía buena prensa porque cuidaba esclavos. Y él dijo: claro, era un recluta de almas. Ajá, dije yo. El siguió: ¿viste ese monumento en el patio de la catedral que recrea a san Pedro Claver caminando con un moreno? Ajá. Pues el moreno lleva un brazalete de converso, dijo mi vecino, y alzó las cejas. No pude avanzar en mi razonamiento, Sharik, porque, entre tantas otras cosas, me indignaba que mi vecino se refiriera al negro como «moreno». Como si esa palabra le endulzara la lengua y la otra se la pinchara. ¿Y?, pregunté. Y eso quiere decir que Pedro Claver solo cuidaba a los que aceptaban convertirse a su fe. A los que no aceptaban convertirse los abandonaba a su suerte, y con suerte quiero decir: viruela, sarna, o simple y llana desnutrición. Ante mi silencio, mi vecino dijo: eso no suena muy cristiano.

Te digo algo, Sharik, me hace gracia ese dato amateur obtenido seguramente de sus búsquedas recientes en Google. La solvencia con la que lo expulsó de su boca, como si fuese una convicción engendrada en la niñez, cultivada por años, cuando es obvio que para él (tú dirás: ¿y para mí no? Sí, pero para él más) la esclavitud no es más que un trending topic de estos días.

No me resulta para nada llamativo, le dije yo, a mí eso me suena, justamente, a la esencia misma del ser cristiano. Así es como funciona la caridad católica, es una transacción: yo te cuido con tal de que abandones tus creencias y adoptes las mías. Yo te cuido, pero olvida a tus dioses paganos, tu vudú, tus brujerías, y las cochinadas que haces en la cama. ¿Qué es lo reprochable? Pedro Claver era un hombre que cumplía una misión en la que, presuntamente, creía. Pedro Claver debió sentirse genuinamente bondadoso, luego, satisfecho de ser quien era. (Y, en mi opinión, Sharik, aunque esto no se lo dije a mi vecino, sentirse satisfecho de

ser quien eres es una condición esencial para violar la integridad de otro.)

Si te estás preguntando, Sharik, si en mi tono hubo algo de hostilidad, la respuesta es: sin duda. Si te estás preguntando qué pienso realmente de Pedro Claver, la respuesta es: algo bastante similar a lo que dijo mi vecino. Si te estás preguntando si, tal vez, en el fondo, seguía irritada porque a la noche se me durmió en la cara, la respuesta es: puede ser.

Mi vecino movió la cabeza, así como solía moverla, como si negara o dudara o estuviera haciendo rodar una canica por adentro de su frente, de una sien a la otra. Me harté de leerlo. Desvié la vista al horizonte, que estaba idéntico a sí mismo.

¿*A qué juegas*?

Lo que más me gusta de tu ciudad, dijo mi vecino un rato después, es un cliché.

¿Qué es?, le pregunté, pensando que mi ciudad entera era un cliché.

Las murallas, dijo él. Y opinó que, de todas las murallas que conocía en el mundo, las de Cartagena le parecían las más impresionantes. Por lo continuas, por lo transitables, por lo bien conservadas. Había visitado Cartagena infinidad de veces, dijo, y nunca se cansaba de andarlas.

Evoqué las murallas. Yo también las recorrí infinidad de veces, Sharik, aunque casi nunca como un paseo, sino como un atajo para llegar a la parada de busetas en la India Catalina. Hieden intensamente a baño. Y son bellísimas. Se merecen todas y cada una de las postales que les han dedicado.

Respiré hondo, buscando ese golpe amoníaco del salitre que consigue despejarme la cabeza. Le dije a mi vecino: tardaron como

dos siglos en hacerlas. Hubo reyes y arquitectos y reyes arquitectos a cargo, pero la mano de obra fue enteramente negra.

Me oí repitiendo algo que me había dicho el otro día Iris.

Añadí un remate: el símbolo más extenso y más emblemático de la ciudad está hecho por negros.

Bravo, dijo mi vecino.

Tengo más datos curiosos, seguí: la muralla original mide once kilómetros. La independencia de Cartagena fue el once del once de mil ocho once. Y le conté la famosa anécdota de Carlos III, que a lo mejor ya conocía, pero me sedujo la idea de entonarla allí, entre tanto despliegue de paisaje, lanzarla a la ciénaga como un dardo embebido en melaza, destinado a hundirse por el peso de su pomposidad:

... y cuando las murallas estuvieron terminadas, el rey corrió como un niño atolondrado a asomarse al balcón de su palacio, solo para decepcionarse. Preguntó, afligido hasta el mismísimo tuétano: pero ¿por qué no las puedo ver desde Madrid?

¡Impresionante!, aplaudió mi vecino, te sacaste un diez.

Nos reímos, Sharik. Tan alto que opacamos a los pájaros.

14

Querida Karina:

Me gustaba cuando lavabas platos. Permíteme contarle a Sharik (he decidido abandonar la recurrencia de presentarte en cada carta, Sharik) cómo es que siempre te pedías esa tarea que el resto odiaba, y se armaba una pequeña ronda a tu alrededor que te oía exponer cada cosa, por banal que fuera, con una entonación de erudita. Cuando comíamos en la casa de Muñe, o sea, todos los domingos de por siempre jamás, sacabas de camino a Margarita con un caderazo muy sutil, te apropiabas de la esponja y de la palabra: ¿les cuento algo?, uno produce, más o menos, setenta mil pensamientos por día.

Uff, decía alguien (en general, Teresita), ya arrancó la sabionda.

Pero siempre tenías público, así fuera porque qué más podía hacerse un domingo a esa hora, sino reposar el almuerzo con un tinto en la cocina. Daba igual si el ruido de fondo eran tus cuentos, el motor de la nevera, los pitos de las busetas, los campanazos de la iglesia, los vallenatos de la radio, las cotorras del patio, las fichas de dominó que los hombres jugaban afuera.

Y tú: ... el cerebro no descansa ni cuando uno duerme. Es un zumbido constante en la cabeza. Cuando el cerebro se apaga, se apaga uno también ¿Quieren que debatamos el concepto del *memento mori*?

No, gracias.

¿Saben que la mayoría de los pensamientos aparecen solos, sin que uno se proponga pensarlos? Y esos pensamientos son repetitivos y negativos.

Uf, serán los tuyos, mija.

Diría que en esas andábamos aquella mañana a la que me voy a referir, con tu perdón, Karina, para mostrarle a Sharik los devenires de nuestra estirpe. Habíamos amanecido en tu casa (ya Teresita se había casado), y pensaría que lavabas platos, porque recién terminábamos de desayunar huevos perico con tajadas de plátano y eso siempre deja mucho trasto sucio. Debatíamos si ir a las islas con tus amigas, que estaban por llegar en cualquier momento, o quedarnos en tu casa y seguir viendo una película tras otra, lo que se había convertido en un hobby poco salubre.

Lo que nunca debatimos, Kari, fue el concepto de la isla. Como que (digo yo, basada en nada) está asociado a la idea de impunidad, al hecho de poder hacer lo que sea sin ser visto o juzgado. Es decir, ¿quién va a venir a un pedazo de tierra flotante a hacer justicia de qué? Sobre todo, las islas de por acá. Espesas, calurosas, opresivas. Empeñadas en apretarte el cogote con un lazo invisible, hasta verte caer redonda en medio de un día intrascendente.

(Así visualizo mi propio destino si me quedara a vivir con Bridis y sus cerdos, Sharik. Tirada en la arena un martes cualquiera, fulminada por un golpe de calor.)

Desde el cielo, las islas de por acá son unos peñoncitos desperdigados. Imagino que antes, todos juntos, formaban un roca grandiosa. Imagino que un dios enfurecido agarró un martillo y golpeó la roca hasta romperla. Imagino la frustración de ese dios enfurecido cuando vio que, en lugar de desintegrarla, la roca se multiplicó.

Así que esa mañana, tú lavando platos y yo secándolos, debatíamos si ir o no a las islas. Esperábamos a tu bonche de amigas, unas alborotadas. Mabel decía que estaban a un paso

diminuto de padecer algún síndrome. Pobrecitas. Trabajaban de dependientas en tiendas de ropa, estudiaban secretariados, tenían la cara entumecida de simular cortesía a cada infeliz que entraba al negocio sin más intención que la de robar un bufido de aire acondicionado en la nuca transpirada. Casi todos los sábados caían ya listas para el paseo, con sus salidas de baño semitransparentes, sus cuerpos contenidos en su naturaleza expansiva y la cara cuidadosamente maquillada para parecer naturales. Dos horas, como mínimo, gastaban frente al espejo de aumento para taparse imperfecciones. Se untaban el cuerpo con un gel exfoliante que conseguían en Fedco; como era caro, compraban un pote grande y se lo repartían en los frasquitos de muestras de orina. Gas. Después se frotaban con un estropajo, se enjuagaban y al final se embadurnaban en aceite de coco. Lo dejaban absorberse, pero siempre tenían esa apariencia brillosa de muñecas barnizadas.

Este paseo fue en junio. Me acuerdo porque era temporada alta y la ciudad estaba cundida de turistas con grajo. Así que tocaron el timbre y yo fui a abrir la puerta en pijama. Apareció la tal Lourdes, que trabajaba en una famosa tienda de ropa de lino. Me saludó efusiva y entró aplaudiendo: ¡buenas, buenas!, gritó, en un trance eufórico que despabiló a Mabel, que seguía adormitada en el sofá de la sala leyendo el manual de una arrocera que se había comprado. ¡Shhh!, Mabel sacudió el manual: es muy temprano para tanto grito. Entonces Lourdes me agarró por el codo y se me acercó al oído, forzando una intimidad que no teníamos: tu tía necesita una buena revolcada, me dijo.

Tú y yo, Kari, veníamos de una semana dura. Sabes de qué te hablo. Habías caído, como otras veces, en un período de desdicha. Por alguna razón, seguramente porque Mabel me lo había pedido, yo no te perdía ni pie ni pisada. Llegaba a mi casa del puerto, me cambiaba, me iba al supermercado a comprar papas fritas, jugo de naranja, hielo (el vodka ya lo llevaba en la mochila), y de ahí a tu casa. Invariablemente, te encontraba en la habitación ¿En qué andas?, te decía. La respuesta era un suspiro. A mí me daba rabia, porque mientras tú estabas echada, rumiando la tristeza, yo seguía cavando el hueco de mi insatisfacción todos los días de ocho a doce

y de dos a seis. Pero bastaba mirarte los ojos de vasitos reventados, como si te hubieran clavado muchos alfileres sin dejarte pestañear, para que la rabia se diluyera en lástima.

Ahí, encerradas en tu cuarto, me contagiabas de tu aire melancólico. Elegíamos una película entre varias que yo había comprado esa tarde en la parada de la buseta. Mirábamos la primera mitad, luego la pausábamos y yo iba por un refill de nuestros vasos y por alguna sobra que hubiese en la nevera de Mabel, que recuerdo bastante desprovista. Cuando llegaba el final de la película, siempre te quejabas: no me creo nada, decías. Considerabas que casi todas las películas que veíamos debían terminar a las tres cuartas partes, en el momento en que todo se iba al carajo. Porque a partir de ahí los personajes podían seguir sus vidas cascoteadas como mejor les saliera, o quizá no las seguían, sino que simplemente se quedaban detenidos en el medio del camino, hasta que les diera el cuero para levantarse. Pero eso ya no haría parte de la historia, claro, porque un personaje podía tardar mucho tiempo en levantarse y ninguna película duraba tanto. Algunos, incluso, podrían preferir quedarse detenidos para siempre. Un montón de gente vive así, me decías, ¿o no? Montonazo, contestaba yo. En cambio, así como estaban hechas las películas, ¿cómo era posible que en los últimos quince minutos todo se resolviera felizmente? Como si la felicidad fuera un tropezarse con algo y seguir, ya con el camino aplanado, liso como una pista de baile. Para nada, decías, la felicidad es una patraña, ¿o no? Uf, una estafa, contestaba yo, más porque estaba borracha que porque estuviera siguiendo tu razonamiento, que siempre tenía un par de vueltas más que lo que duraba mi interés. Nos quedábamos calladas un rato largo, mirando las paredes de tu cuarto, con esas cenefas de rositas rococó, hasta que me entraba sueño y decía: chao, Kari, me voy a mi casa. A veces ya estabas dormida, a veces me rogabas que me quedara a dormir. A mí no me gustaba porque la cama que había sido de Teresita tenía un colchón con relleno viejo y de mala calidad. Y esa cama, a pesar de que Teresita se había ido hacía un par de años, todavía olía a ella, o sea, a una mezcla infinita de splashes empalagosos y al popurrí que les ponía adentro a las almohadas. En general, me quedaba hasta que te dormías. Me

sentaba a tu lado, acariciaba tus greñas intrincadas. Te oía murmurar cosas. Nunca nos vamos a quitar este lugar de encima, ¿cierto?, me dijiste alguna vez. Y yo seguro te habré dicho que no, que nunca, que ni muertas. La verdad, no recuerdo qué te dije. Otras veces te ponías a criticar a Teresita, tu deporte favorito: ella piensa que es feliz, pero es solo obediente, hace lo que hacen todos para ser aceptada y ni siquiera se pregunta qué quiere ella. Yo te decía ella quiere eso, Karina, olvídate, nunca quiso otra cosa. Y no había mucho más que decir, porque Teresita era una llanura sin misterio, era la prueba viva, aunque sosa, de que la perseverancia lleva al éxito. Tú, en cambio, eras una maraña impenetrable. Cuando ya notaba tu respiración acompasada, cuando imaginaba que algún sueño te había cobijado, me iba. Caminaba hasta la puerta del reloj, atravesaba el camellón de los mártires y de ahí derecho hacia Manga por la calle larga y el puente Giménez. Rogaba que no me viera nadie que pudiera contarle a Mami, porque a ella le parecía que atravesar el puente sola a esa hora era cosa de retrasadas mentales a las que algún perverso iba a terminar violando.

Pero volvamos a la isla, Karina.

¿Te digo algo que ya sabes, Sharik?: nuestros problemas siempre empiezan con un barco. El que viene en barco y nos ve de lejos, sufre el llamado «efecto perspectiva» (esto también me lo dijo Karina mientras lavabas platos). Le llamaron así a la primera visión de la tierra que tuvieron los astronautas desde el espacio. Cuanto más lejos se ve el mundo, más pequeño parece. Más abarcable. Te da la sensación de que te cabe en un puño. Y lo que te cabe en un puño, Sharik, o lo haces tuyo o lo aniquilas. Del lado de adentro también es engañoso, pero al revés. Por ejemplo, en los buenos tiempos, cuando estábamos en la isla echadas en la arena y veíamos llegar un barco, Karina me codeaba: atenta, prima, ahora es cuando hay que mirar qué es lo que llega, ahora es cuando se puede ejercer la «distancia crítica». Porque si una los dejaba desembarcar y se los veía encima, era muy probable que el criterio se viese distorsionado. Era evidente que Karina y las amigas se repartían la tripulación antes de que desembarcara. La tripulación consistía en extranjeros al borde del desmayo que, apenas ponían un pie en esa arena blanca

fulminante, sentían una descarga eléctrica que los obligaba a apretar los ojos y rendirse. Ahí entraban ellas en escena, cero invasivas, muy oportunas, amables, dispuestas, serviciales, pero no regaladas.

Entonces, Lourdes se metió en tu cuarto como una ventisca y abrió el closet, abrió cajones, desparramó ropa en la cama. ¡Pilas, pilas, a vestirse!, volvió a aplaudir. Esta boba se la pasa matando mosquitos, dijo Mabel, y fue hasta el minicomponente y puso una emisora de salsa melódica. Los sábados hacían un Top 100, eso nos garantizaba una larga lista de hits dulzones que ella bailaba en bata mientras barría, mientras cosía botones, mientras separaba en perchas la ropa que usaría en la semana para trabajar –incluidos zapatos, carteras, accesorios–. Quedaban tan pesadas esas perchas que cada dos por tres se desnucaban.

Cuando estuvimos listas, tu mamá me agarró del brazo: te la encomiendo, nena. Yo le dije: no me jodas, tía, no soy su niñera. A lo que Mabel contestó: ay, mijita, es verdad, pero a ella le cuesta. Era difícil pensar que te costara nada viéndote con tu bikini animal print y tus plataformas. Que seguro ya yo sabía, me dijo Lourdes, pero el jueves había llegado un crucero top, no de viejos ni de culicagados, sino de gente muy bien que ella ya había visto esos días en la tienda, y que justo les había vendido unas camisas caras a unos puertorriqueños que le dijeron que el sábado iban a recorrer las islas, a conocer el acuario y esas otras maricadas turísticas, pero que seguro iban a terminar en Cholón. Allá fuimos a parar, abrazadas a la promesa de unos puertorriqueños que resultaron ser unos carilindos sin nada que decir. Tenían esos ojos de los que, no siendo aún mediodía, ya han bebido demasiado. Pidieron una botella de aguardiente, nos sirvieron uno, tres vasitos. Hicieron dos chistes eficientes pero demasiado parecidos entre sí, y hasta ahí las misas. Al cabo de media hora el desinterés era tal que se fueron a bucear, y nosotras nos quedamos en un chiringuito de la playa comiendo muelitas con limón.

¿De qué hablábamos? De lo de siempre. Nos quejábamos de nuestros trabajos pequeñitos, hablábamos del futuro como si lo viéramos venir de frente, como la trompa enorme de un camión dispuesto a aplastarte, salvo que consigas esquivarlo antes.

Tú, Kari, en algún momento te aburriste. Te levantaste y dijiste: me voy a dar un chapuzón. Tardaste mucho, pero a nadie le preocupó tu ausencia porque estábamos muy cómodas, guarecidas, esquivando el resplandor tirano y mojando la charla con traguitos de aguardiente. Hay que largarse, opinaba Tatiana, otra de tus amigas de esa época. Pero ¿a dónde?, decía Lourdes. A Canadá, a Australia, a Nueva Zelanda. Uff. Tatiana tenía dos primas en Montreal. Habían aplicado a esas ayudas del gobierno canadiense que consistían en importar jóvenes dispuestos a plantarse en esas tierras viejas. Tatiana escupía bondades así formuladas: «calidad de vida», «capacidad de ahorro», «acceso a servicios prémium». ¿Tus primas tienen jefes?, pregunté. Obvio. ¿Tienen maridos? Sí. ¿Tienen hijos? También. Ajá, le dije, el frame es otro pero la foto es la misma, corazón.

Cuando decidí ir a buscarte, Karina, no supe bien hacia dónde encarar. Me largué a caminar por esa playa blanca refulgente, que en algún tramo se curvaba hasta el sector donde amarraban los yates. Hasta allá fui caminando inestable por el trago y por el sol. Te encontré en un barco de nombre *Alondra*, ¿te acuerdas? Ojalá que no, pero supongo que sí. En la cubierta, cuatro o cinco tipos manoseándote, y tú desgonzada en una reposera, encuera, medio inconsciente. No me lo olvido, Kari. Ese día es un fresco en mi memoria. La vida hacia atrás y hacia delante detenida en esa foto. Tú misma, Sharik, aunque entonces no supiera de ti, estabas en el cuerpo de mi prima, semiinconsciente, a disposición de otros, entregada a un infortunio nada novedoso, solo un poco más brutal.

Había otras mujeres en el yate, le dije a una de ellas que me ayudara a levantarte. El pelo todo vomitado, las tetas mordidas con la saña de un pitbull. Te arrastré, te zambullí en el agua salada para lavarte, me quité mi pareo y te envolví. Para cuando llegué al chiringuito estabas casi despierta. Nadie dijo nada, qué iban a decir. Nos subimos a la primera lancha colectiva que apareció y regresamos en silencio, de cara a un atardecer amarillo intenso, que cualquier otro día nos habría parecido un manto de oro en el cielo, pero ese sábado fue como si un Dios hepático nos estuviera meando.

¿Cuántas veces después me pregunté cuáles habrían sido los sentimientos adecuados frente a lo que pasó ese día?

Tampoco está tan claro qué pasó ese día, Kari.

¿Te duele algo?, te pregunté esa vez, y negaste con la cabeza.

¿Y ahora? ¿Te duele algo ahora, Karina?

Yo te entiendo: cuando es tan confuso qué sentir, lo más simple es pasar por alto cualquier sentimiento, desconectar cuerpo y conciencia. Creo haber hecho lo mismo otras veces. Desconectar. Me he visto de pie frente al cadáver de una noche inmunda, poniéndome el calzón dado vuelta para que el olor a mí usado no me toque. ¿Es tan grave?, se pregunta una ya en la ducha, el agua hirviendo golpeándote la espalda. La gente te dice: en algún momento hay que llorar. La gente no te dice que lo que hay que hacer es tomar una decisión sobre cómo sentirse y, sobre todo, cómo mostrar al mundo ese sentimiento. Y mantenerse. Si en el futuro una va por ahí y se muestra compungida, ya no sirve. No te creen. En el futuro dirían tus amigas, diría tu mamá, diría yo: después de ese paseo, Karina no fue la misma. Te perdiste en cavilaciones.

Una vez Mabel te dijo: cómo te arruinaste, mija. Tú le contestaste, ungida en esa tradición ancestral de mutilar el amor propio: no se arruina algo que ya venía roto de entrada.

Cuando Mabel me contó esto, no me dijo lo que pasó antes. Que te presionó para que hablaras, que te empujó al espejo agarrándote de la nuca, así como nos agarraba Muñe, para que constataras la ruina a la que ella hacía referencia. Dime qué ves, mija, qué es lo que ves. Pobre Mabel. Mami la había convencido de ir a una bionergética que usaba unas técnicas para curar traumas que parecían sacadas de *Laura en América*. Tú le dijiste: me veo masticando piedras, tragando sangre, no me queda ningún diente.

La que me contó esa parte fue Mami. Y que Mabel ya no se sentía capaz de cuidarte, que llevaba bregando contigo desde que habías nacido y le habías ganado, que ella renunciaba. Mabel le dijo a Mami que, cuando le contestaste esa cosa rara frente al espejo, a ella le dieron ganas de desollarte, de abrirte los tendones y hurgar hasta encontrar acurrucado entre tus órganos alguna miga de consuelo.

Bueno, no exactamente, Kari, supongo que ni Mabel ni Mami lo dijeron de esa forma, no me acuerdo bien. Rescato el sentimiento. Estoy haciendo una versión libre de lo que debió ser una frase tristísima puesta en la boca de una madre vencida.

Entiendo, Kari, que si te callaste una vez, debiste sentir que había que callarse para siempre. No vale quebrarse en el medio. Adivino una vocecita adentro de ti que te hostiga: te dice que te tengas lástima, que pobrecita tú. Entiendo que a ti esa voz te fastidia. Nadie ignoraba que había vencedores y vencidos, pero ¿quién iba a querer estar en la segunda categoría? Una prefería camuflarse en la primera, con justificaciones insólitas (¿les gané porque me resbala?), aunque entregara su vida al esfuerzo de fingir. Yo también me callo lo que me da vergüenza. Yo me callé ese día, tanto como tú. Pero ahora pienso, Sharik, ahora pienso, Karina, que, quizá, tendríamos que haber llorado.

15

Que ella estaba contratada para cocinar las cuatro comidas, además de hacer las labores de la casa. Que si yo comía o no comía, eso era un tema mío, discúlpeme, doña, pero si ella no cocinaba la comida que estaba calculada, los dueños podían pensar que se llevaba la comida para su casa. Y ella no era una ladrona. Por eso le tenían tanta confianza los señores de este lado de la isla. Y yo no iba a ensuciarla, a hacerle mala fama. Todo eso porque le sugerí que no cocinara tanto, que con una sola comida a mí me bastaba. Indignada quedó. Hocico estirado mientras se planchaba, impetuosa, el delantal con ambas manos. Para el almuerzo cocinó, entonces, un sancocho de pescado para cien. Invité a mi vecino. Le dije que me daba mucha lástima tirarle la comida a los cerdos. Mi vecino sorbió el primer y el segundo plato. Felicitó a Bridis, que se deshizo en risas con él, mientras que a mí no me dirigió la palabra el resto de la tarde. A ver si le enseña a Enilsa, le dijo mi vecino, y Bridis, carcajada mediante, que cuando quiera, patrón, pero es que Enilsa vive en las nubes, es muy despistada para aprender nada. ¿Enilsa?, pregunté. Nadie me escuchó. Supuse que era la negrita hegemónica, Sharik. Me pregunto si en nuestro linaje hubo algo similar a esa complexión turgente. Cuánto habremos tardado en degradarnos en estos muslos color caqui amarillento, salpicados con venitas reventadas, blandos como la natilla trémula que nos dio Bridis de postre.

Después de comer, Bridis tiró las sobras al chiquero. Pero antes me lanzó una mirada desafiante. Ojalá se atraganten esos cerdos, Sharik, ojalá exploten y Bridis tenga que barrer sus tripas cagadas.

Mi vecino me invitó a tomar un aguardiente en su terraza: el anís es digestivo, acotó. No llegamos a su terraza. Atravesamos la puerta de su casa y nos besamos mientras subíamos las escaleras hasta su habitación de cama inmensa y prometedora como el continente americano. El aguardiente estaba en la mesita de noche. Mi vecino tomó un sorbo de la botella y me llenó la boca con ese mismo buche. Después otro y otro. Quemaba como tragarse un puñado de brasas. Dijo, ahora vuelvo, y yo me quité la ropa, me dejé caer boca abajo, miré el balcón.

Me imaginé todas las etapas de tu viaje, todo el camino hasta llegar acá. Te vi agachada en cuatro patas, la espalda dispuesta como la mesa que iba a sostener este linaje. Te vi pariendo hijos en abundancia: hijos que saldrían de tu ombligo, de tus axilas, de tus fosas nasales, de tu garganta, de tu cuero cabelludo, de entre tus piernas. Afuera una bandada de pájaros iba camino a su islita. Escuché los gritos, respiré el salitre bien a fondo y me dije este olor, este golpe en el tabique es también mi casa. Reconocí esa pequeña epifanía sensorial: desintegrarse para mezclarse con la bestia palpitante del entorno. No hay nada más real que esa desintegración, Sharik. Entender que no se existe solo, como un cuerpo aislado, sino como parte de un tejido poroso que ya estaba allí antes de la primera chispa de conciencia. Es fácil atribuir esa desintegración al estado de abandono en el que te deja una borrachera. Por eso, rara vez una se la toma en serio. No es el caso, Sharik, yo no estaba borracha cuando me lancé por ese balcón, atomizada, y elegí rendirme. Fue una rendición placentera. Me fundí con todo lo que se cruzó en mi visual: la arena, las plantas, las piedras, las gallinas, los cerdos, la choza, el agua, los pájaros, el viento y el sol, que, a pesar de ser casi las cinco, me cegó con su resplandor y me obligó a cerrar los ojos y abrirlos enseguida para darme vuelta en la cama y descubrir que, en ese pestañeo eterno, Francis Drake había vuelto a mi lado y, aún con el sombrero puesto, embestía a Enilsa.

Es probable que nada de esto pasara, Sharik. Nada de la noche, nada de los días anteriores, nada de nada desde el principio de los

tiempos. A veces pienso que, en mi intento por materializarte, fui yo quien se volvió irreal.

Desperté sola, en mi cama, las puertas del balcón abiertas, el sol bañándome la cara.

16

Sharik:

A mis hijos se los ve hartos. Esta mañana hablé con ellos, lo único que querían era volver a casa. A mí, les dije: su casa soy yo. En la videollamada mi ex aparecía al fondo llevando y trayendo elementos de campamento que había comprado para repetir la experiencia con los niños. ¿Repetir dónde? ¿En algún pueblo mustio cercano a la ciudad donde vivíamos? ¿O en su pequeño jardín civilizado, con arbustos peinados por ese protojardinero que iba los miércoles, cobraba fortunas y se quejaba de la precarización de su oficio? Dónde es lo de menos, me dijo él. A mí me importaba demasiado la escenografía, eso dijo también. Porque él, tan despojado, se había ido a Disney, emblema del minimalismo universal. La verdad, Sharik, es que mi ex es una de esas personas que necesita souvenirs para validar un viaje. Cuando me mudé con él a su ciudad y me presentó a su mejor amiga, ella me escaneó desvergonzadamente y luego se dirigió a él: así que esta vez no te trajiste un imán. Se rieron alto. Me sentí denigrada. Yo misma había contribuido con una palenquerita a la colección de imanes que ostentaba en su nevera. La coloqué entre la puerta de Brandemburgo y el Empire State, con la sensación de estar plantando una bandera.

Le pregunté a mi hijo por los pokemones. ¿Qué con eso?, dijo. Hacía rato no me hablaba de pokemones, le dije. Siempre me cayeron simpáticos y alguna vez se lo hice saber, supimos tener grandes charlas al respecto. Supongo que encontraba en ese tópico un puente hacia él, y él hacia mí. Mi hijo me contó que había un movimiento que estaba en contra de la evolución de pokemones. El

tal movimiento, me dijo, es un puñado de hackers que sostiene que evolucionar no significa necesariamente mejorar. O sea, dije, ¿estos hackers no creen en la evolución? Mi hijo dijo que no exactamente; no era una cosa de creer o no creer, porque cómo se podía no creer en algo que sucedía de todas formas por más que cualquiera se opusiera. Era como estar en contra de la lluvia o algo así. Claro. Pero él tampoco creía que la evolución fuera algo positivo. Por ejemplo, siguió, en *El planeta de los simios* la evolución significa monos guerreros que andan a caballo, y eso le parecía bastante primitivo. Por otro lado, en todos los juegos futuristas la evolución del mundo significaba la desaparición del hombre o su mutación en otra especie o su sometimiento a manos de robots. Bueno, le dije, a veces se viene de un lugar bueno (suponiendo que lo humano fuera «lo bueno») que se tuerce, porque torcerse es la condición para sobrevivir. Ya, dijo, pero volviendo a los pokemones: uno de los más evolucionados, llamado Eevee, para él era una decepción. ¿Por? Porque su poder consiste en dejar de ser él para transformarse en ocho formas distintas. Es como que se desintegra para ser otros. Hice una pausa porque me costó ver de qué estábamos hablando realmente, Sharik. Pero antes de perder su atención le dije que quizá la evolución era justamente eso: desintegrarse para ser otros. Mi hijo alzó los hombros y me pasó con su hermana.

Iris me dijo que evolucionar era:
Mantener lo que necesitamos y perder el resto.
Luego le pregunté: ¿según quién?
Y contestó: no entiendo tu pregunta, ¿podrías repetirla?

¿Qué perdimos nosotras, Sharik? ¿Qué conservamos?

Leí que una parte importante de la población esclava llegó al momento de la abolición sin mezclarse demasiado. Supongamos que

fue nuestro caso, Sharik, que hasta ese momento nuestro linaje se mantuvo íntegro en su complexión. Quizá, si un antropólogo estudiara nuestros cráneos, como se hacía antes para categorizar las razas, encontraría un punto de giro alrededor de esta época. No podría estar segura de si nuestro proceso de lavado (¿de desintegración?) empezó antes, pero sí de que difícilmente pudo haber superado este momento. Para los líderes de la independencia había un consenso: la población negra, con su desorden y sus vicios, era un obstáculo para el proyecto modernizador y civilizador del país.

Esto dice el artículo que leí:

> En 1863, Florentino González escribió que, conquistada su libertad, los negros exesclavos volvían a su natural condición de salvajes, parecida a la que llevaban en África. A pesar del contacto con los blancos, la población negra no había asimilado las cualidades de estos, de manera que no estaba capacitada para participar de una vida libre y civilizada. La dirigencia, entonces, ideó un experimento innovador: reclutar prostitutas blancas y diseminarlas por las zonas de mayor población negra. Sacrificadas las prostitutas uniéndose con la población exesclava, el país ganaría gracias al mestizaje resultante, que iría «mejorando la raza» y suavizando el indecente y reprochable comportamiento de la población negra.

Poco después de cortar con mis hijos, apareció mi vecino. Traía un mango viche, un cuchillo, sal, limón, pimienta blanca, un plato hondo, su sombrero. Yo estaba en medio de esta carta, pero su presencia me obligó a cerrar la laptop. Me preguntó cómo iba con el experimento.

¿Cuál experimento?

El de las cartas, dijo él. Yo le dije que no iba a ningún lado ese experimento. ¿Por qué? Porque una carta que no tiene la expectativa de un destinatario se anula. Pero acá es al revés, retrucó, estas cartas solo existen porque no tienen destinatario.

Y a mí me agarró como un fastidio, Sharik. Me molesta que se sienta involucrado, que se sienta habilitado a pedirme updates y a ofrecerme las opiniones que se gestan en su cráneo europeo. Le pregunté si no tenía él su propio linaje que estudiar, para luego

contárselo, romantizado, a su nieto por nacer. ¿Algún prócer pirata caudillo violador? Mi vecino se rio con una risa que le salió directa del estómago y le expandió la boca en un hueco amplio que expuso su interior rosado. Imaginé que me zambullía en su garganta y nadaba en un túnel liso y vacío, como el intestino grueso de un famélico. ¿Sabes por qué imagino su intestino grueso liso y vacío, Sharik?, porque algunas mañanas lo he visto tomarse un vaso de bicarbonato con limón, que era la mezcla que usaba Margarita para destapar las cañerías de la casa. La risa le marcó los surcos infinitos en su cara de una manera que antes no había detallado. Desconocía la edad de mi vecino, pero no es secreto para nadie que los blancos envejecen rápido, mucho más si se los expone al sol. Y aunque podría haberme parecido un mapa grotesco, lo que vi fue una expresión genuina. Pensé que si no veía nunca más a mi vecino, la evidencia de su rostro pálido agrietado me habría bastado para llevarme de él algo verdadero.

Me invitó a su alberquita. Allá fuimos a parar.

Le terminé hablando del blanqueo de exesclavos en la independencia. Le leí una parte del artículo. Se cuidó de no opinar nada. Solo me dio unos golpecitos en la mano. Como de pésame, de ajenidad.

Yo me sumergí en el agua fría. Expulsé todo pensamiento de mi cabeza, toda carga de mi cuerpo, y así, templada y liviana, me acerqué a él. Rodeé su cuello con mis brazos, sus caderas con mis piernas, susurré en su oreja: insúflame tu semilla prístina, Francis Drake. Inmediatamente sentí su erección. Pero después yo no me guardé ni una gota de aquello, Sharik. Me aparté a tiempo para ver su baba disolverse en la alberquita. Como la clara de un huevo pinchado. Como una promesa que nace muerta.

17

Querida Mami:

Recién amanece y me estoy acordando de ese cumpleaños tuyo en el que pusiste a sonar una y otra vez un disco del grupo Daiquiri. Te lo había regalado tu amiga del trabajo, que por ese entonces era Marcela Bisbal. Antes había sido otra, Estela Carmona. Y antes otra, Rosario Martelo. Siempre había nombres para esa categoría invariable. Duraban un tiempo y después desaparecían de tu vocabulario, y si uno te preguntaba ¿qué es de la vida de Estelita?, hace rato no la mencionas, tu respuesta era otra pregunta formulada con indignación: ¿por qué tendría yo que saber de la vida de cada malparida que me cruzo en el camino? Pero esa vez era Marcela, estoy segura. Porque el disco te lo había traído de Estados Unidos, donde vivía su hija. Porque resulta que este disco tenía versiones en inglés de esas canciones caribeñas. Por ejemplo, «Mujer Candela» se llamaba dizque «On Fire». Una corronchada que nos hacía revolear los ojos a todos, menos a ti.

(Me pregunto, Sharik, si este experimento consiste en cartas que escribo a destinatarios que jamás tendrán acceso a ellas, pero que, sin embargo, existen, y si existen tienen memoria y tienen pensamiento propio, ¿cuál sería el sentido de enterarlos de cosas que ya conocen de sí mismos?)

Sucede que me llamaron los niños, Mami, o sea, tus nietos, que casi no conoces, ni ellos a ti, porque ¿cómo fue que me dijiste

aquella vez? Yo no he sabido arrear para mi lado y, en cambio, se los entregué al padre como un lienzo vacío para que garabateara en ellos lo que se le diera la gana. La regalada gana, te gustaba decir, qué poca gracia tiene esa muletilla. Me gustaba más cuando la alterabas en «la regalada puta gana». Yo te dije que, aunque viviéramos lejos, podías tener un vínculo con ellos si te apetecía. Bufaste. Te hablé de aquel milagro de la tecnología llamado videollamada. Y de otro milagro previo, aún más sorprendente: el avión. Volviste a bufar. El caso es que los niños estaban en la playa, en otra playa, no en esta, y por eso fue un llamado corto. Solo querían confirmar que en dos días volveríamos todos a nuestro lugar en el mapa y esta dislocación llegaría a su fin. La charla fue entrecortada y algo incómoda porque detrás de sus caritas en primer plano estaba la otra abuela empuñando palitos de helado que se le chorreaban por los brazos hiperbronceados, con unas manchas marrón oscuro que parecían lentejas sepultadas en la piel. Imaginé que esa abuela eras tú y que esa playa era esta. Nada que ver. Me resultó una imagen forzadísima.

Te decía que yo me acordaba de ese cumpleaños tuyo, no por el cumpleaños en sí, sino porque lo organizamos en la casita de La Boquilla. Con Eusebio y Lamachi (que vendrían a ser la Bridis y el Luis Alfonso de aquella casa, solo que sin glamour). Y esta mañana al despertarme tuve ese pequeño delay que ocurre cuando no puedes ubicar exactamente dónde estás, o por qué. Durante un par de pestañeos lentos pensé que estaba en esa casita de La Boquilla, a la que no vuelvo hace como treinta años. Debe ser la primera vez que la evoco. Debe ser que el salitre activa algún botón en el cerebro que sirve para alinear figuritas similares. Aunque la verdad es que ese mar era más oscuro, y la arena más gris y gruesa. El olor sí era parecido: sal intensa y mierda de puerco sobrealimentado. Lo que pasa es que acá Bridis prende inciensos cada mañana, mientras que Lamachi todo lo que prendía eran esos cigarrillos Pielroja que la terminaron consumiendo. La última imagen que tengo de Lamachi es una foto que mandaste al chat de familia para contar que te la habías cruzado de casualidad, vendiendo aguacates por el centro. Pobre mujer, tuvo que bajarse la palangana de la cabeza y dejarla en

el piso para saludarte, y se ve que tú la agarraste en el movimiento de subida o de bajada porque, en la foto, Lamachi es un cuerpo doblado, la coronilla apuntando al piso. En lo más alto de su lomo encorvado había una pequeña meseta en la que se podría haber colocado un pocillo con su plato de apoyo. En la oscuridad de su cara solo podían distinguirse los ojos, dos tajos tan finos que hacían difícil saber si miraba o si dormía. Qué manía morbosa, Mami, eso de tomar fotos que atestiguan la descomposición ajena.

Ay, cómo se quejaba Papi de Lamachi y de Eusebio. Se agarraba unas rabietas exageradas que, ahora pienso, le servían de excusa para ejercer de patrón, ya que en ningún otro lado podía serlo. Todos los días regresaba de su trabajo en Mamonal, cacheteado por algún jefe, con los sobacos de las camisas empapados y esos cejones bien fruncidos, formándole un gusano en la frente. Tú lo pinchabas: un hombre sumiso, qué repelencia. Así que el fin de semana, supongo yo, él pensaba para sí: ahora me toca a mí. Y empezaba con que Eusebio y Lamachi eran flojos, poco comprometidos. Y que tenía clarísimo que no era su culpa (impostaba una condescendencia que, seguramente, también le estaba copiando a algún jefe), eran víctimas de los vicios de su gente. Con «gente», Papi quería decir raza.

Si me pongo a hacer memoria, Sharik, la conversación sobre la raza, los matices de la negrura y la blancura, se dio toda la vida en mi casa. Nadie lo llamaba así, con ese nombre de simposio, pero todos los días, de distintas formas, se hablaba de la raza. Lo mismo debía pasar en la casa de cualquier vecino. Acá, cuando te miran, en general sin tener la menor conciencia, ya te están escrutando el linaje, manoseando tu bolsita sellada de cromosomas como quien busca la presa en una sopa. Pasa, otra vez, con las mezclas menos discernibles, por la malditidad de haber quedado mal lavadas. Porque si una fuera negra negra, como Eusebio y Lamachi, como Margarita o como Bridis, o como tú misma en esta foto en mi pantalla, Sharik, no habría nada que escrutar. Allá va otra negra pendenciera, parte del paisaje. Mami y Papi tampoco eran ni blancos ni negros. El escrutamiento entre ellos empezó temprano porque alimentó la seducción. Mami le llamaba a Papi el Turco y con eso

sentía que lo elevaba. Pero a veces Papi se ponía exquisito, hablaba con displicencia de los empleados de la fábrica, toda gente criolla, mezcladita, como cualquiera de nosotros, pero sin ínfulas. Papi decía: no tienen arreglo porque son hijos de blancos ladrones, indias ignorantes y negros bandidos. Y ahí, Mami, sintiéndose ligeramente aludida, lo bajaba de un piedrazo: ayyy, ustedes tan finos, que llegaron masticando garbanzo y cebolla cruda y vendiendo telas, y fundaron el ducado de Lorica, la capital mundial del grajo.

Papi no tenía más remedio que callarse.

Te decía, Mami, que ya casi se me acaban los días de este viaje.

Y esto te quería contar: que yo no iba a venir sola, mi intención era arrear a mis niñitos porque, citando a mi vecino, yo necesito crear una narrativa romántica que edulcore la experiencia. ¿Qué vecino? Da igual. ¿Qué experiencia? La de haber nacido, la de haber parido, la de habitar una existencia ininterrumpida hacia delante y hacia atrás. Pero lo que mi vecino llama «narrativa romántica» es la huella dactilar de nuestra historia. Quiero entregarles a mis hijos un lugar al que puedan volver siempre que quieran. Un cobijo. Te preguntarás (o no, pero en verdad no tienes decisión sobre tus preguntas en esta carta) si ese cobijo te incluye. Quiero impregnar tu pregunta con el tono quejumbroso que todavía recuerdo, reclamando eternamente al mundo algo que no te fue dado. ¿Algo como qué? Ni tú misma lo sabrías. Bueno, supondría que sí, Mami, que ese lugar te habría incluido. Pero como todo falló, la narrativa de esa experiencia fue reemplazada por la fantasía de esa experiencia. A veces, sinceramente, me parece que es lo mismo.

En la fantasía yo viajo con mis hijos, los siento a mi costado y les pido cerrar los ojos para oír el mar en silencio. Hacemos lo mismo día tras día, un rato a la tarde, en esa franja dorada que tanto me gusta. Les digo: niños, si un día se sienten perdidos, hagan esto mismo al pie de una carretera. Porque el que conoce bien este runrún, puede rememorarlo en medio de un bullicio. Yo les digo: esto mismo me lo dijo su abuela en una casita que teníamos en un pueblo de pescadores llamado La Boquilla. Me lo dijo una tarde que estábamos solas, sentadas frente al mar. No se podía estar adentro de la casita porque Lamachi había cocinado pargo frito, y el olor se

había impregnado en las paredes. Les digo a mis hijos: Mami me enseñó esa técnica y desde entonces la practico. ¿Y para qué sirve esa técnica? Para volver a un lugar que me resulte familiar. ¿Y nosotros podemos volver a un lugar en el que nunca estuvimos?, preguntan los niños en un coro perfecto (¡una eufonía!), porque en mi fantasía puedo elucubrar sus razonamientos, su vocabulario, su entonación y todo lo que se me dé la regalada puta gana. Yo les digo: pero ustedes sí estuvieron, ustedes están aquí, ahora mismo, conmigo, y estarán siempre que quieran. ¿Cómo lo sabes? Porque esto ya pasó. Ustedes ya estuvieron antes, y yo también estuve antes, mucho antes, con Sharik. ¿Sharik? Y acá es cuando aparece Sharik, Mami. Sharik emerge de la ciénaga como Bachué con su niño esposo de la mano, pero en mi fantasía no hay niño esposo porque no quiero salpicar a mis hijos fabulados con la sombra de un incesto. En mi fantasía Sharik emerge del agua sola, la siguen los pájaros, que ante ella no gritan ni trinan, sino que enmudecen y la abanican con sus alas. Sharik camina con cuidado, casi flotando, como para no pisar ninguna cosa pequeña viviente en la tierra. Trae consigo un viento fresco y un aroma a flores: a gardenias, por ejemplo, o a fresias, o a glicinas. Sharik se sienta frente a nosotros tres. Nosotros cuatro, en verdad, porque ahora también estás tú, Mami, y me dices al oído: ojo, que ya vienen las demás. Y yo pienso: ¿ojo por qué? Y Sharik, mar y cielo al fondo contrastando su belleza oscura y perfumada, no dice nada, porque no imagino qué podría decirnos. Y a Iris no se le ocurre un solo parlamento convincente, todo lo que arroja es pura cursilería biempensante.

En fin. Acá, en mi vida real, Mami, otra vez es de noche. Me distraje del tiempo. Pasa siempre, ¿cierto? Me había olvidado de esa sensación. Una abre los ojos, se pone a hacer algo que dura media hora, como esta carta, y cuando levanta cabeza está todo oscuro.

La última luz se la llevó Bridis. Apareció a la tarde con una chicha de patilla y patacones. Me sorprendió el gesto, porque últimamente se dedica a ignorarme. Yo estaba de espaldas a la casa, me di vuelta y la vi llegar con tres perros y un cerdo morrocotudo que parecía una babosa enorme, arrastrándose con dificultad. Le traje este tentempié, doña, me dijo Bridis. Detrás de ellos: las palmeras, la

casa, el humo espeso elevándose en una columna compacta hacia el cielo. Gracias, le dije, ¿se sabe algo más de ese fuego? Ella se volvió a mirar en dirección al monte, alzó los hombros y dijo: si no llueve, va avanzar, y si avanza, nos va a comer. Se rio alto. ¿Sabes nadar, Bridis?, le pregunté. Qué va, dijo ella. Yo tampoco.

Ahora hay una humedad espantosa y huele a podrido. Además hay como tres mosquitos por cada grano de arena. Te juro, Mami, a mis pantorrillas no les cabe una roncha más. Me he puesto una playlist del grupo Daiquiri. Al principio confirmé que son una cosa rechinante. Pero después me dejé empalagar. Sostuve la melaza por un rato suficiente para que se derritiera mi corteza cerebral y, ahí sí, sentí el bálsamo.

Ese domingo, antes de salir de nuestra casa con rumbo a La Boquilla, estabas enojada, pero no puedo acordarme por qué. Creo que te habías peleado con Papi. Bah, peleado. Papi no tenía oportunidad de intervenir en sus propias peleas. Papi te miraba calladito, con esa expresión indecisa entre la culpa y el desamparo. A ti te recuerdo andando con apremio entre tu cuarto, la cocina y la sala, preparándote para hacer algo que no llegabas a hacer porque te agobiabas en la preparación. En un momento caíste vencida en un sillón. Papi se acercó y te dijo bien pasito: tranquila, mija, tranquila. Y tú te levantaste con más furor. Seguiste caminando, derribando alambrados invisibles. No recuerdo qué decías, quizá algo relacionado con la falta de plata. O con la falta de carácter de Papi. Pisabas fuerte, golpeando duro el piso. Después te quedaste parada en tu cuarto, miraste a Jesús crucificado: muriéndose siempre encima de tu cama. Ahí se acercó Margarita y te entregó un bolso de playa que había hecho sin que mediara instrucción. Y te alcanzó los lentes oscuros. Saliste de la casa, te subiste al Polara, los demás te seguimos. Nos embarcamos. Agarraste el volante, tomaste impulso, pisaste el acelerador como si estuvieses por remolcar un caravana de planetas. Al llegar a la casita de La Boquilla, Lamachi te alcanzó un vaso con hielo en el que volcaste dos medidas de ron, sacaste el disco de tu cartera, lo pusiste, bailaste y cantaste ajena a las miradas que te juzgaban. Alguien podría haber malinterpretado tu estado de ánimo en ese momento, alguien poco astuto habría dicho

que estabas triste. Pero no lo estabas, Mami, porque cuando alguien está triste no canta nada en absoluto. Sentiste el bálsamo. Cerraste los ojos, añorando quién sabe qué.

En mi fantasía, Mami, los niños te preguntan: ¿pero cómo podemos volver acá, si nunca estuvimos? Y te apropias de esa mentira que les dije antes, como si fuese una ocurrencia tuya. Les dices: ustedes cierren bien los ojos, mijitos, recuerden este sonido, este olor, este color del cielo, guárdenlo en la memoria y no se lo olviden; así pueden volver, aunque nunca vuelvan, estén donde estén. ¿Sabías que la memoria de los peces vuelve a empezar cada treinta segundos?, dice, o podría decir, mi hijo mayor, que está lleno de este tipo de información lateral, que seguramente tiene sentido en su cabeza. Guárdenlo en la memoria, les dices, no se lo olviden y, cuando quieran volver, cierren los ojos. Se llama añorar. Se siente bonito. La menor me pregunta: ¿en serio podemos volver?, y yo le digo que sí. ¿Cerrando los ojos? Claro que sí. ¿En serio? Cuantas veces quieras.

¿Viste que hoy no hay luna, Sharik?

¿Quién iba a sospechar que la noche escondía una plaga de luciérnagas?

Hoy no hay luna, Mami. Zumban los mosquitos. El fuego del monte los empuja en hordas hacia acá.

Iris me dijo que el fuego era:

Símbolo de purificación, de sacrificio, de cambios drásticos e irreversibles.

Un agente que limpia y transmuta lo viejo en nuevo.

Protección, hogar, comunidad.

En mi fantasía nos alcanza el fuego. Y tú sigues bailando, como si quemarte viva fuera una cosa que te pasara todos los días. Entonces

pienso que no me estoy inventando ninguna historia para mis hijos ni para nadie, Mami; qué pretensión ridícula. En verdad, estoy asentándome sobre las historias que ya están. Y me parece un descanso. Siento una gran dicha porque ahora mismo hago un paneo por esta ronda repentina de caras que arden (mi collage en degradé) y veo que existimos todos, los vivos y los muertos, en simultáneo. Como en el barco tumbero que nos trajo hasta acá. Para nacer y extinguirnos y nacer otra vez.

18

Sharik:

Te voy a contar los últimos acontecimientos. Empecemos por mi maleta. Se rompió. Las rueditas se rompieron. Después la manija, después el cierre. Bridis me dijo que el hombre de la lancha podría traerme una, pero hace días que el hombre de la lancha no pasa por acá. Así que me trepé a la motico y me fui para el lado de la playa. Quise esquivar el camino más directo que cruza el monte, porque ahí es donde está el fuego, que viene prosperando de un modo enérgico. Mi vecino fue a buscar ayuda a la ciudad. Él piensa que, en este punto, el fuego es deliberado. Que la gente del pueblo cruza a la isla cada noche, a escondidas, para reavivarlo. ¿Por qué harían semejante cosa? Para perjudicar al hotel, dijo mi vecino. David y Goliat, dije yo. Ignorancia, dijo él. Porque el hotel es una fortaleza donde no entra ni el humo y, porque, aunque lo perjudicaran, no serían esos turistas los que poblarían la playa pública donde ellos van a vender sus chucherías. Nuestras casas ecointeligentes, en cambio, son bastante más vulnerables que el hotel. Así que mi vecino se marchó a esa misión con su loro al hombro. También se llevó a Ringo. Quedamos Bridis, Enilsa, los perros, los cerdos, yo.

El cruce alternativo al fuego es mucho peor. Las ramas están más juntas y más secas, me costó hacerme camino y terminé como arañada por un jaguar.

En la playa estaba el kiosquero mirando su televisor diminuto, evadido del mundo. En el kiosco había tres perros echados: treinta y nueve pares de costillas prominentes. Pregunté por el lanchero. El lanchero no iba hacía varios días. Necesito comprar una maleta, dije.

El kiosquero me miró en silencio. Volvió al televisor. En la playa seguían los cascotes de hormigón ennegrecidos por el salitre. También había un grupo de turistas de poca monta, con esas chancletas de las que sacan ampollas, vestidos de baño claritos con el elástico desbembado, y los cueros rojos de sol directo.

Cuando éramos adolescentes íbamos a la playa de Bocagrande, Sharik. Ahí aprendimos rápido a jerarquizar a los turistas. Si uno crece en una ciudad como la nuestra, quieras o no, esa termina siendo una habilidad útil. Viajábamos en buseta, cargadas de bolsos y de soberbia. Nos bajábamos cerca del Hotel Caribe para rastrillar un poco la zona antes de instalarnos en ninguna parte. Marijó hacía un paneo rápido: ahí está el cachaquerío haciéndose trencitas, qué bochorno. Esos tienen a los niñitos con los pañales cagados, gass. Casi siempre terminábamos cerca de Las Velas, mirando de reojo a los surfistas. Trigueños lindos de pelo amarillo, dientes blancos, risa fácil, con su olor a porro concentrado. Tan echados a perder, suspiraba Marijó, pero ninguna dejaba de mirarlos.

El caso es que, después de mi trámite fallido, me senté en el kiosco y le pedí al hombre un hielo para calmar el ardor de los arañazos del monte. Abrió el congelador y arrancó del fondo un peñón irregular. ¿Cuándo vuelve el lanchero?, le pregunté. Él dijo: si la cosa sigue así, no creo que vuelva por ahora. ¿Cómo «así»?, le dije. Estiró el hocico para señalarme al grupo raleado de turistas en la playa: no compran ni agua.

Al pie de los escombros había basura. A nadie parecía molestarle. Vi el momento preciso en el que una ola se tragó una bolsa de papas fritas. Me pregunté cuánto tardaría en aparecer en otra punta del mundo, si antes no se la tragaba un pescado. ¿Días, meses, siglos? Seguí mirando el mar por un rato más, olas yendo y viniendo. Es un animal, Sharik, nunca lo tuve tan claro. Cuando te le acercas, abre sus fauces y ruge. Si me trajeran de bien lejos y me enfrentaran por primera vez al mar, yo también lo temería.

El kiosquero, milagrosamente, me dio charla. Que él quería comprarse una motico como la mía, así podía llegar más rápido desde su pueblo a la parada de la lancha que lo cruzaba hasta acá. Cuando la comprara, iba a dejarla en lo de un amigo que vivía cerca

de la salida de las lanchas porque en ese pueblo había mucho ladrón. Ya. Un perro me olió los pies. ¡Chite! Se fue asustado. ¿Cómo te llamas?, me preguntó el kiosquero. Enseguida se acercó un turista y preguntó si tenía cervezas. Claro, bien heladas, patrón. El turista pidió tres. Después de despacharlas, el kiosquero sacó una cuarta y me la dio a mí: me trajiste suerte.

Volví mareada por la cerveza. Me arriesgué a tomar el camino del fuego, lo que implicaba el trabajo adicional de esquivar las ramas en medio de un humo que parecía sólido. Cuando llegué al lugar, me encontré con Bridis y Enilsa, paradas a un costado de la fogata, con cara de preocupación. ¿Qué pasó?, les dije, y Bridis: que hay que irse, doña, que esto se descontroló. Y que si soplaba viento el fuego iba a extenderse para nuestro lado. Enilsa, brazos cruzados, miraba nada en particular. Yo les dije lo que me había dicho mi vecino sobre las casas construidas de espaldas a las corrientes de viento. Aunque, en verdad, eso nos protegía de la tormenta, no del fuego, pero qué más daba. Estamos a salvo, les dije. Caminé con ellas de vuelta, la moto a un costado, el humo en la ropa, el pelo, la piel. Cuando íbamos llegando, divisé mi choza a lo lejos, la hamaca quieta, sin un solo vaivén. La orilla calma. Imaginé que pasaba una manada de caballos salvajes galopando, los pelos larguísimos al aire. Perros, cerdos y seguramente mosquitos, eso era todo lo que había en la choza rondando mi puesto de trabajo. En el cielo, aunque todavía estábamos lejos del atardecer, una cantidad absurda de pájaros volaba hacia su isla. ¿Qué les pasaba? ¿Huían?

Inmediatamente pensé en mis hijos, Sharik, que esta noche volarán a casa. No les llevo nada. Ni un barquito, ni un caracol, ni un imán. Algunos días, en las videollamadas, mis hijos se me parecen a los niños de un cuento: bañados y peinados, asustados porque su mamá salió hace mucho y no dijo a dónde. Me da una tristeza. Querría darles una explicación: he venido a buscar sus recuerdos, porque ustedes todavía no saben que los necesitan, pero yo sí. Y también: les voy a llevar una historia propia, la voy a fabricar con pedazos de historias ajenas. Será un collage, una mitología, un varieté. Ya verán. Será nuestra.

Ahora mismo mis hijos deben estar despidiéndose del mar en esa

otra orilla, cumpliendo con el ritual que les obliga a hacer su abuela al final de cada viaje (adiós, arena; adiós, caracoles; adiós, algas marinas; adiós, Publix). Deseé que este mar me tragara y me escupiera a sus pies. El mundo está lleno de orillas, Sharik. A la orilla vuelve todo lo que el centro no puede integrar.

19

Querida Margarita:

Técnicamente, no debería escribirte esta carta. Aunque fuésemos familia, no serías parte de mi linaje materno. Pero ya ves cómo son las cosas, siempre pareciste más hija de Muñe que de mi abuelo, lo que me resulta perfectamente lógico.

Te soy sincera, Margui, me acordé de ti hace un ratico cuando vi a Bridis y a Enilsa al pie de una fogata gigante que tengo acá, justo detrás de mí, en el monte. Qué cosa más arbitraria es la memoria.

Es mi última tarde en esta isla, a la que vine con la intención de pasar unos días con mis hijos y bla, bla. Me da un poco de pereza recapitular cómo fue que se torció el camino y tampoco es que venga al caso. Te escribo por un impulso poco sofisticado de asociación libre. Cuando vi a Bridis y a Enilsa al pie de la fogata, te volví a ver a ti en el crematorio. Qué día nefasto ese, cuánto desborde. Yo quiero disculparme, Margarita, porque no estuve a la altura. Nadie lo estuvo. Queríamos salir rápido del trámite, dizque para ahorrarte sufrimiento, pero en verdad nos daba vergüenza estar atravesando por algo tan..., ¿tan qué?, ¿cómo se puede describir lo que te pasó?

Nadie tendría que haberte mandado a callar cuando en la puerta de la capilla blandiste el puño al cielo y gritaste: ¡Jesús, maldito traidor!

En el crematorio Muñe te sostenía por un brazo y Mami por el otro. Mabel estaba con los temas organizativos, y nosotras cuatro éramos meros adornos inservibles, abrazando unas coronas baratas que conseguimos a último momento. Los hombres formaban un

anillo externo que, debo decir, ese día me resultó contenedor. Sobre todo cuando se acercaron al cura, como una pandilla de matones, para decirle que cortara con el sermón sobre los bebés que van al cielo sin escala, razón por la cual una madre, ante un hecho así, en lugar de tristeza debe sentir agradecimiento. No es más que una pobre negra con mala suerte, padre, no sea cruel, eso le dijeron al cura que, finalmente, aceptó proceder con una ceremonia muda.

A veces pienso, Margui, que la crueldad es lo único que entregamos con franqueza. Como Mami y Mabel, atacándote con todas esas frases huecas que empezaban o terminaban con Dios: Estás viva, a Dios gracias. Dios quiso que no fuera peor. Con el favor de Dios, Margui. Los intentos por consolarte eran chorros de ácido en una herida abierta. Todavía estábamos en la habitación del hospital con las noticias frescas, cuando Mami entró: ¿a que no saben lo que me dijo el médico?, que la criatura se le salió sola, porque Margui tiene el útero viejo y agujereado. Estabas en la cama, semiconsciente. ¡Figúrate!, dijo Mabel, manos en la cabeza, como quien dice un colador. Tú llamaste a Muñe para que fuera a un costado de la cama y le dijiste algo al oído. Ella te acunó en sus brazos de una forma que parecía impedir que salieras volando como un globo de helio. ¿Qué te dijo?, le preguntó Mami después, afuera. Muñe nos contó: que si no te lo podían volver a meter. ¿Así muerto?, quiso saber Mabel, y Muñe sacudió las manos para espantar el tufo morboso de esa conversación.

Poco después de eso yo me fui; Margarita, ¿te acuerdas de esa última vez en la casa de Muñe? La despedida que me organizaron tuvo menos gracia que un casabe. Pero qué va a ser, habíamos llegado a ese momento de la vida en que el entusiasmo por el porvenir es desplazado por la autoindulgencia. Mi futuro ex había viajado a conocer a la familia, se quedaría tres días que culminarían con nuestra partida. Los hombres se lo habían llevado a pasear en lancha y a emborracharlo hasta el desmayo. Para este momento estaba claro que yo no me casaría de blanco. Mis sobrinos no serían mis pajes, no pediría un préstamo usurero para hacer la fiesta en alguna casona antigua del centro. No le llenaría el buche a nadie con mariscos frescos y vino caro. No habría bouquets de gardenias, ni

bultitos de arroz envueltos en organza, ni anillos marcados con nuestras iniciales, ni baño de novia en el spa, ni luna de miel. Teresita y Marijó insistían en que al menos hiciera un desayuno en el Club Naval, algo modesto pero elegante. Teresita y Marijó, para entonces, habían completado su mutación en sendas matronas correctísimas con ideas siempre exitosas sobre cómo mantener saciada la mirada externa. Mi problema no era tanto las mentiras que les decía a ellas (que me daba vergüenza todo ese despliegue pueblerino que suponía un matrimonio en Cartagena), sino que mi futuro ex jamás había mencionado la idea de casarnos ni por la iglesia ni por nada.

Mientras todo esto se charlaba en la sala, tú estabas en la cocina cortando salchichón en cuadraditos. Deja eso, Margui, nadie quiere salchichón, recuerdo que te dije cuando entré a buscar nosequé. No me contestaste, entonces me acerqué. Lo que vi en tus ojos: ese globo ocular color yema de huevo, revelando el más puro desasosiego. La certeza de que tu dolor no enturbiaba la felicidad de nadie ni por un segundo. ¿Qué habrás visto tú en los míos? Desde que nací, debí haberte visto casi todos los días de mi vida. Más que a Mami, más que a Papi, seguro. Nunca hablamos mucho rato seguido. En los últimos años, sobre todo, nos limitábamos a constatar las cosas que teníamos adelante: la ropa planchada, la comida servida, los platos sucios. Después, el silencio. Te dije: vente con nosotras para afuera, Margui, no estés acá sola. Me dijiste: tú no quieres a ese muchacho, pero eso no importa, vete, aprovecha, acá vas a vestir santos.

La rabia que me dio. Pero como estabas medio afiebrada y delirante, me tragué tus palabras con un vasito de tequila reposado que había traído una compañera del Puerto. ¿Alguien sabe quién preñó a Margarita?, pregunté después. Muñe dijo que no era de la incumbencia de nadie. ¡Ay, no se la toquen, cuidadito, fue la Inmaculada Concepción!, dijo Mami, herida a muerte porque yo me iba y porque, tras la salida del hospital, tú te habías negado a volver a trabajar con ella. Mami tuvo que buscar a otra empleada, y después a otra y a otra más, porque todas eran unas altaneras,

decía, que no sabían ni limpiar ni cocinar ni hablar. Solo servían para robarle sus mierditas de abalorio.

No solo fue una despedida insulsa, sino también triste. Cada quien ocupando su lugar rancio. Yo encabezaba un cortejo de nostalgia que se iba alejando de mi vida antigua, luciendo la derrota como si fuera un vestido de gala cuando a leguas se notaba que era un harapo. Cada vez que me preguntaban por qué me iba, yo decía: por curiosidad. Luego aclaraba que mi novio tenía un mejor trabajo que yo, allá donde vivía. Estaban los que leían en mi respuesta: acá no encontró un banquito digno para su culo. Y estaban los que, como tú, leían que me estaba escapando porque me había quedado sin opciones. Lo que parecía más difícil era el acto mismo de dar la espalda y partir. Pero no, Margui, después vinieron días a los que seguían noches con una desesperante regularidad. Y yo, convencida de que ese presente cortico era la vida. Pero bastaba que te agarrara una ventana mal parada para descubrir afuera la vida real. ¿Cómo era la vida real? Era alada, inaccesible, liviana, caprichosa. A ti tampoco te tocó, pero seguro que la viste pasar, seguro que te zumbó en la cara con sus alitas despiadadas.

Y esas ganas, otra vez, de escapar.

El otro día, no recuerdo a cuento de qué, Iris me habló de la drapetomanía. Una enfermedad que se inventó un tal Samuel A. Cartwright y que consistía en una ansia loca que atacaba a los esclavos y los empujaba a fugarse.

Hay que ser malparido.

Recuerdo haberte visto, Margui, cuando alguien fue a buscar cucharitas de postre a la cocina y empujó la puerta vaivén. Apareciste barriendo el piso solo para que al poco rato volviera a ensuciarse. No lo pensé entonces, pero pienso ahora que barrer el piso, también, era una prueba de lo irremediable. Batallas perdidas de antemano. Como oponerte a la muerte de tu hijo, cuando ya la muerte le había llegado.

Margui, se me ocurre algo: inventemos que tu niño nace. O niña, supongamos que nace niña.

¿Cómo se llama?, me pregunta Bridis, que está ahora a mi lado, al pie de la fogata. También está Enilsa y estás tú, Margui, toda risueña, mirándome sostener a tu niñita. No, no se llama Orika, me dices, no seas víbora. Yo me río, siento el calor del fuego demasiado cerca y algún dolor en el cuerpo que no consigo descifrar. Me echo hacia atrás con la bebé, que es tan pero tan negra que si no abre los ojos es difícil adivinarlos. Y tú me la pides de vuelta, Margui, porque te imagino una madre posesiva y malcriadora. Pero yo te digo que no, que me la dejes un poquito más. Y te digo: mírala, Margui, es tan chiquita y suave que dan ganas de quedarse a vivir en sus cachetes. Y entonces te enojas y empiezas a decirme cosas raras, como que, aunque la haya parido, esa niña no es mía. Bridis y Enilsa te secundan, que devuelva a la niña, me dicen, que ese no era el trato. Las tres caminan en mi dirección, en hilera, perfectamente coordinadas: derecha, izquierda, derecha, izquierda. Entonces me acuerdo (¿cómo se me pudo haber olvidado?) de mí misma echada en ese claro del monte abierta de piernas, el griterío de los pájaros en el cielo. Los brazos de mi vecino, tentáculos enormes, calientes como brasas, fosforescentes como el plancton, sacando a esta niña oscura de mi interior radiante. Después la eleva para que todos la admiremos, como el bebé de Rosemary (¿o como Zimba?), y yo le pregunto: ¿cómo la vamos a llamar? Él me dice que Sharik, por supuesto, igual que yo. Me veo, por fin, atravesando otros cuerpos, otros tiempos y otros cuerpos de otros tiempos, hasta llegar aquí. Con Sharik en mis brazos, el cuerpo desarticulado pero la mente clara, quiero irme y las piernas me trastabillan. Te me vienes encima, Margui, como una bestia iracunda a punto de embestir. Quieres a la niña, pero no te la voy a dar, ¿para qué? Si ya conocemos su destino. La agarro bien fuerte, tomo impulso y la tiro al fuego.

20

Sharik:

Lejos de ser el monstruo que asustaba a los esclavos recién llegados, a Bridis el mar le aburre. Eso me dijo recién, cuando le propuse que nos sentáramos en mi choza a esperar a que nos buscaran. Me dijo: doña, es que esa agua que se bate y hace espuma y ese sonido (shhh) como de mandarte a callar, primero te amansa, pero después te aburre y te da impaciencia. Así, ligeramente impaciente, es como noto a Bridis esta tarde. Se instaló a mi lado, a la sombra, con los ojos clavados en el horizonte esperando que apareciera la lancha de mi vecino. Antes se vistió y se peinó. Se encajó como mil barritas en la cabeza, que le forman una suerte de corona. Dan la impresión de estar sosteniendo su cráneo más que su pelo. Creo que nunca antes la vi sentada. Hasta hace un rato estuvo sacando toda la comida que quedaba en la nevera, desplegó un banquete de ropa vieja en la mesa de comedor y yo me serví un plato abundante de todas las cosas que no quería volver a comer en años. Cuando Bridis se fue a la cocina, se lo tiré a los cerdos.

Es así, Sharik: el fuego se aviva y se acerca, y Bridis no está dispuesta a esperar a ver qué pasa. Así que llamó a su patrona para avisarle que, como la huésped (que soy yo) se iba hoy, ella también se iría. El hombre de la lancha no podía buscarnos y su primo nunca contestó. Según Enilsa, ese tal primo no existe, es el mismo tipo que se hace esas tarjetas para dárselas a los que les puede cobrar más. Así que Bridis llamó a mi vecino y le pidió que, por favor, nos viniera a recoger. Insistió en que el fuego, llegado a este punto, le parecía

peligroso. Enilsa también viene, pero no porque tenga miedo. Ella está acostumbrada a esas fogatas, dice, nunca pasa nada. Apenas llueve, así como llueve acá, no quedan ni las cenizas. El problema es que, cada vez que llueve, toca levantar otra vez la basura que viene volando de todas partes, y los pescados muertos y los chiringuitos caídos. El problema, sigue, es que los hombres vuelven a levantarlos igual de enclenques. El problema es que los hombres son idiotas.

Bridis la bembea.

Enilsa hace una pausa en su relato para darle una lamida a una paleta de mango que trajo de la casa de mi vecino. Nunca nadie me ofreció una de esas. Lame con la punta rosada de su lengua como una serpiente, y no puedo evitar las asociaciones obvias y tampoco puedo evitar sentirme como si me hubiesen negado algo bueno que estaba a mi alcance.

Así que, sigue Enilsa, los hombres juntan lo que deja la tormenta y vuelven a quemar todo, pero nunca llegan a componer nada antes del próximo temporal. Enilsa se ríe: es como que Dios se les caga de la risa. Así que chao pescao, dice, ella se va, ¿qué va a hacer acá sola?

A la casa de tu patrón le vendría bien una limpieza profunda, dice Bridis.

Enilsa hace como si se pegara un tiro en la sien con un revólver imaginario y vuelve a su paleta.

El caso, Sharik, es que acá estamos las tres, a la espera de que nos busquen. Yo con mi maleta atada con una soga, y mi laptop abierta, escribiéndote. Bridis con una tula de tela impermeable, que denota la pericia de quien va y viene todo el tiempo por estos parajes. Enilsa no tiene equipaje. Ni siquiera se cambió la ropa: su short diminuto, su ombliguera, sus chancletas, su juventud, su desparpajo involuntario. Ah, ¿y sabes también qué tiene, Sharik?: sus (enormes) aretes verdes que disparan centellas.

¿Qué es lo que escribe, doña?, me interrumpió Bridis hace un

ratico nomás.

Le dije que bobadas. Pero después me arrepentí, pensé que lo tomaría como una grosería, y entonces abrí un archivo cualquiera en el que había estado tomando notas azarosas. Total, teníamos un rato muerto por delante y había que llenarlo.

Le leí esto:

En el mundo hay quince anocheceres y quince amaneceres por día.

El cerebro sabe todo lo que sabemos, pero nosotros solo sabemos una parte de lo que sabe él.

Este era el tipo de cosas que decía Karina cuando lavaba platos.

¿Ah?, dijo Enilsa. Bridis bostezó.

Seguí:

Los monumentos de personas negras están hechos a ras del piso, mientras que los de los próceres son elevados.

Cosas que Iris no puede contestarme:

¿Envejeciste? ¿Llegaste a decir en algún tramo de tu vida: ¡ah, el mundo es un lugar hermoso!?

Preguntar a Iris: ¿cómo murió la India Catalina?

Preguntar a Mami: ¿Margarita murió por una septicemia?

¿Una qué?, dijo Bridis.

Seguí:

Perdón, Sharik.

¿Perdón?, Sharik.
Perdón, ¿Sharik?
¿Perdón?

¿Quién?, dijo Enilsa.

Seguí:
Recordé otra frase de Dolores: no han tenido ni un solo pensamiento.
O quizá fue: ¿no han tenido ni un solo pensamiento?
Preguntar a Iris: ¿qué es la herencia?
Las mujeres en África podían tener los amantes que quisieran.

¡Juera!, gritó Enilsa.

Bridis sacudió la cabeza y dijo: usss, doña. Se levantó porque, dijo, iba a abrir la puerta del chiquero, así los chonchos podían irse si les daba la gana en caso de que el fuego avanzara. Enilsa terminó su paleta, se lamió los dedos y se los limpió en el short. Señaló mis auriculares, preguntó si se los prestaba. Claro, se los pasé y los enlacé a mi celular. ¿Qué música te gusta?, le pregunté. Ella me dijo que la de la gordita. ¿Cuál gordita? ¿Adele? Esa. Busqué una playlist. Enilsa se acostó en la hamaca y cerró los ojos.

Ahora Bridis vuelve trotando, Sharik, seguida por un montón de perros. Señala el mar y dice que ya viene la lancha. Los perros ladran alborotados. A lo mejor piensan que vendrán con nosotras, como en el arca de Noé. A lo mejor están ejerciendo su «distancia crítica». Miro el cielo por última vez, Sharik. No hay ni un pájaro. Me doy vuelta hacia las casas: por detrás está la columna de humo, por delante algunos cerdos que se arrastran lento afuera del chiquero. Bridis ya está en la orilla con su tula, levanta los brazos, hace señas. Los perros agolpados ladran a la lancha (*Maverik*!), que se acerca veloz como un corcel, levantando una cortina de agua que espeja los rayos dóciles del sol. Hay un perro que se echó a mis pies como un discípulo. ¡Chite!, le digo. No se va. ¡Fuera!, insisto. Nada. ¿Qué bicho le picó?

Son las cinco y veinte de la tarde. Respiro hondo. Imagino mi desintegración. Quedarme acá sería transformarme en estos elementos. Imagino que corro al monte, sola contra el viento, se me vuela el pelo, diviso la hoguera, pego un salto de brazos abiertos. ¿Tú también escapaste, Sharik? Me lo he estado preguntando. Quizá huiste cuando sentiste el fuego muy cerca, como los pájaros. ¿Y si eso fue lo que heredamos? La habilidad de correr rápido y lejos hasta que no nos alcance ni la sombra. Escapar se nos ha dado bien. ¿Y si eso es lo que heredan nuestros hijos? ¿Y si alguien corriera en sentido contrario?

Distingo el sombrero de mi vecino, sus lentes oscuros. Adivino su sonrisa plena. Lo imagino aferrado a su convicción milenaria: tranquilas, ya voy a salvarlas. Tan claro que ciega, tan llano que resbala. Me pregunto si entre sus certezas está el mar, como parte de sus posesiones. Enilsa se levanta de la hamaca y baila. Sus aretes titilan. Tararea cualquier cosa; no entiende la canción, supongo que no le importa. Se la ve contenta, graciosa, deslumbrante, ¿libre? El perro sigue a mis pies. Me mira. Ojos gris tormenta. Tan feo que es lindo. Antes de terminar esta carta, Sharik, hago lo siguiente: desato la soga de mi maleta, improviso un arnés en su lomo flaco y le digo: ¿vamos?

Dedico este libro a las mujeres de mi familia.

A las del pasado: por inculcarme todos los prejuicios que me hacen escribir.

A las del futuro: porque cada vez que empiezo un texto deseo que les sirva como un espejo que amplifica lo grotesco y que, cualquiera en su sano juicio, preferiría esquivar.

También a los hombres: por sus intentos fallidos de ser héroes, por su ausencia real y simbólica, por su discapacidad doméstica y emocional, por su ternura inmensa pero torpe.

AGRADECIMIENTOS

Una fuente valiosa para pensar este texto fue el libro *El incómodo color de la memoria*, de Javier Ortiz Cassiani; de ahí saqué y adapté la anécdota del blanqueamiento institucionalizado en el territorio colombiano que figura en la página 168. También la obra reciente de autores caribeños contemporáneos, que suman miradas frescas a una geografía común. Agradezco a cada playlist de divas del pop latino, afrobeat y salsa que me acompañó en la escritura de estas cartas. Agradezco la lectura paciente y cuidadosa de las distintas versiones de este texto por parte de Juan Taratuto, Ana Navajas y Adriana Riva. Agradezco a mi agente Laurence Laluyaux. Y agradezco a la Fundación Hawthornden por invitarme a escribir en su residencia Casa Ecco, donde pude terminar esta novela.

Ilustración: Compañía (lookatcia.com)

Primera edición: noviembre 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© Margarita García Robayo, 2026
© FELTRINELLI ANAGRAMA EDITORES, S.A.U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433952769

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es